

Pero toda aquella tristeza, todos aquellos crueles recelos desaparecieron á la voz de Violante. La jóven veia todo á través del prisma de su amor. No le parecia posible que su padre rehusase dar su consentimiento á una unión que hacia la felicidad de ella y que su madre aprobaba.

—Andad, Francisco, andad, decia Violante; y dejad libre á mi padre, á fin de que nuestro enlace se verifique sin tardanza. Yo voy á encontrar á mi madre y á decirle que pronto estrechará en sus brazos á su esposo. . . . Me dais vuestra palabra, ¿no es verdad, Francisco?

—Sí, Violante. Y Dios quiera que todo termine segun vuestros deseos.

Y se separaron despues que Francisco reiteró la promesa de traer á Moreli aquella misma noche, ó lo mas tarde al dia siguiente.

## VI.

Cuando Francisco Zuela llegó á la caverna de Trenta-Tré, Moreli estaba dormido. Aproximóse Francisco á la cama y le despertó.

—¿Qué me queris? preguntó Moreli al reconocer á su enemigo. ¿Venis á repetirme otra vez vuestras villanas proposiciones?

—No, dijo Francisco, vengo á vos con intenciones de paz y de cordialidad.

—Hablad claro, pues.

—Moreli, yo amo á vuestra hija.

—Tanto mejor, Francisco. Esa será mi venganza. . . . Porque yo he educado á Violante en el odio del nombre de Zuela.

—Moreli, continuó Francisco, vengo á pedir os la mano de Violante.

—Francisco, acabo de decir os que mi hija participa de mi odio á vos y á los vuestros. . . . ¿Me creeis capaz de sacrificarla al enemigo de mi raza?

—Moreli, no la impondrais por eso un sacrificio. Violante me ama.

—Mientes.

—Violante me ha dado su palabra y yo le he dado la mia: os lo juro, Moreli.

—Mientes, repitió Moreli.

—Yo os digo que el corazón de Violante es mio, como el mio es tambien de ella. . . . Y os he dicho

que este amor ha merecido la aprobacion de vuestra esposa.

—Y yo, dijo Moreli con un frio desden, os digo, Zuela, que sois un villano, un infame. . . . y os repito que mentis.

—Moreli! gritó Francisco.

—Gritad cuanto querais, repuso Moreli.

—Mirad, continuó Francisco, yo no quiero enfadarme con vos. . . . Comprendo que dudeis de mi palabra, por mas que sepais que soy un hombre de honor.

—¿Oh! ¡si! dijo amargamente Moreli, un hombre de honor que hace traidoramente robar á su enemigo por unos bandidos, en vez de presentarse á él, solo y cara á cara.

—¿No me habeis dicho que no hice mas que tomaros la delantera? dijo Zuela.

Moreli nada respondió á esto.

Francisco prosiguió:

—Otra vez, Moreli, os pido á Violante en matrimonio.

—Otra vez os la rehuso, contestó Moreli, y me avergüenzo por vos de vuestra insistencia. ¿No sabeis que antes daria mi hija al mas depravado de los bandidos. . . . al mismo Trenta-Tré. . . . que unirla á un Zuela?

—¿Y si yo os trajese una carta que confirmase la certeza del amor de Violante hacia

mi. . . . si pusiese en vuestras manos al mismo tiempo, el consentimiento por escrito de vuestra esposa?

—Pensaria y diria que os habeis proporcionado esos documentos por sorpresa; que habeis compelido á dos pobres mujeres á firmar aquello, prometiéndoles mi vida por premio de su debilidad.

—¿Oh! dijo Francisco, ¿es posible oír tales injurias y callar! . . . Violante, Violante, bien puedes decir que te amo.

Enego prosiguió en alta voz:

—¿Y si yo hiciese venir aqui á Violante y á su madre, y repitiesen delante de vos lo que habian escrito?

—Creeria que les habeis dicho que una retractacion suya seria la señal de mi muerte.

—¿Pero si ellas, dijo Francisco, que á duras po-



VIOLANTE MORELI.

nas podía ya contener su cólera, si ellas os supliesen de rodillas que consintiéscis en este matrimonio. . . . Si Violante os dijese con su voz de ángel, como me lo ha dicho á mí: "Jamás la mentira ha manchado la boca de los Morelis. Pues bien, yo, vuestra hija Violante, os juro que amo á Francisco Zuela?"

Moreli miró atentamente á Francisco, en cuyos ojos parecia querer penetrar; y convencido tal vez de que su enemigo le decia la verdad, respondió lentamente con una desesperacion concentrada:

—Si fuera posible que mi hija se olvidase hasta ese punto. . . . Si pudiese ella persuadirme de que verdaderamente os ama. . . .

—¿Qué! dijo Zuela con ansiedad.

—¿Entonces. . . . la mataria! replicó Moreli con una voz sosegada y sombría, mas horrible mil veces que los mas terribles arrebatos de furor, porque aquella sangre fria probaba una resolucion irrevocable.

Hubo un largo intervalo de silencio, que al fin rompió Francisco, diciendo:

—¿Conque es decir que nada puede moveros? ¿Ni mi amor á Violante, ni los sentimientos de ella hácia mí?

—Si ese doble amor fuese positivo, respondió Moreli, no haria mas que aumentar mi odio. . . . ;Perezcan mas bien esposa á hija, que la enemistad de mi raza contra la vuestra!

—Dios bien cruel, Moreli.

—Y vos bien vil y bien cobarde.

—¡Ah! no apureis mi paciencia! exclamó Francisco con colera.

—¡Bah! ¡bah! repuso desdeñosamente Moreli. Muchos ultrages se necesitan para *apuraros la paciencia*.

Y al pronunciar estas palabras, se adelantó hácia Zuela; le miró irónicamente de hito en hito, y en seguida, retrocediendo un paso, le escupió en la cara.

A esta odiosa afrenta, la sangre se heló en las venas de Zuela. Hubo un momento de vértigo, y le pareció que todos los objetos giraban á su alrededor. Despues, obedciendo al ciego furor que se apoderó de él, se lanzó sobre Moreli, y en dos segundos le tiró á tierra. Con pocos minutos mas, el padre de Violante hubiera muerto ahogado por la mano vigorosa y crispada de Zuela.

Pero Trenta-Tré y algunos de los suyos penetraron en la caverna á los primeros instantes de la lucha, y arrancaron á Moreli de las manos de su adversario.

—¿Está eso bueno! dijo Trenta-Tré. ¿Qué diablo! Si quereis casaros con Violante, mal medio es matar, por vos mismo, á vuestro suegro, señor Zuela.

—¡Miserable! exclamó Francisco. ¿Es así como respetas la fé de los tratados? ¿Te has vendido á mi enemigo?

—¡No tal! ¡no tal! contestó tranquilamente el bandido. Vos me habeis pagado, y soy vuestro soldado.

—¿Por qué, pues, has venido á intervenir entre nosotros? dijo Francisco forcejeando y procurando

desasirse de los bandidos que le tenian agarrado. Yo te digo que eres un traidor. . . . que te has vendido á este infame Moreli.

—¿Dios y la Madona me libren de tal cosa! dijo Trenta-Tré. Yo soy un *galant uomo* y cumplo mis palabras. Vos sois el que no respeta las suyas, señor Zuela. Vos me habeis prometido 400 ducados mas para el caso en que hubiese que *deshacerse* del señor Moreli. . . . Y si vos le matais por vos mismo, me birlais los 400 ducados. . . . Dejadme, pues, hacer mi negocio, y no usurpeis mis derechos especiales.

Los bandidos acogieron aquella atroz bufonada de su gefe con innobles risotadas.

Durante este tiempo, Moreli, sofocado un momento por la presion de las manos de Zuela, habia vuelto en sí. Divisando á su enemigo, le llenó de nuevas injurias, y le dirigió las palabras mas ultrajantes.

Esto era ya demasiado para Zuela. La sangre napolitana que bullia en sus venas, no le permitió reflexionar en las consecuencias de su accion; olvidóse de que Moreli era el padre de la que amaba. Un solo pensamiento podia en aquel instante tener acceso en su espiritu, en su corazon, y era el de la venganza.

—Acaba, pues, tu obra, dijo al bandido.

—Todo se hará en regla; y Diávolo mismo se veria apurado para dar con los restos de vuestro enemigo.

Francisco no oyó estas palabras. Habia salido de la caverna con la cabeza abrasada, el corazon palpitante de rabia, y el espiritu turbado por el vértigo. Corrió por la montaña saltando de roca en roca como un corzo, y sin saber á dónde iba. Por fin, agotadas sus fuerzas, se detuvo, se tendió en medio de unas malezas, y se quedó dormido con ese sueño pesado y agitado que resulta de una estremada fatiga junta con las agitaciones del espiritu.

Cuando despertó, el sol estaba en su zénit. Así, pues, habia pasado unas diez y ocho horas tendido en aquellas malezas, y desde la vispera no habia tomado alimento alguno. Su primer sensacion fué, por lo tanto, de hambre. Se levantó y buscó á su alrededor alguna habitacion en donde pudiese encontrar algun alimento, aunque no fuese sino pan y agua. Pero en toda la estension á que su vista podia alcanzar, no se divisaba la menor caña. Entonces trató de orientarse. Mas á medida que iba recapacitando, recobraba al mismo tiempo el recuerdo de lo que habia pasado entre él y Moreli, y se estremeció al trasr á la memoria la orden que habia dejado á Trenta-Tré. ¿Cómo se atreveria á presentarse á Violante, cuando acababa de ordenar el asesinato de su padre? Una sola esperanza, aunque débil, le quedaba, y era detener el brazo de los asesinos, si era tiempo todavía.

Desde aquel momento, no tuvo mas que una idea, un objeto fijo; el de ir en busca de Trenta-Tré é impedir la ejecucion del crimen. Despues de consultar los cuatro puntos cardinales, tomó la direccion que debia conducirle á la caverna, y se puso á correr con una especie de furor.

Hacia ya largo rato que corría, y comenzaba á faltarle la respiracion, cuando su nombre, pronunciado á algunos pasos de distancia, le hizo detener su carrera. Miró alrededor, y vió al bandido Monocelo sentado á la sombra de una roca.

—¡Ah! dijo para sí Zueta, este quizá podrá informarme.

Y se adelantó hácia el bandido, pero temblando interrogarle, por temor de tener por respuesta la noticia de la muerte de Moreli!

Monocelo le ahorró el embarazo de las preguntas.

—Eh, eh, señor, dijo, correis ni mas ni menos, que si os persiguiese el señor Moreli... Y á la verdad, no hay peligro de que tal suceda... A menos que sea su sombra...

—¿Qué quieres decir? preguntó Francisco pali- lideciéndole.

—¡Pché! ¡poca cosa! nada mas sino que no tenéis que temer á vuestro enemigo...

—¿Cómo! balbuceó Francisco; Moreli...

—Está desde ayer en la region de los muertos, dijo Monocelo en tono declamatorio.

—¿Gran Dios! murmuró Francisco.

Y cayó sin sentido á los piés del facineroso.

—¡Lo que puede la alegría! exclamó el bandido con una risa espantosa.

Y añadió despues, mirando á Francisco con lástima:

—¡Yaya una marica!... No puede oír una buena noticia, sin que le dé un soporacio como á una señorita francesa...

Y acercándose á Zueta, que veia desmayado, le alivió *artísticamente* de su bolsa y de una rica cadena de oro que llevaba al cuello; hecho lo cual, dió un paso para alejarse.

Sin embargo, sintió un recordamiento. Abrió la bolsa, sacó de ella dos ducados, y los metió en la faltriquera de Francisco.

—¿Qué diantre! Yo soy un *galant uomo*.... Es menester que este señor pueda tomar algunos marcarones, y volverse á su casa en *carrocelo*, si le acomoda. Por mi patron San Valentin, que sería yo un perro, indigno de mi oficio, si espusiese á raír de hambre á este buen señor que me presta su cadena y su bolsa...

Despues de estas honradas reflexiones, Monocelo se marchó con la conciencia tan aliviada y el corazon tan alegre, como si hubiese ejecutado la accion mas honrosa del mundo.

## VII.

Al cabo de tres dias que Francisco habia salido de Misura para ir á encontrar á su amigo, iba creyendo en la ansiedad de las tres mujeres que hemos dejado en aquella pequeña ciudad. En vano se esforzaban por tranquilizarse una á otra; representábanse á su espíritu las mas crueles imágenes, y Violante misma, á pesar de su juventud y de su amor, no osaba ya dejarse llevar de las caras ilusiones que habia alimentado su corazon.

La mañana del cuarto dia, al dirigirse á misa

segun su costumbre, aprocimóse á ella en lazzaron y la entregó un papel doblado en forma de carta.

—¿Qué es esto? preguntó la jóven.

—Un billete que me han encargado poner en vuestras manos.

—Yo no recibo cartas sin saber el nombre de quien las envia, dijo con altivez Violante.

—Son noticias de vuestro padre, señora, dijo el lazzarone.

—¡Ah! exclamó Violante profundamente conmovida. Dádmela, dádmela.

Y despues de haber gratificado con algunas monedas al mensajero, la jóven, en lugar de irse á la iglesia, volvió al instante á su casa y leyó la carta siguiente:

“Es inútil forcejear contra el destino, Violante, y los orientales son mas fuertes que nosotros, cuando, á cada desgracia que les sucede, se contentan con decir: “Estaba escrito.” sin blasfemar jamás contra el cielo.

“En efecto, Violante, todos los acontecimientos de nuestra vida, prósperos ó adversos, están escritos de antemano en el libro del destino, y son harto locos los que intentan alterar lo mas mínimo.

“¿Cuán locos éramos nosotros, Violante, cuando fuimos bastante presuntuosos para creer que el odio que separa nuestras dos familias se extinguiría en nuestro amor!

“Escúchame bien, Violante, y verás que Dios no quiere que nos unamos.

“Cuando te dejé para ir á ver á tu padre, sentia hácia él en mi corazon toda la ternura y todo el respeto de un hijo. Yo iba resuelto á todos los sacrificios para ablandarle, y hubiera aceptado todas las condiciones que me hubiese impuesto, por duras que hubieran sido. Pero á mis ruegos contestó con sarcasmos; á mis suplicas correspondió con la afrenta mas ignominiosa que un hombre puede hacer á otro hombre. ¡Violante!... ¡el recuerdo de este odioso ultraje mi sangre hierve todavía. Tu padre me escupirme á la cara!... Tú eres mujer, Violante, pero eres noble y altiva, y debes comprender lo que por mí pasaria. Me lancé sobre Moreli y le derribé á tierra. Hubiera yo derribado á diez... pues me sentia con fuerza para desafiar á una tempestad. ¿Qué mas he de decirte? Los bandidos á quienes tenia confiada la custodia de tu padre, nos separaron. Moreli me llenó nuevamente de insultos los mas insufribles... y yo entonces me marché medio loco, dejando á tu padre á merced de Treinta-Tré y sus miserables satélites...

“Tú te estremeces, Violante, y te horrorizas de mí, ¿es verdad? y sin embargo, si supieses lo que he sufrido... lo que sufro aún... quizá en tu alma indignada, harias lugar á un poco de compasion...

“Escucha, Violante; no he concluido todavía...

“Yo huí como un loco y cai quebrantado por la fatiga y por el dolor al pié de una roca... Cuando desperté, ó cuando recobré mis sentidos (pues ig-

noro si estuve dormido ó desmayado). . . . Cuando recuperé, por fin, mis fuerzas. . . . la conciencia de lo pasado hirió mi memoria. . . . lancé un grito, y corrí á través de las rocas, á fin de salvar á tu padre. . . .

“Violante, ¡maldíceme! . . . Ya no era tiempo. Mis órdenes habian sido obedecidas! . . . Moreli habia sido asesinado.

“Adios, Violante. . . . Yo no imploro tu perdón. . . . No le hay para un crimen como el mio. . . . Pero está segura de una cosa, y es, que cuando rinda á Dios esta alma que he recibido de él y que he manchado con un parricidio. . . . todos sus pensamientos se resumirán en el pesar por mi infame accion y en el recuerdo de mi amor á Violante.

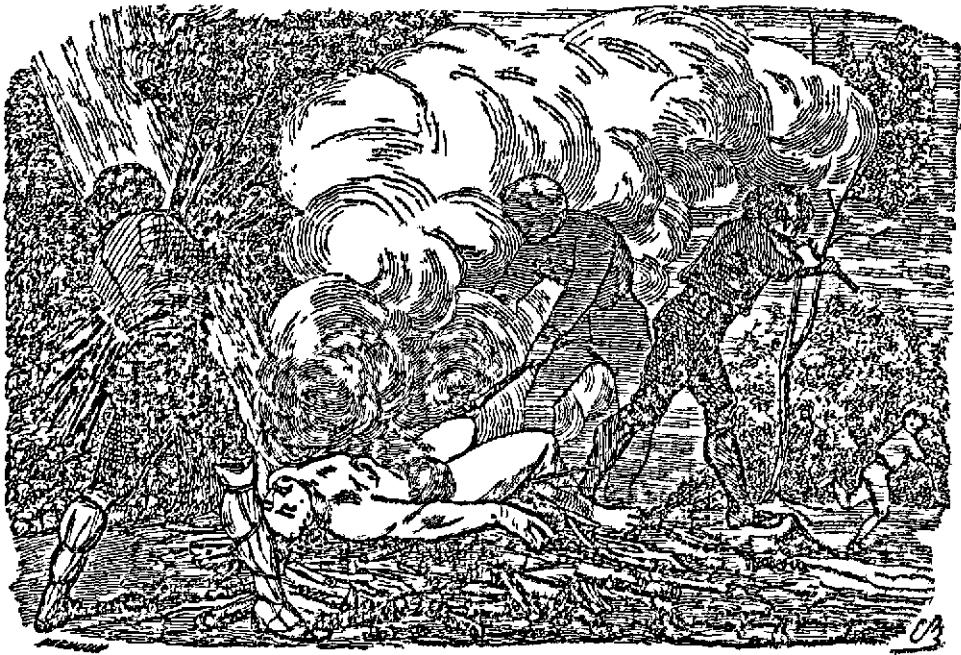
“Adios otra vez. La fatalidad nos ha separado en la tierra. ¡Ojalá mi arrepentimiento sea bas-

tante meritoria para que no me digas al encontrarnos en un mundo mejor: *Francisco Zueta, ¿qué has hecho de mi padre?*”

“No me queda que decirte mas que una palabra, Violante. Me voy á la sombra de un claustro. . . . Si alguna vez te acuerdas de mí, dirás: El llora y está arrepentido.—FRANCISCO ZUETA.”

Cuando Violante hubo acabado la lectura de este billete, estaba pálida y fria como una estatua de mármol, sin que á sus ojos asemase una lágrima. Arrodillóse ante una imagen de la Virgen, y dijo con voz firme, pero triste como el eco de una tumba:

—Santa Madona, tengo que cumplir dos grandes deberes. ¡Dadme fuerzas y valor para ser á un mismo tiempo digna hija de los Morelis y la fiel prometida de Francisco Zueta!



UNO DE LOS PERROS QUEMADO EN GUERRA.

## VIII.

La mañana siguiente á la última entrevista de Francisco Zueta, y de Luis Moreli, el marqués de Santa-Espina, uno de los mas ricos propietarios de Misura, habia salido á caza. Su jauría estaba ya suelta y recorria el bosque, cuando oyó el marqués á uno de sus perros ahullar de una manera lúgubre. Presumiendo que el animal habia tropezado con alguno de los muchos javalíes de que estaba infestada aquella montaña y habria sido herido, mandó á sus cazadores estar prevenidos: atravesó las malezas y llegó, guiado por los ladridos del perro, á una pequeña pradera.

El perro estaba parado delante de un monton de cenizas humeantes todavía. Al punto que divisó á su amo, corrió á él, le atrajo hácia el mon-

ton, y continuó sus quejumbrosos ahullidos. El marqués vió con espanto huesos humanos; el cráneo, entero todavía, no dejaba lugar á la duda.

Sospechando que se hubiese cometido algun crimen horrible, hizo á su gente explorar cuidadosamente la pradera. Encontróse una llavecita sobre las cenizas, y el marqués la recogió.

Á su regreso á la poblacion, se apresuró á dar parte á la autoridad poniendo en sus manos la llave que se habia encontrado.

La desaparicion de Moreli habia hecho algun ruido en la ciudad. Presentada á su esposa la llave recogida por el marqués, la reconoció inmediatamente como de pertenencia de Don Luis, y abrió sin dificultad la gabeta á que correspondia.

Desde aquel momento, no se dudó ya que habian asesinado á Moreli y quemado su cadáver.

La viuda, no habiendo vuelto á ver á Francisco Zuela, le acusó formalmente, si no de haber cometido el crimen, al menos de haber sido el instigador.

La justicia puso en juego sus agentes, y á poco tiempo fué preso Zuela, á quien se formó causa inmediatamente.

Pocos dias despues de su prision, se presentó espontáneamente, como testigo, un pastor de las montañas y declaró los hechos siguientes:

Habia visto muchas veces en aquellos últimos dias á Don Francisco andar por la montaña, y en una ocasion hablar animadamente con Trenta-Tré.

Ademas, al principiar el dia en que el marqués habia hecho su descubrimiento, aquel pastor, conduciendo sus cabras, habia pasado cerca de la pradera designada, que está cercana á un bosque. Vió en la pradera á unos cuantos hombres sentados alrededor de una grande hoguera, de la que salia un olor sofocante. Al querer acercarse á aquel sitio, dos de los hombres á quienes conoció por individuos de la partida Trenta-Tré, se levantaron amenazándole con su fusil si no se alejaba pronto.

El gobernador de Misura tomó entonces medidas enérgicas. Fué convocada la guardia civil, y se cercó la montaña, resultando apresados dos bandidos, que eran Valentin, alias Monocolo, y Marco Domolo.

Monocolo confesó sin titubear que Trenta-Tré recibió órden de Don Francisco Zuela para apoderarse de Moreli á la primera ocasion. Refirió ademas todo lo que ya sabemos de las conversaciones de Zuela con su enemigo y Trenta-Tré. En seguida añadió:

—Despues de la última visita de Don Francisco, Trenta-Tré anunció al prisionero que estaba resuelta su muerte. Le concedió dos horas para conciliarse con Dios, y aun le dió su mismo rosario. Al cabo de las dos horas le mató. Transportamos en seguida el cadáver á la pradera, le echamos sobre un monton de ramas secas y le quemamos.

Yo fuí quien amenacé con mi fusil al pastor demasiado curioso, y quien le intimé la órden de seguir su camino.

El interrogatorio de Marco Domolo confirmó las revelaciones de Monocolo. Este contó ademas las circunstancias de su encuentro con Francisco Zuela despues de ejecutado el crimen, y puso de manifiesto la cadena y el bolsillo que le habia robado en esa ocasion.

Careado Zuela con los dos bandidos, ni negó ni confesó cosa alguna, encerrándose en un obstinado silencio.

A estos cargos vinieron á agregarse las manifestaciones de la viuda de Moreli y de su hija Violante.

Seguramente eran numerosas las pruebas contra él, y la opinion pública le condenaba. Pero como se va á ver, las leyes napolitanas le eran favorables.

Cuando se presentó al rey un informe sobre esta causa, ordenó que conociera de ella un tribunal especial, el cual deberia decidir de la vida ó de la muerte, sin apelacion; pero con la condicion espe-

sa de que fuese necesaria la mayoría para decidir en pro ó en contra.

D. Francisco Zuela fué trasladado á Nápoles y comenzaron los debates.

El abogado encargado de su defensa sostuvo en su alegato que las deposiciones de dos parientes no merecian fé alguna; que las de los miserables como Monocolo y Marco Domolo no podian tener el menor valor; y que en cuanto al testimonio del pastor, unico valedero, era insuficiente en un proceso de tanta gravedad.

Añadió que la llave de Moreli habia debido ser puesta de intento en el monton de cenizas despues del lance por los propios parientes de la victima, y la prueba es, dijo, "que la llave se ha encontrado encima, y no entre las cenizas."

Por pobres que fuesen tales argucias, la defensa produjo un efecto inmenso, y era ya segura la absolucion de Francisco Zuela, cuando de súbito una mujer vestida de negro, situada en el banco de los testigos, se levantó, y echando atrás el velo que la cubria el rostro, dijo con una voz lenta y lúgubre:

—Francisco Zuela, Dios no quiere que un crimen como el vuestro quede impune. Es necesario que la muerte de mi padre sea vengada.

Pronunciadas estas palabras, Violante, pues era ella misma, sacó del pecho un papel que desdobló por sí propia.

—Francisco Zuela, dijo, en nombre de vuestro amor, os conjuro que respondais con verdad á la pregunta que voy á dirigiros. ¿Lo prometéis?

—Lo prometo, dijo Francisco con calma.

—Francisco Zuela, presiguió Violante mostrándole el papel, ¿reconoceis esta carta como escrita de vuestro puño?

—Sí, respondió Francisco.

—¿Y confesais ser ciertos los hechos que revela? Francisco vaciló un momento.

—Os conjuro en nombre de vuestro amor que respondais, dijo Violante con dulzura.

—Pues bien, dijo solemnemente Zuela, declaro por cuanto hay de mas sagrado, que esa carta es de mi letra, y que todos los hechos que contiene son exactos.

—¡Gracias, Francisco! dijo Violante con una mirada que penetró hasta el corazon del acusado.

Y en seguida entregó la carta al presidente del tribunal.

Cuando este leyó el billete de que ya tenemos conocimiento, invitó á los jueces á pasar á la sala de deliberaciones, en donde les comunicó su contenido. No cabia ya duda. La culpabilidad de Zuela resultaba de su carta con demasiada evidencia para que fuese posible la absolucion.

Volvieron los jueces á la sala de audiencia, y el presidente, despues de haber leído públicamente el documento acusador, hizo saber el fallo del tribunal.

Francisco Zuela, convicto del crimen de homicidio, fué condenado á la pena capital.

El acusado oyó con calma la sentencia, y no hizo la menor observacion; pero su abogado creyó deber apelar.

## IX.

Estaba Zuela encerrado en un estrecho calabozo, y no esperando nada de la apelacion interpuesta por su abogado, habia hecho llamar un sacerdote con quien se confesó, el cual, con presencia del profundo arrepentimiento que manifestaba, le infundió esperanzas de que Dios le perdonaría su accion abominable.

Despues que se hubo retirado el sacerdote, estaba Francisco arrodillado y orando, de tal manera absorbido, que no oyó abrir la puerta de su calabozo.

De repente sintió una mano que se apoyaba en su hombro, y una voz dulce que murmuraba á su oido:

—Bien, Francisco, bien . . . Dios tiene tesoros de misericordia para los escrazones arrepentidos.

El preso se levantó sobresaltado.

—¡Vos! vos aquí, Violante! . . . ¿Venis á echarme en cara mi crimen, del que me han quedado tantos remordimientos?

—No, Francisco. He llenado el deber de hija, haciendo condenar al asesino de mi padre . . . Ahora vengo á cumplir con vos los deberes de prometida.

—¿Y cuáles son vuestros deberes respecto á mi pobre niña? preguntó Francisco. ¿No soy yo quien ha marchitado vuestra vida? ¿quién os ha privado de un padre? ¿quién os ha condenado á las lágrimas?

—Francisco, dijo Violante, si fuérais mi marido, ¿pensais que os dejaria morir en un cadalso? . . . La deshonra del suplicio ¿no caeria de rechazo sobre mí?

—Pero vos no sois mi esposa, felizmente para vos.



UNA PRISION.

—La prometida de un hombre es su mujer á los ojos de Dios . . . Yo me debo á vos como si fuérais realmente mi marido dijo Violante.

—¿Qué quereis, pues, hacer? preguntó Francisco.

—Quiero evitaros la infamia de morir por mano del verdugo, respondio ella.

Y acó del pecho un punal que presentó al rey.

—O comprendo, dijo Francisco cogiendo el punal. . . Teneis razon; un Zuela no debe morir del mismo ignoble género de muerte que un bandido. . . Vnstras intenciones quedarán cumplidas.

—Es menester que los sean ahora mismo, Francisco.

—¿Cómo! Violante . . . Á vuestra vista, . . .

—Á mis ojos, Francisco. Al instante.

—Sea, pues, como lo quereis.

Y diciendo estas palabras, Francisco se desabrochó el pecho, y afianzó el punal en la mano.

—Antes de descargar el golpe, abrazad, Francisco, á vuestra prometida.

Echáronse entonces en los brazos uno de otro, y unieron sus dos almas en un prolongado y amoroso beso.

Luego se apartó Violante.

—Ha llegado ya la hora, Francisco, es preciso morir.

Apenas habia ella pronunciado estas palabras, cayo Zuela á sus piés revolcándose en su sangre.

—¡Violante! balbuceo con voz entrecortada. Violante . . . esposa mia . . . ya ves que te he obedecido . . . Dime que me perdonas . . . la muerte de tu padre.

—Dios te perdone como yo te perdono, dijo Violante.

Bebió entonces ella unas gotas de un licor que contenia un frasquito que llevaba suspendido al cuello con una cadena. Despues dijo á Francisco:

—Para tí el hierro. . . . . para mí el veneno. Nuestros destinos debían unirse en la tierra. . . . . también lo serán en la eternidad.

Los ojos casi estinguidos de Francisco recobraron por un momento su brillo. Su cuerpo ya helado por la proximidad de la muerte hizo un movimiento. Sus brazos parecieron probar á levantarse; los labios se agitaron, pero sin poder producir sonido alguno.

Evidentemente el moribundo quería oponerse al designio de Violante; no quería que ella muriese. Pero sus esfuerzos fueron infructuosos y gastaron la poca vida que le quedaba. Todo su cuerpo se puso rígido, y entregó su alma á Dios.

Violante le dió un postrer beso, y aguardó, al la-

do del inanimado cadáver de su amante, á que la muerte viniese á su vez á desatar los lazos que le unían á la tierra. . . . .

Una hora despues, cuando entraron los carceleros en el calabozo, no encontraron ya mas que dos cadáveres.

La noticia de esta catástrofe se difundió rápidamente por la pequeña ciudad de Misura. La señora Morell al oirla cayó acometida de un accidente apoplético. . . . . Y ocho días despues, un espléndido cortejo conducía á su última morada á la señora Marina, hermana de Francisco Zuela.

Así, pues, no era en el amor en donde debía extinguirse el odio de las dos familias rivales, sino en la muerte.

## LA RONCIERE.

### CONATO DE ESTUPRO CON VIOLENCIA.

DESDE 1834 acá, apenas habrá pasado viajero por Saumur que no se haya detenido, por un momento al menos, delante de una casa construida sobre la orilla derecha del Loira, al extremo del puente, y formando esquina con la calle Real.

Y no es porque esa casa excite la admiracion del artista ó del anticuario por su conjunto ó por sus particularidades, pues no puede darse cosa mas sencilla ni mas vulgar que aquel edificio compuesto de dos pisos con guardillas.

Pero no es solo el amor á las artes el que tiene el privilegio de interesar y conmover: así es que el sentimiento que allí excita una curiosidad inquieta, es de igual naturaleza al que podria experimentar delante del lupanar en donde fué asesinado Fualdés, ó á orillas del foso de Vincennes, en donde se consumó el asesinato del infortunado duque de Enghien.

En una palabra, al detenerse uno conmovido y meditando delante de aquella casa de Saumur, es porque el ánimo procura eshumar de la memoria las deplorables circunstancias del crimen de que en este momento nos hacemos historiadores.

Singular era la escena que pasaba el domingo 21 de Setiembre de 1834 en la casa que acabamos de designar, y que se hallaba habitada á la sazón por el general baron de Morell, comandante de la escuela de caballería, y por su familia.

Mr. de Morell daba aquella noche un concierto al general Preval, encargado de la inspeccion de

la escuela, y hallábase reunida una brillante sociedad, entre la que se distinguían los jóvenes oficiales de la escuela, solícitos en acudir á los salones del baron siempre que eran invitados.

Mientras que las personas graves se entretenían en conversaciones particulares, y los jóvenes arreglaban el órden del concierto, se acercó un criado á un teniente de lanceros que acababa de llegar y se mantenía algo separado del resto de la sociedad.

—El señor baron desea hablaros, le dijo.

El oficial siguió al criado, el cual le introdujo en el comedor en donde se hallaba M. de Morell y un capitán instructor llamado Jacquemin.

—¿Me habeis mandado llamar? preguntó el teniente de lanceros dirigiéndose al baron.

—Sí señor, respondió el baron con una voz firme, pero triste. Por motivos particulares os ruego que no volvais á poner los piés en mi casa. Hacedme el favor de retiraros.

El teniente no mostró gran sorpresa al oír aquellas palabras, hizo una reverencia y se marchó sin proferir palabra.

Al verle el baron alejarse de aquel modo, no pudo contener su indignacion y dijo al capitán:

—Ese hombre es un miserable! Despues de admitirle á mi mesa, y de haberle espulsado de mi casa, ni siquiera me pide la menor explicacion. . . . Aun cuando no hubiera otras pruebas en contra suya, eso bastaria á convencerme de que es el autor de esas infames cartas.

El capitán Jacquemin no respondió, pero sin duda era de la misma opinión, pues consideraba que hasta un simple criado habría reclamado contra una espulsión semejante, y no podía menos de extrañar que un oficial del ejército francés, hijo de un teniente general, y sobrino de un par de Francia, Emilio de la Roncière, en una palabra, hubiese inclinado su frente ante una de las injurias más crueles que pueden hacerse á un hombre.

Preciso era, pues, que se reconociese como muy culpable.

Familio Francisco Guillermo Clemente de la Roncière tenía veinte y nueve años, y era teniente del primer regimiento de lanceros, cuando á fines de Marzo de 1833 fué dado de baja en su cuerpo, y marchó á Saumur para seguir los estudios de la escuela de caballería.

La vida anterior de aquel joven había sido fealdada en desórdenes. En vez de entrar en la escuela militar, cosa que le habría sido fácil, atendida la posición de que gozaba su padre, se enganchó á los diez y siete años como simple soldado de caballería, y en todos los regimientos porque fué pasando, obtuvo siempre las peores notas. Por último, sus estravíos llegaron á un punto tal, que su padre le obligó á marchar á Cayena con la esperanza de que esa especie de destierro le corrigiese; pero no sucedió así, pues lo mismo en las colonias que en todas partes, mereció las censuras de sus jefes, y cuando regresó á Francia, no mejoró de conducta.

Así fué que á poco tiempo de estar en Saumur, era conocido ya por sus deudas y por el desarreglo de sus costumbres.

Vivia, por ejemplo, en una casa de huéspedes con Melania Laiz, con quien había hecho conocimiento en Cambrai, en donde estuvo de guarnición, y cuando sus jefes le obligaron á romper sus relaciones públicas con aquella joven, renovó otras no menos escandalosas con dos obreras llamadas Adela Boreau y Anita Rouhaut.

Más adelante, en los primeros meses de 1824, comia la Roncière en la *fonda de Europa*, de que era dueño un tal Marlier; á poco tiempo circularon por la casa cartas ofensivas para la esposa de Marlier, las cuales fueron atribuidas á la Roncière, y obligaron á marido y mujer á espatriarse.

Todas estas circunstancias habían contribuido á formar á la Roncière una reputación tan desfavorable, que M. Morell resolvió borrarle de la lista de sus convidados.

Entre tanto, á principio de 1834, vinieron á reunirse con el general en Saumur, Mad. de Morell y su hija María, joven de diez y seis años. Dichas señoras iban acompañadas de un criado llamado Samuel Gillieron, y de una doncella que tenía por nombre Julia Genier. Poco tiempo después vinieron á completar el personal de la familia del barón Mies Allen, aya de Mlle. de Morell, y Roberto de Morell, muchacho de edad de once años.

M. de Morell abrió entonces su casa á los oficiales de la escuela, y la Roncière, que parecía haber

mejorado de conducta, recibió como sus camaradas diferentes invitaciones.

Un día que fué convidado á una gran comida, se colocó al lado de Mlle. de Morell, y terminada aquella, le dijo, señalándole un retrato de la madre:

—Teneis una madre encantadora, pero es una desgracia que os asemejéis tan poco á ella.

Semejante frase en boca de un oficial, no dejó de ser una locura ó una grosería. Así fué que cuando Maria lo puso en conocimiento de la familia, no hicieron más que reírse de ello. No debe atribuirse á aquella estúpida salida el ostracismo á que fué condenado la Roncière. El general había tenido para despedir de su casa al hijo de uno de sus colegas, motivos por desgracia mucho más legítimos, y que vamos á esponer.

Apenas acababa de instalarse en Saumur Mad. de Morell, cuando todas las habitaciones de su casa se vieron inundadas de cartas anónimas. Las primeras no contenían más, que declaraciones de amor á aquella señora, y una de ellas terminaba del modo siguiente:

“Todo el día de hoy estaré alrededor de vuestra casa. Si os veo salir, permitidme creer que aceptais el homenaje del respetuoso amor de vuestro obediente servidor.—E. DE M. R.”

Como es de suponerse, Mad. de Morell no padeció á los deseos de su pretendiente; pero á la hora ordinaria de salir aquella, abrió el general las ventanillas que caen en frente del Loira, y divisó á la Roncière, el cual se alejó al punto.

Desde entonces debieron principiar las sospechas en el ánimo de M. de Morell.

Sin embargo, no todas las cartas que abundaban en casa del barón, tenían el carácter excusable de la que acabamos de mencionar. Otras muchas dirigidas á Mies Allen, al joven Roberto y Mlle. de Morell prodigaban á aquella, los ultrajes más groseros.

La misma mano revelaba al general que el objeto de aquella correspondencia era introducir la alarma y la discordia en su casa, y escribía á Mlle. de Morell en un tono cada vez más amenazador, y firmándolas con la inicial R., estas tristes profecías:

“Mas adelante tendrá mi odio resultados que quitarán toda felicidad á la vida de Maria. La muerte sería para ella un gran beneficio, porque su vida será siempre miserable y llena de amargura.”

Una persona extraña á M. de Morell sirvió también de objeto á aquellas cartas anónimas.

Entre las personas que más frecuentaban la casa del barón, había un antiguo alumno de Saumur, que despues de haber dejado la escuela, había vuelto á ella para perfeccionarse en el dibujo. Llamábase M. Octavio de Estouilly, y era oficial de caballería, excelente sugeto que se recomendaba á M. de Morell, tanto por su carácter personal como por antiguas relaciones de familia.

Ora fuese que la benevolencia del general hacía aquel joven oficial desgraciado, á la Roncière, ó que existiese una antipatía natural entre este y



M. de Estouilly, ello fué que solo mediaron entre ambos relaciones muy frias.

Eso no impidió que Estouilly, segun hemos dicho, recibiese muchas cartas. El 28 de Agosto enseñó una de ellas al teniente Ambert, en la que se decia:

“Quiero turbar la felicidad de la familia Morell y la vuestra.”

Algunos dias despues recibió una nueva carta que contenia estas frases:

“Escribo hoy una carta á María, en la que le digo mil cosas humillantes para su persona. Esa carta lleva la firma de Estouilly, y estoy seguro de que será entregada porque he ganado á un criado por cinco francos.”

Fácil es comprender la indignacion que debió apoderarse de M. de Estouilly al leer este último billete. Corrió á casa de Mad. de Morell, y noticioso de que la carta habia sido entregada realmente, declaró que era su intencion buscar al que así habia abusado de su nombre. Pero Mad. de Morell consiguió aplacarle y aun logró á fuerza de instancias que quemara la carta que acababa de recibir.

El 8 de Setiembre recibió M. de Estouilly una tercera carta, en la que se hallaba el siguiente párrafo:

“Varias circunstancias me hacen presumir que se lo habeis dicho todo á M. de Morell. Os doy por ello las gracias, pues es el mejor medio para atormentar á María. He logrado procurarme algunas palabras de letra suya (por medio de un amigo), cuyas palabras he copiado y os envio el resultado de mis trabajos. Vuelvo á cortar mi pluma para deciros ternezas en nombre de la pobre desconsolada.”

A esta carta iba unido un billete que llevaba la firma *María de Morell*, y parecia escrito por dicha jóven á M. de Estouilly. Ahora se verá el extraño estilo en que á Mlle. de Morell se le hacia convenir á M. de Estouilly por la frialdad de este para con ella.

“Qué mal procedeis en no hacer atencion en mí. ¡Si supiéseis la pena que eso me cuesta! ¡Habeis hecho que el lunes me quedase sin bailar... y tenia tantos deseos! ¡Veo que sois duro como una roca y yo soy tan tierna! Mucho mal me causais. Ruego á Dios que os cambie, pero tan sordo es él como vos. Os amo en extremo, os lo aseguro; sois tan buen mozo!—MARIA DE MORELL.”

Apurada ya la paciencia de M. de Estouilly, corrió este á casa de M. de Morell.

—¿Alguna otra de esas infames cartas! dijo M. de Morell desdoblado el papel que le entregaba M. de Estouilly.

—Sí, replicó este; y podeis ver, general, que el arte de la falsificacion no puede estar mas perfeccionado, puesto que en un primer ensayo se ha llegado á imitar bastante bien la letra de Mlle. de Morell.

—¡Ay! murmuró general con abatimiento; ¿qué hacer ni qué partido tomar para poner un término á la inconcebible persecucion de ese monstruo?

—El partido de las personas de corazon! exclamó Estouilly con ardor, A pesar de tan indignado proceder, todavia puedo retarse á ese hombre, cuyo nombre no deja de ser illustre.

—¿Guardaos bien de hacerlo, amigo mio! El nombre de mi hija iria inevitablemente mezclado en ese asunto... y mi hija, yo, toda mi familia seríamos los que padeciésemos con un duelo entre vos y él, cualquiera que fuese el resultado.

—¿Y qué! ¿no podré castigar la insolente arrogancia, la indigna conducta de ese miserable! ¿Tendré que encontrarle y pasar á su lado sin poder desahogar libremente mi desprecio?

—Es preciso, amigo mio, por mi honor y el de los míos... reflexionadlo bien; vuestro general, un amigo de vuestra familia es el que os ruega que aparteis la infamia de sus cabellos blancos... el que pone su honor bajo la salvaguardia de vuestra generosidad...

—Renunciar á ese duelo! exclamó Estouilly con una vaeilacion dolorosa. ¿Es el sacrificio mas duro que puede imponerse!

—Conozco todo su valor, dijo enternecido M. de Morell, pero os creo bastante generoso para ceder á mis súplicas... Tengo vuestra palabra, ¿no es verdad?

—Os la doy, general; pero no sabeis cuánto me cuesta.

—¡Gracias, gracias! dijo M. de Morell estrechando con efusion las manos del jóven oficial: tenéis un corazon noble y digno.

Trataba de retirarse M. de Estouilly para sustraerse á los testimonios de reconocimiento del baron, cuando entró Mad. de Morell.

Así que se puso al corriente de lo que acababa de ocurrir, y supo que el autor de las cartas que con tanta rapidez se sucedian, habia podido procurarse letra de la jóven María, exclamó:

—Bien me sospechaba yo que alguno de la casa nos vendia. Ahora no me cabe la menor duda... y podria designar al culpable.

—¿Qué decis? exclamo el general.

—Digo que se han esparcido cartas por todos los cuartos de la casa... habiéndolas introducido hasta en la alcoba de Roberto y en los libros de mesa de María... Indudablemente no puede menos de ser alguno de nuestros criados... Pero hay mas todavia; María escribió hace ocho dias á su amiga de colegio Margarita de Grisenoy, y la carta no ha llegado á manos de ella. ¿No es natural presumir que esa carta es la misma de que se habla en la enviada á M. de Estouilly? ¿No podria ser que la carta dirigida á Margarita, en vez de haber sido echada al correo, haya sido vendida al autor de todos nuestros suplicios, y le haya servido de modelo para imitar la letra de nuestra hija?

—¿Pero quién se la ha de haber entregado? dijo M. de Morell.

—Samuel Gillieron, replicó la baronesa; el mismo á quien María habia encargado echar la carta al correo y que debe ser el culpable.

Dichas estas palabras por Mad. de Morell, se re-

tió Estouilly, no sin renovar antes al general la promesa de no dar consecuencia alguna á los justos motivos de odio que tenia contra el autor de las cartas anónimas.

Seis dias despues, el 14 de Setiembre, recibia M. de Estouilly una cuarta carta, en la que se leia:

“Es preciso la muerte para saciar mi venganza: dentro de poco tiempo no será esa jóven mas que una criatura degradada. Si la quereis así, os la echarán en vuestros mismos brazos. Yo la amo como un loco, esto es, á su dinero y á mi manera: habria querido poderla volver loca, pero su airecillo desdefioso me ha impedido intentarlo. Así es que me vengaré en ella del amor que os profesa.”

Como se ve muy bien, estas amenazas podian ya hacer presagiar siniestros proyectos.

El 22 de Setiembre, esto es, el dia siguiente al en que M. de Morell habia espulsado de su casa al teniente la Roncière, creyó este último que debia ir á ver al capitán Jacquemin, el cual, segun se recordará, habia sido testigo de la afrenta.

—Vengo, capitán, dijo la Roncière, á pedir os explicacion sobre la escena de ayer.

—Escuso deciros, respondió M. Jacquemin, que soy enteramente extraño á ese asunto.

—Simplemente para informarme os ruego que me contesteis, replicó la Roncière.

—Entonces, repuso Jacquemin, lo que puedo deciros es lo siguiente: en una comida de las que ha dado M. de Morell, dijisteis á Mlle. Maria una frase que era por lo menos poco conveniente, . . . luego la familia del general se habia afligida hace algun tiempo con una correspondencia anónima, y le llueven cartas sobre cartas. Ahora no debo ocultaros que la voz unánime de todos os señala á vos como autor de esas cartas.

—Pero en qué se funda esa acusacion? preguntó la Roncière.

—¿Y cómo quereis que os lo diga? Vuestra reputacion, vuestras deudas, vuestras relaciones escandalosas con mujeres mas que livianas. Y luego el asunto de la *fonda de Europa*, el mal concepto en que os tienen todas vuestras camaradas, todo os reune contra vos.

—Es una desgracia, repuso la Roncière, que tengan de mí semejantes sospechas, porque son injustas. . . soy incapaz de proceder tan infame.

—Tanto mejor, caballero, dijo Jacquemin. Es preciso haberse uno olvidado completamente de sí mismo para relajarse á lanzar escritos anónimos.

Y al decir esto con severo acento, M. Jacquemin despidió á la Roncière, el cual se fué á consultar á uno de sus camaradas, M. Ambert.

—¿Qué hariais en mi lugar? le dijo.

—Si sois inocente, dijo Ambert, hay un medio bien sencillo; acudid quejándoos de calumnia, y pedid la comprobacion de la letra.

—Ya pensaré en ella, dijo la Roncière separándose de su camarada.

Pero no pensaba seguir semejante consejo, y la cruel afrenta que habia recibido de M. Morell debia costar bien cara á la pobre Maria.

Hacíase inminente una catástrofe.

Ya hemos dicho que la casa de M. de Morell estaba situada en la orilla derecha del Loira, á la esquina de la calle Real, y se componia de una habitacion baja, dos pisos y guardillas con ventanas que daban al Loira. M. de Morell y su esposa ocupaban el piso principal, y Mlle. de Morell con Miss Allen, su aya, tenian su habitacion en el segundo piso con vistas al muelle.

Componíase esa habitacion de tres piezas: una alcoba grande en donde dormia Miss Allen, un gabinete contiguo en donde dormia Mlle. de Morell, y un gabinete oscuro en donde habia varios armarios y que comunicaba solamente con el gabinete de Mlle. de Morell. El cuarto de Miss Allen tenia



RETRATO DE LA RONCIÈRE.

la salida á un corredor que conducia á la escalera de servicio. La puerta de ese corredor estaba provista de una cerradura de vuelta y media, y se hallaba al extremo de un estrecho pasadizo paralelo á uno de los lados de la alcoba, y cerrado con un simple picaporte.

En cuanto al gabinete de Mlle. de Morell, la puerta que le separaba del cuarto de Miss Allen se cerraba por dentro mas que con un picaporte que no entraba bien en la nariz. El cuarto y el gabinete estaban alumbrados por ventanas á veinte pies de elevacion del suelo. Esas ventanas estaban provistas de persianas que no se cerraban nunca.

Encima del cuarto de Mlle. de Morell habia una gran guardilla que nadie ocupaba á la sazón, pero á la cual tenia Samuel un acceso fácil. Era, no obstante, un niño criado que habitaba en aquella parte de la casa, y la guardilla en que dormia co-

municaba, por medio de un corredor, con la guardilla desocupada. Las ventanas de estas dos piezas estaban solo á distancia de catorce piés de las ventanas de Mlle. de Morell.

Llegó en esto el miércoles 23 de Setiembre. Los señores de Morell habian pasado la noche en el teatro, á donde convidaron tambien al general Preval, que les acompañó. Mlle. María Morell se habia quedado en casa con Mad. Becœur, mujer del cirujano mayor, Mlle. Becœur y Miss Allen.

Pasóse la noche hablando sobre diferentes cosas.

Después que se marcharon las señoras de Becœur, hizo Miss Allen, segun costumbre, el registro de la habitacion con escrupuloso cuidado, cerró con vuelta y media la puerta del corredor, y se acostó igualmente que Mlle. de Morell.

La jóven hacia mucho tiempo que estaba durmiendo, y eran ya cerca de las dos de la madrugada.

De repente vino á despertar á María un ruido como de vidrios que se rompen. Apartó las cortinas de su cama, y á la claridad de la luna vió pasar un brazo por el hueco que dejó el vidrio roto, y levantar la falleba de su ventana. Penetró en seguida un hombre en el cuarto, y se dirigió velozmente á la puerta de comunicacion del gabinete de Mlle. de Morell con el cuarto de su aya.

Al ver aquello María, é impulsada por un movimiento espontáneo como el pensamiento, se arrojó fuera de la cama y trató de formarse una especie de parapeto con una silla, detrás de la cual se colocó.

Entonces pudo examinar al hombre que acababa de introducirse en su cuarto. Era de estatura comun é iba vestido con un capote de pano, llevando cubierta la cabeza con una gorra de agente de policia, que le pareció á la jóven estar adornada con un galon de plata. Alrededor del cuello, tenia una corbata negra que le llegaba á las orejas. A pesar de todo, María reconoció al punto al teniente la Roncière.

Los que hayan tenido miedo, comprenderán cómo María no pudiera lanzar un grito al ver que se introducía un hombre por la ventana. Los grandes terrores nos dejan como paralizados, y en presencia de un riesgo inminente, rara vez sucede que

conservemos la sangre fria necesaria para conjurarle. A unos se les cierran los ojos como si al dejar de ver, pudieran tambien dejar de ser vistos; á otros se les quedan inertes las piernas y los brazos; á otros, en fin, y así le sucedió á Mlle. de Morell, parece que la lengua se les pega al paladar, y se niega á despegarse por mas grandes esfuerzos que hagan.

Entre tanto, la Roncière se habia precipitado hacia donde estaba María, y fulminándole una mirada aterradora:

—;Vengo á saciar mi venganza! la dijo.

Al mismo tiempo se arrojó sobre ella, y le arrojó con violencia la silla que estrechaba convulsivamente entre sus brazos.

Entonces cogió á la jóven por los hombros, la

tumbó en el suelo, y le arrancó la camisola de dormir: en seguida le pasó un pañuelo alrededor del cuello, y se lo apretó de modo que su victima pudiera solo esbalar debiles gemidos: luego le ató el cuerpo con una cuerda, y á fin sin duda de que no pudiese hacer el mas leve movimiento, puso sus piés sobre las piernas de aquella infortunada jóven.

Luego que la tuvo sujeta de aquel modo, se inclinó hacia ella y empezó á darle fuertes golpes en el pecho y en los brazos, llevando su rabia hasta el extremo de morderle en el puño derecho.

Y al tiempo mismo que descargaba los golpes y la mordía, esclamaba:

—;Habia jurado que habia de vengarme!.... Vuestro padre me ha tratado como á un lacayo, y me porto como tal.

Y después de un momento, añadió:

—;Y no me contento con esto, pues todavía tengo que vengarme de otra persona que ha hecho uso de cartas anónimas! ;Nada perderá por aguardar!....

Conforme iba hablando, crecia por grados su desesperacion y redoblaba los golpes.

—;Desde que os conozco, prosiguió, he visto en vos no sé qué que me ha inspirado el deseo de haceros mal!

A estas palabras, no tuvo ya límites la rabia de aquel malvado, y sacando una arma que la jóven



MARIA DE MORELL.

no pudo ver, pero que creyó fuese un cuchillo, le tiró dos golpes entre las piernas, ocasionándole graves contusiones en los muslos con nuevos golpes.

Pero estas heridas produjeron un efecto que la Roncière estaba sin duda muy lejos de esperar, y que salvaron á la jóven del deshonor.

El terror habia dejado sin voz á la jóven; pero dándola fuerzas el esceso mismo del dolor, lanzó gritos que no podian menos de ser oidos.

Con efecto, las quejas y lamentos de Mlle. de Morell, llegaron á oídos de Miss Allen, su fiel aya, la cual se levantó al punto. Al oír la Roncière el ruido que aquella hacia golpeando la puerta y estremeciéndola para abrirla, juzgó que era tiempo de pensar en la fuga.

—Esta ya tiene bastante, dijo señalando á María.

Al mismo tiempo puso una carta sobre la cómoda, y se escapó por la ventana que habia quedado abierta enteramente,

—Mantente firme, añadió dirigiéndose evidentemente á un cómplice suyo.

Y desapareció.

Como sucede casi siempre en semejantes ocasiones, la jóven, que habia conservado el conocimiento mientras le amenazaba el peligro, perdió el sentido así que dejó de tener por qué temer; y cuando Miss Allen entró en el cuarto, encontró á su jóven ána desmayada en el suelo.

Fácil es de comprender el espanto que se apoderaría del aya al ver á María sin movimiento, sin mas ropa que una camisa, con un pañuelo sujeto al cuello con un nudo corredizo, y rodeada al cuerpo la cuerda de que hemos hablado. Su terror creció de todo punto al ver en dos ó tres sitios al lado de la víctima manchas de sangre que parecían atestiguar la ejecucion de algun crimen.

Miss Allen acudió á socorrer á la jóven, y sus auxilios lograron hacerla volver en sí; pero en un principio no pudo obtener respuesta alguna á sus multiplicadas preguntas, pues tanta era la opresion que todavía tenia sobrecogida á María.

Mlle. de Morell pudo al fin referir la escena que acababa de pasar, y Miss Allen dió gracias al cielo de que le hubiese permitido llegar bastante á tiempo para salvar á la jóven de un atentado mas horrible todavía que el primero, puesto que la habria arrebatado el honor.

A pesar de los ruegos de Miss Allen, no quiso María que se despertara á sus padres, los cuales continuaron durmiendo hasta las seis, que era ya bien de dia. Mientras que el aya fué á avisarles, se acercó María á la ventana abierta, y reconoció de pié, sobre el parapeto del puente, al teniente la Roncière con su capote y gorra de agente de policía, el cual miraba riéndose hácia la ventana de Mlle. de Morell.

¡No le bastaba el crimen, sino que era preciso añadir á él la burla!

Entretanto llegaron los señores de Morell, y vieron, como Miss Allen, el vidrio roto, las manchas de sangre, el pañuelo que habia servido para ahogar

la voz de María, y la cuerda con que la habian atado. Y con dolor, pero no con sorpresa, supieron que el culpable era la Roncière.

Seguramente que en su pecho debia rebosar al indignacion, y si no hubiesen escuchado mas que su primer impulso, habrian denunciado inmediatamente al autor de tanta infamia. Pero consideraciones bastante fáciles de comprender cuando se trata de un hecho de esta naturaleza, contienen siempre á una madre, y el único afán de Mad. Morell fué ocultar á todo el mundo aquel horrible suceso: preciso era que este drama tuviese otras peripecias antes de se ocupara de él la justicia.

Ahora se verá por la carta que dejó la Roncière sobre la cómoda al escaparse del cuarto de Mlle. de Morell, que no consideraba aquella familia bastante castigada aún.

Véase el contenido de dicha carta, fechada el miércoles á la una de la mañana, dirigida á Mad. de Morell y encontrada por Miss Allen en el sitio que hemos indicado.

“Vos sola sabreis el verdadero motivo del crimen que voy á cometer. Es un crimen bien grande manchar lo que hay de mas puro en el mundo. Os he amado, os he adorado y me habeis contestado con el desprecio. Prefiero el odio, y quiero daros derecho para aborrecerme. Un dia os supliqué que saliérais, y ese dia permanecisteis encerrada en vuestro cuarto. El miserable ha tenido la imprudencia de decirselo todo á M. de Morell, y le he escrito que en donde quiera que le encuentre, marcaré su rostro con el sello de la infamia. Le aguardo sobre el terreno, pues todo el mundo sabrá en Paris el deshonor de vuestra hija. Voy á partir de Saumur, y no tendré el placer de gozarme en vuestro dolor.”

La Roncière no perdió tiempo para poner sus amenazas en ejecucion. A las nueve de la mañana del miércoles 24 recibió M. Octavio de Estouilly una carta provocatoria, cuyo tenor es como sigue:

“Sois un miserable, un cobarde. Otro que no fuera vos, despues de todas las cartas que os he escrito, habria venido á pedirme satisfaccion. En vez de eso habeis preferido ir á denunciarme al general. Estoy satisfecho de Ambert; pero vos no sois mas que un cobarde. Por lo demas, dia vendrá en que os marque el rostro con el sello de la infamia. Veremos lo que haréis despues.

EMILIO DE LA RONCIÈRE.”

Con semejante provocacion, no podia ya M. de Estouilly considerarse ligado por la promesa que habia hecho al general; y á pesar de su deseo de conservar la paz y guardar silencio, como se lo habia aconsejado M. de Morell, no creyó deber sufrir por mas tiempo la insolente audacia de su antagonista. Fué, en su consecuencia, á buscar á M. Ambert, y le rogó le sirviese de padrino para un duelo con la Roncière.

Habiendo por último encontrado á Berail, le dijo: —Ha ocurrido una desgracia lamentable. M. de Estouilly sostiene que soy yo el autor de una carta anónima que ha recibido, y te juro por mi honor,

por lo mas sagrado que hay en el mundo, que soy inocente.

Medio conuenido Berail por el tono patético en que la Roncière pronunció estas palabras, consintió en acompañarle á casa de Estouilly.

Luego que llegaron, dijo este á Berail:

—Vais á quedaros sorprendido. Mirad la carta que me ha escrito M. de la Roncière.

Y Berail debió reconocer que la carta que se le presentaba era en quanto á la letra de una identidad completa con la de la Roncière, el qual protestó de nuevo que era enteramente extraño á lo que se le aousaba.

No pudieron entenderse, y se procedió á los preparativos del duelo.

Eran tan pocas las simpatías que inspiraba la Roncière á sus camaradas, que no pudo hallar quien quisiera servirle de padrino, y fué preciso que M. Ambert y M. de Estouilly insistiesen con M. Berail para que consintiese en acompañar á la Roncière.

Luego que lograron que M. Berail se decidiese, fueron todos al sitio señalado. Allí pidió la Roncière que le enseñasen otra vez la carta, y como aparentase titubear al leerla, le dijo Estouilly con energía:

—¡Vaya! Bien conocéis vuestra letra.

Berail trató entoncez de escusarse de servir de padrino; pero cediendo á las reiteradas instancias de Estouilly y Ambert, se resignó al fin á desempeñar aquel papel.

Cruzáronse los aceros; pero la suerte se declaró contra Estouilly, que oyó herido de dos estocadas, una en un brazo y otra en un muslo.

Antes de aquel lance, había negado la Roncière que fuese el autor de las cartas anónimas: igual protesta debia hacer despues.

Cuando Estouilly fué herido por su adversario, quiso apelar por última vez á su honor, y le dijo:

—Confesad, y todo queda olvidado.

La Roncière replicó con frialdad:

—Nada tengo que confesar, porque nada he escrito.

—Pues bien, replicó Estouilly, verémos hasta dónde llega vuestra pertinacia. *Os perseguiré ante los tribunales.*

—¿De veras? esclamó la Roncière con aire de insolente jactancia: pues bien, me alegraré infinito, y la prueba es que si me quereis dar las cartas, me ofrezco á llevarlas yo mismo al procurador del rey.

—No! no! esclamó M. Ambert.

Y completó su pensamiento diciendo en voz baja á M. de Estouilly:

—¿Quién os asegura que si le entregais las cartas no sean destruidas?

Pocas horas bastaron para probar que la suposición de M. Ambert no estaba destituida de fundamento. A lo menos las apariencias fueron todas contra la Roncière, puesto que reveló su inquietud respecto de las disposiciones de M. de Estouilly, manifestando á Berail el deseo de echar tierra al asunto, y rogándole que interviniese para que las cosas no fuesen mas lejos.

Como quiera que fuese, Berail accedió á su deseo,

y habló sobre el particular á M. de Estouilly; pero este escigia una confesion formal. El mediador volvió á ver á la Roncière, el qual se lamentó de la escigencia de Estouilly y de lo duro que le era reconocer como suya una correspondencia á la que, segun continuaba asegurando, era completamente extraño.

Berail se retiró en vista de aquellas quejas, y mientras que estaba almorzando, supo que la reflexion habia cambiado de una manera singular las resoluciones de la Roncière.

Con efecto, ésta, despues de escribir de su puño y firmar una carta dirigida á M. de Estouilly, la enviaba por medio de una mujer á Berail suplicándole que la hiciese llegar á su destino.

Dicha carta contenia lo siguiente:

“En vista de las pruebas materiales que existen contra mí, pruebas que me confundirian ante los tribunales, si compareciese en ellos, creo que debo mirar por la tranquilidad de mi familia, cuyo honor quedaria manollado. Me retracto de todas las espresiones que contienen las cartas que habeis recibido, y confesándome por el desgraciado autor de ellas, os ofrezco mis disculpas. Aceptadlas y sed bastante generoso para ser discreto.”

Pero Estouilly no creyó estas declaraciones suficientemente esplicitas, y de acuerdo con Ambert, contestó inmediatamente que en su situacion no aceptaba, sino que dictaba condiciones:

—“Esosijo, continuaba, que declareis ser el autor de las cartas anónimas que han llegado á manos del general, de Mad. de Morel y de Mlle. María; esosijo ademas que soliciteis hoy mismo una licencia y salgais de Saumur.”

Por duras que fuesen estas condiciones, la Roncière se sometió á ellas, y rogó á Berail que solicitase una licencia para él. Entre tanto escribia la siguiente carta á Estouilly:

“Creia que mi carta de esta mañana os hubiera satisfecho, pero veo desgaciadamente que no ha sido así. En su consecuencia, declaro ser yo el autor de las cartas anónimas que han llegado á manos del general, de Mad. de Morell y de Mlle. María de Morell. Declaro, ademas, haber escrito á Mlle. de Morell una carta firmada *Estouilly*, y á vos, caballero, otra con firma de *María Morell*. Acabo de hacer pedir una licencia, y abandono esta noche la escuela.”

Berail fué á llevar esta segunda carta á Estouilly.

—Está bien, dijo el herido, pero se me ha olvidado preguntar á M. de la Roncière el nombre del ómplice que distribuyó las cartas en casa del baron de Morell. Deseo que me diga quién es.

Berail transmitió este nuevo deseo á la Roncière; pero este se negó á satisfacerlo.

En la noche del 25 al 26 marchó á la Flèche, y desde allí escribió á Berail, pidiéndole que emplease su influencia para que Estouilly no escigiese lo que, segun decia, acabaria de perderle. Rogábale, ademas, que le contestase con direccion á Paris, que él ouidaria de ir á la oficina de correos á recoger la carta.

Despues de aquel duelo, y especialmente despues

de las revelaciones que habia originado, parecia que debian haber concluido las cartas anónimas. Pero no sucedió así, pues mientras que tenian lugar aquellos sucesos entre la Roncière y Estouilly, recibia M. de Morell por el correo un nuevo billete fecha- do el *Miércoles 24 á las cuatro de la mañana*, en el que se trazaba del siguiente modo el odioso aten- tado que acababa de consumarse:

“Tenia sed de su sangre y de su honor: todo lo he obtenido. Habia tomado conocimiento de la dis- posicion de la casa el dia en que Mad. de Morell fué á Palenae, mientras que vuestra hija habia ido á pasear con su hermano y Miss Allen. Ahora que no puedo menos de esperar que vuestra hija tenga una prenda de su desgracia (y abrigo la con- viccion de ello) os diré que ha sido Samuel el que ha distribuido todas las cartas al precio de cinco francos por cada una. Vereis publicada la deshon- ra de vuestra hija en Paris. Aquí nadie la sabe: temo al cariño y respeto de *esos cochinos* de Saumur y de mis camaradas, que tan infames son para mí.”

En otra carta, fecha del miércoles por la tarde, decia á María de Morell:

“Sois la criatura mas miserable, y el hombre que ha tenido la imprudencia de salir á vuestra defen- sa, está herido gravemente. Todo eso lo he hecho yo. Mi gozo raya en frenesí: pero todavía hay otro pensamiento que me halaga, y es que ahora estais bajo mi absoluta dependencia. Un vínculo horri- ble para vos nos unirá y dentro de pocos meses os vereis obligada á venirnos á pedir de rodillas un nombre para vos y para otro ser.”

Una tercera carta dirigida á Mad. de Morell, sin fecha, pero firmada E. de la R., contenia estas pa- labras:

“Estoy enterado de todo lo que pasa en vuestra casa. Los baños de piés, las sanguijuelas que se su- ponen ser para Miss Allen, son precauciones inúti- les. Verdaderamente tuve ayer un momento de ter- ror, pues creí haberla muerto, y no hubiera queda- do satisfecho mi objeto. No os habria podido de- volver todo el mal que me haceis. Vuestra hija vivirá, pero no habrá vida mas horrible que la suya.”

Los pormenores de esta carta atestiguan hasta la evidencia que vivia un cómplice en la casa del ge- neral. Samuel, de quien concibió sospechas la ba- ronesa desde el mes de Agosto, habia sido despedi- do por un dia por el general, y vuelta á admitir en vista de sus protestas de inocencia. Cuando se re- cibieron nuevas cartas, fué despedido definitiva- mente.

Con la ausencia de esos dos sujetos habia cesa- do la correspondencia anónima; pero el 12 de Octu- bre volvió á continuar, y Mad. de Morell recibió por el correo la siguiente carta:

“Estoy en correspondencia con una persona de vuestra casa: podéis obligarme á abandonar la Fran- cia, pero entonces mi cólera os perseguirá con ma- yor encarnizamiento. Habria, no obstante, un me- dio de conjurar la tempestad que os amenaza, pues consiento en casarme con vuestra hija. Temí por un momento queuviérais el proyecto de casarla an- tes del descalabro, pero despues he sabido que no se

ha pensado en tal cosa. Por otra parte, hubiera debido presumir que hay cosas que una madre co- queta y un padre avaro no hacen jamas, ni aun pa- ra salvar á su hija de la deshonra.—E. R.”

Fácilmente se comprenderá lo mucho que debia afectar esta cruel correspondencia á la familia Morell. Pero la que sufría mas que nadie era María.

Desde la noche del 24 de Setiembre. la salud de aquella jóven se habia alterado gravemente: prime- ro, por efecto del terrible golpe que habia recibido durante aquella escena, y luego porque á pesar de los padecimientos físicos y de un tormento moral horrible, le habia sido preciso continuar el trato de la sociedad, á fin de evitar los comentarios calu- niosos, las suposiciones injuriosas, ó por lo menos los dichos picantes, las alusiones malignas y las cen- suras inflexibles de una sociedad ávida siempre de escándalos.

Porque hay un carácter muy triste en nuestras costumbres, y es que merced á preocupaciones alta- mente deplorables, un atentado como el que hemos referido lega tanta deshonra á la víctima como in- famia al verdugo.

Así es que en semejantes casos hay que proceder como procedió Mad. de Morell, esto es, tratar de se- pultar la desgracia en el secreto mas profundo, pues de lo contrario se corre el riesgo de que el mundo señale con el dedo á la mujer mas virtuosa, como si tuviese la culpa de que un monstruo venga á po- nerse por medio, y de una vida que sin esa circuns- tancia seria todo orgullo y alegría, haga una exis- tencia llena de miserias y dolores.

Por eso en la noche misma del 24 de Setiembre, oreyo Mad. de Morell que debia llevar á su hija á una reunion á que estaba convidada la familia Mo- rell. María, á pesar de sus heridas en las piernas, de sus contusiones en los brazos y hombros, y de su mordedura en la mano, tuvo que bailar un rigodon. Con la muerte en el corazon le fué preciso consreirse y responder á esas trivialidades que constituyen la conversacion en un salon. Resignóse á ello la jóven con valor, y el mundo nada note sino un ro- stro al que se agolpaba la sangre, y que se teñia de púrpura como el de un apoplético.

Pero las fuerzas corporales no correspondieron á la energía moral de María, y á cosa de las once, cediendo á la fatiga y quizá á las emociones de sus recuerdos, se desmayó y la llevaron escánime á su casa.

Desde entonces quedó muy delicada su salud; sin embargo, cuando á fuerza de cuidados empezaba á irse restableciendo, un billete que encontró María en su gabinete el 21 de Octubre á eso de las diez de la noche, volvió á despertar todos sus dolores, y le ocasionó una crisis violenta. En dicho billete, fir- mado B. R., se leia lo siguiente.

“Lo que mas amara en este mundo, vuestra ma- dre, vuestro padre y M. de Estouilly, habrán deja- do de existir dentro de pocos meses. Me habeis des- pechado, y quiero vengarme primero en él.”

Quando entraron en el gabinete de Mlle. de Mo- rell, encontraron á esta tendida en el suelo sin co-

nocimiento, y en su mano crispada tenia asido el fatal billete.

En aquella ocasion perdió el juicio la jóven, y cuando volvió en si empezó á gritar entre sollozos:

—¡Hombre rojo! . . . el papel! . . . que asesinan á mi padre . . . á mi madre! . . .

Transportáronla á su cama, y se llamó á M. Becœur, cirujano mayor de la escuela y amigo del general. Pero este halló la situacion tan grave que se llamó á otro médico, M. Piron.

En el momento en que llegó este último, se hallaba Maria de pie sobre su cama, y tenia tan con-

traidos los músculos de su rostro, que casi se la desconocia.

—¡No podria hacerse que se acostara? preguntó M. Piron.

—No, respondió M. Becœur: parece que sufre mas cuando se le impone una postura á la fuerza.

Se apeló á las sanguijuelas, á la sangria: ¡ausilio inútil! La crisis se hizo tan espantosa, que los médicos perdieron toda esperanza. Y como no pudieron ocultar bastante lo que pensaban, exclamó Mad. de Morell con voz desgarradora:

—¡Mi hija ha muerto!



Entonces pasó en aquel cuarto una de esas escenas terribles y solemnes que cada familia ha podido ver una vez por lo menos. La jóven recibió la Estrema-Uncion.

Y como si no fuese todavia bastante dolor para una madre el estado desesperado de su hija, recibia Mad. de Morell el 22 de Octubre una carta en la que se hallaban bien al descubierto las miras interesadas del culpable.

“No he hecho mas que asesinar á vuestra hija. La he dado en ciertas partes horribles puñaladas, en la persuasion de que si ella os ha contado todo lo que habia ocurrido, no habrais dejado de creer que habia yo gozado plenamente de ella: he querido aprovecharme de vuestro error para asegurarme una fortuna que me es muy necesaria. Tenia la certeza de ver aceptadas mis proposiciones con reconocimiento, y no creo á M. de Morell tan avaro ni á vos tan coqueta que no hayais dado conocimiento de mis proposiciones á vuestra hija. Probablemente esta las habrá rehusado por amor al monstruo, que hace que se desbaraten todas mis

empresas. Ahora ¡venganza, venganza! ¡sangre, sangre! Vuestro augusto protector, M. Gisquet, no podrá protegeros.”

No era posible ya el silencio en vista de una carta tan audaz. El general marchó á Paris, en donde se instruyó sumaria el 27 de Octubre. En ese mismo dia fué avisado Samuel de la llegada de M. Morell, y cuando se presentaron en la calle de Montmartre, fonda de los Viajeros, á donde fué á parar la Roncière, ya no vivia este allí, bien fuese desde el 25 ó desde el 27 solamente. La Roncière habia buscado un asilo en una habitacion ocupada por Melania Lair, plaza de las Victorias. Su prision, que no tuvo lugar hasta el 28 en la calle, no puso término á las cartas anónimas. En 28 de Noviembre recibí M. de Estouilly, de regreso en Picardía, una carta firmada por una tal Victorina Mayert, y fechada en Saumur el miércoles 26, la cual contenia otra de la misma letra que las anteriores, fechada en Paris á 23 de Noviembre, y con la firma E. de la Roncière. En dicha carta se leia lo siguiente:

“Desde el fondo de mi prision me he atrevido á contar todavía con vuestra compasion. Os conjuro que no trateis de acriminarme en vuestra declaracion. Entré en el cuarto de Mlle. de Morell con auxilio de criados, con otra intencion que la de asesinarla. Pero al arrojarle sobre ella para impedirle que gritase, quise obligarla á decir que no os amaba. A pesar de mis golpes, no quiso responderme una palabra, y cegado por la cólera le di una puñalada terrible.

“Cuando llegué á Paris hice pasar á su doncella, con quien estaba en relaciones durante mi permanencia en Saumur, un billete de Mlle. de Morell, en el cual hacia amenazas á vuestra vida: me han escrito que la sola vista de ese papel le causó un ataque cerebral: quemad esta carta, pues seria una prueba bien positiva contra mí, y ¡hay ya tantas! Mi único medio de defensa es negarlo todo.”

La enfermedad de Mlle. de Morell habia tomado desde la escena del 21 de Octubre un carácter mucho mas alarmante. En su consecuencia Mad. de Morell formó el proyecto de llevarla á Falaise, con la familia de su padre, antes de conducirla á Paris. Habiendo salido para dicho viaje en 3 de Diciembre, perdió muchas veces el conocimiento en el carruaje, y cuando el 22 de Diciembre tuvo que salir de Falaise para marchar á Paris se renovaron los mismos accidentes. El 23, entre 9 y 10 de la noche al tiempo de dar la vuelta el carruaje en que iba se o tuda desde el muelle de Orsay á la call de B liechasse, en donde estaba situada la casa del general, oreyó sentir que le rogian con fuerza el brazo derecho que llevaba colgando fuera del carruaje, envuelto en un pañuelo de lana. La reaccion fue tan viva que no pudo menos de esclamár:

—¡Que me rompen el brazo!

En el mismo instante halló al lado suyo una pelota de papel, y vió á una mujer que parecia alejarse del carruaje en direccion á las casas. Es de advertir que en aquella época estaba libre todavía Julia Genier.

Desenvolvióse en casa la pelota de papel, la cual estaba compuesta de dos hojas sueltas. La una decia al frente: *A Mad. de Morell, importantissimo*. La otra contenia las siguientes líneas:

“Los menos malos dicen que si hubiérais sido buena madre, en vez de entregar al desprecio el nombre de vuestra hija, habríais hecho sacrificios por casarla con su seductor, á quien quereis llamar su asesino. Los mas perversos dicen que el seductor no es el hijo de un teniente general, sino simplemente vuestro criado: estos son el mayor número. En fin, los menos maliciosos dicen: si el conato de asesinato es positivo, y Mad. de Morell tiene corazon, antes de tres meses casará á su hija para acallar las infames calumnias que circulan acerca de aquella pobre jóven. Esto es lo que se dice de vos en la Babilonia moderna.”

¿Habrá necesidad de decir que el anterior billete estaba trazado por la misma mano que habia escrito las cartas precedentes?

Si se ha seguido con alguna atencion nuestra

narracion, se habrá visto que todo concurría á acriminar á la Roncière: su vida anterior, sus desórdenes actuales, el acto de baja que cometió dejando de reclamar contra la espulsion pronunciada por el general Morell. Luego en punto á las cartas anónimas, sus propias confesiones contenidas en sus cartas á Estouilly; y por último, respecto del conato de estupro, la Roncière habia sido reconocido formalmente por Maria de Morell,

Pues bien, la Roncière, *abrumado*, segun habia escrito el mismo, *bajo el peso de tantas pruebas materiales*, despues de haber confesado mucho, lo negó todo. Hizo mas todavía, pues de acusado se convirtió en acusador. Sostuvo que las señoras de Morell, madre é hija, Miss Allen y Estouilly no eran estrañas á la trama urdida contra él, ni á la confeccion de las cartas anónimas. Aparentó dudar de la realidad del atentado y de las heridas, asi como de la enfermedad de la jóven Maria. Añadió que todo le inducia á creer que Mlle. de Morell y Estouilly habian tenido por mediacion de Miss Allen relaciones intimas, y que la jóven habia supuesto un crimen con la esperanza de salvar su honor.

Esa idea quiso dar á entender cuando anteriormente habia escrito el capitán Jacquemin:

“No vereis en todo esto, como á mí me sucede, mas que una jóven bastante traviesa, segun lo he sabido por la criada, que habrá tenido alguna debilidad con cualquiera hombre, y que viendo que existia una prueba material en ella (pues me han dicho que estaba en cinta), lo habrá confesado á sus padres, los cuales habrán creído poder salvar en cierto modo el honor de su hija acusándome de ese doble crimen. Quizá su prevision y sus designios iban mas lejos todavía.”

Quando le preguntaron qué entendia por estas últimas palabras, respondió que habiendo sido deshonrada Mlle. de Morell, la intencion de los padres al acusarle era tal vez obligarle á casarse con ella.

En este estado de cosas hubo que tomar una primera determinacion que fué la comprobacion de letras. Hízose en efecto, y contra lo que todos esperaban, esa diligencia vino á apoyar el sistema de defensas de la Roncière, al mismo tiempo que parecia acriminar á la familia de Morell.

Dos peritos declararon primero que las cartas habian sido escritas *por mano de mujer*: otros dos afirmaron que las veinte cartas sometidas á su inspeccion y exámen, no eran ni en totalidad ni en parte de mano de la Roncière; que el billete á Estouilly firmado *Maria de Morell* y la carta al mismo firmada *Victorina Mayert*, eran evidentemente de mano de Maria de Morell.

Pero cuando el asunto fué llevado á los tribunales (1) la siguiente declaracion del testigo Ambert fué cargo terrible contra el acusado:

(1) Ya se habrá visto que de varios papeles de las cartas anónimas parecia resultar la complicitad de Samuel Gillebert. En cuanto á la doncella Julia Genier, á las ciertas circunstancias que parecian comprometerla. Así en la correspondencia la vemos señalada como persona que tuvo relaciones intimas con la Roncière, y obró de negligencia con este. Muchas veces fué sorprendido por Mlle. de Morell y otras personas escuchando á las puertas.



"Cuando fui á basear á M. de la Roncière, dice Ambert, para transmitirle las quejas de M. de Estouilly, me dijo aquel que M. de Estouilly le habia denunciado al general, y que eso era una infamia. Yo le respondí: no soy juez de la conducta de M. de Estouilly, pero si hubiese recibido una carta semejante y la atribuyese á vos, habria principiado por pedirlos una satisfaccion inmediatamente. M. de la Roncière replicó: "Teneis razon porque sois hombre de honor. *Estoy satisfecho de vos.*" Ahora bien, en la carta anónima en donde se hace alusion á estos pormenores, se lee: "He visto á Ambert, y estoy satisfecho de él." ¿Cómo podia el autor de la carta anónima tener conocimiento de aquella conversacion, si no hubiese sido el mismo la Roncière?

La notable defensa de M. Odilon Barrot da tambien un golpe terrible á la infalibilidad de las pruebas periciales. Despues de referir las circunstancias del atentado de que fué victima Maria de Morell; "sin embargo, todavia se la acusa, dice el abogado, y se dice que es autora de las cartas anónimas, que ha urdido una trama infame, una intriga infernal: ella ha sido, segun la parte contraria, la que ha dado oitas á su madre con el nombre de un oficial, la que ha hecho declaraciones algo libres á un oficial. Ella ha visto el desorden que esas cartas sembraban en la casa; el pesar, la angustia de su familia, y se ha burlado de todo eso: ella ha puesto en el caso de matarse á dos oficiales; ella ha hecho que la sangre del uno sea derramada por la mano del otro; ella ha escrito una carta que recuerda el lenguaje de un soldado habituado al desenfreno de las tabernas y de los sitios del libertinaje: ella, sin embargo de no ser mas que una jóven de diez y seis años, todo lo ha hollado, todo lo ha desconocido, todo lo ha adivinado, todo lo ha aprendido, todo lo ha inventado: ella ha sembrado por todas partes la desesperacion, ella lo ha cubierto todo de luto, y luego despues, sobre ese hacinaamiento de infamias, se ha levantado triunfante, y en su frenética alegria ha entonado en cierto modo un himno satánico! . . . (Rumor prolongado en el auditorio). Esto, al decir de la parte contraria, es lo que ha hecho la mas pura é inocente de las

La carta del 12 de Octubre á Mad. de Morell, contenia una alusion á un proyecto de matrimonio que habia sido objeto de una conferencia íntima entre el jeneral y su mujer, y que solo ella podia haber oido. Desde el dia que siguió á la noche del 24 de Setiembre, preguntó repetidas veces á Mlle. de Morell sobre el estado de su salud, informándose de si le habia ocurrido algo, y dando por encas á sus preguntas que habia tenido malos sueños.

La correspondencia anónima le designaba particularmente como la portadora del billete del 21 de Octubre que tan deplorable efecto causó á Mlle. de Morell. Compróbase con efecto que el dia 21 habia ido Julia á la calle de S. Nicolás donde vivia la familia Rouchault. Con frecuencia se habia notado su presencia allí, especialmente á la hora en que solian comer sus amos. Era ademas la única criada que, á las diez de la noche especialmente, tuviese entrada en el gabinete de tocador donde fué hallado el billete, y pocos momentos antes habia arreglado el cuarto inmediato.

Por ultimo, habiendo gritado Mad. de Morell en aquella ocasion: *¡Qué horror! ¡tengo en mi misma casa al asesino de mi hija!* Julia, sin embargo de no haber sido designada particularmente, bajó al momento y tuvo dos violentos ataques de nervios. Aquella emocion repentina chocó tanto mas, cuanto que hasta entonces se habia mostrado muy insensible, sin manifestar otro sentimiento que el de una maligna curiosidad.

virgenes, aquella que entre su familia era llamada un ángel de dulzura y de pureza."

M. Odilon Barrot cita diferentes ejemplos notables, en que incurrió en error la ciencia de los peritos. Luego continúa:

"¿Os traeré á la memoria el asunto de Michez y Evrard? Dos documentos fueron sometidos á la inspeccion de los peritos; uno de ellos era verdadero y el otro falso. Consultados los peritos, declararon unánimemente que el documento verdadero era falso y el falso verdadero. (Risas). Dícese que uno de los peritos murió de pesar. (Sensacion). Pero si los magistrados no hubieran sido mejor informados que los peritos, ¿calculais cuáles habrian sido las consecuencias de semejante declaracion?"

"Os citaré todavia, continua M. Odilon Barrot, un hecho que ha llegado hace poco á mi noticia. Un magistrado confió diferentes documentos á varios peritos, y puso una nota en uno de ellos. Pues bien, los peritos, apoderándose de la nota del magistrado, declararon falsario. . . . ¿á quién? al magistrado mismo. (Risas generales y prolongadas)."

El abogado lee y examina sucesivamente las cartas de la correspondencia anónima, y esclama en seguida:

"El cuerpo del delito, como lo llamamos en lenguaje forense, el cuerpo del delito está probado. ¿Osaríais decir que esa jóven se ha herido en las partes mas delicadas y secretas para procurarse medios de acusacion? ¿Pero su estado de salud es real? ¿No tenemos ahí el cuerpo del delito? Antes del 24 gozaba ella de una perfecta salud; y en la actualidad la enfermedad mas horrible la tiene postrada en cama.

"¿Pero qué digo? Todo lo habeis negado, hasta la enfermedad; y habeis insinuado esa duda en la sumaria. ¿Negareis hoy dia esa enfermedad?"

"Mas hay todavia: esa jóven necesitaria cómplices, y nadie la ha visto en el mundo sin ir acompañada de algun individuo de su familia. Es preciso haber calculado todo, haber combinado que su aya no llegase hasta que el hombre hubiese desaparecido: es preciso que ella lo haya adivinado, sabido y meditado todo.

"Le habeis dado á su padre y á su madre por cómplices. Pues bien, ahí teneis á ese desgraciado padre abrumado bajo el peso de su dolor, y que puede apenas recobrar su energia y su valor: ¿habrá sido él quien lo haya preparado todo, quien haya sido el cómplice de su hija? Ahí teneis á esa desgraciada madre, cuya desesperacion y lágrimas han conmovido tan fuertemente al auditorio: ahí teneis á esa madre que queria huir de la justicia, que disputaba su hija al juez instructor, que le queria arrojar de su casa; ahí la teneis designada como cómplice de su hija. ¿Qué! ¿habrá sido ella la que ha preparado la violacion y la consecuencia de esa violacion! Ese medio de defensa, lo habeis reflexionado, habeis pensado en él; pero habeis renunciado á ponerlo en práctica. ¿Será que acuseis á Miss Allen?"

M. Odilon Barrot lee una porcion de certificados que acreditan la pureza y honradez de aquella jó-

ven. Recuerda que todos los criados han prestado homenaje á su excelente comportamiento: los jurados la han oido y pueden por su parte apreciarla.

“Ved aqui, pues, á Maria sin cómplices, continúa el abogado: vedla sola, obligada á proseguir y manejar por si sola esta intriga hasta el fin. Pero no basta crear cómplices, es preciso dar algun interes al crimen. Por eso la habeis acusado de hallars embarazada (1). Habeis dicho que ella queria obligaros á que os casáseis con ella. ¿Quería ella obligaros á que la tomáseis por mujer y no impide á su padre que os espulse! ¿y no detiene á su familia á la puerta del santuario de la justicia! Pues qué; ¿no os entrega á los tribunales sino para que os caséis con ella, despues que hayais perdido el honor? (Sensacion viva y prolongada).

“Todavía os queda la locura. Pero este recurso tambien está perdido para vos, pues en sus momentos lucidos goza Maria de la plenitud de su razon y de sus facultades.

“¿Y luego vuestras revelaciones! ¿vuestras revelaciones que os colocan entre dos inflamias! ¿Queréis escapar á la justicia, y sois el primero en hablar al procurador del rey!”

A M. Odilon Barrot sucedió M. Chaix-d'Est-Ange, el cual, en su brillante discurso, se esforzó en disculpar á la Roncière, representando á Mlle. de Morell como una jóven exaltada, dotada de un carácter impresionable, y aficionada á lo novelesco y misterioso, y deduce de ahí que pudo muy bien haber escrito las cartas, aun cuando solo fuese con el objeto solo de ser tenida por heroína de novela.

“¿Quién ha escrito, pues, esas cartas? esclama M. Chaix-d'Est-Ange: ¿quién las ha mostrado?... Aquí es donde nuestra posicion se hace difícil. Un medio se nos presentaba; pero se nos cierran todos los caminos: nos declaran que este es un duelo á muerte, que es preciso que la jóven sea condenada ó lo seámos nosotros. En el proceso, señores, esta es la única cosa que puede sanstarnos: así es que cuando de ese modo me apretais el cuello, os digo que soy inocente, que es imposible que sea culpable; y sin embargo, es preciso que hable, porque de otro modo diriais: vos sois el autor del atentado, y si mi conviccion me engañase, si ese hombre fuese culpable, ¿cómo me atrevería á perder á una jóven?”

“Ah! señores, esa seria la desesperacion de mi vida, pues se me figurá que me habria hecho cómplice de ese hombre al defenderle. Puesto que hay una necesidad que me imponeis, permitidme invocar esa voz que se ha levantado en mi favor, permitidme invocar la experiencia de los peritos que han imputado á Mlle. de Morell las cartas anónimas. Habeis dicho que se disfrazaba su estilo, como bajo la careta se desfigura la voz. Así la jóven loca á quien se le pasa por la cabeza la idea de hacer cartas anónimas, puede cambiar su estilo, y así como la careta hace mas fuerte la voz del

que se cubre con ella, así tambien la jóven puede formular algunas de esas espresiones del campo que ha podido oír en efecto; pues ¿quién hay entre nosotros que en su casa, cuando la cólera le ciega, no haya dejado escapar alguna palabra menos propia, que la memoria de una jóven la mas reservada no haya dejado escapar?”

“Pero Mlle. de Morell ha recibido una educacion piadosa y ha aprendido á leer en la Biblia. ¡Ay! señores, yo pregunto: ¿hay una sola madre de familias que pueda afirmar que su hija no ha leído jamas novelas? Pregunto tambien, señores, si Mlle. de Morell no se ha sentido alguna vez escaltada por los síntomas de esa enfermedad sin nombre; ese sonambulismo, esa catalepsia, ese histérico; ¿no han trabajado su juvenil cabeza? Es preciso decirlo todo, señores, es preciso dar á conozer el carácter de esa jóven: ella parece resuelta; ella ha entrado en esta audiencia sin temblar; ella ha referido todo lo que pasó en su cuarto; ella está dotada de una naturaleza impresionable; ella es una jóven á quien le agrada lo novelesco y misterioso.”

Al llegar M. de Chaix á este punto de su discurso, los murmullos del auditorio obligan al presidente á imponer silencio al público.

“Hay en la causa, continúa M. de Chaix, un hecho que prueba lo que he indicado. Un día señalado en la sumaria, M. Bruguère, subintendente militar de Saumur, pasó por el muelle, y saludó á Mad. de Morell que estaba asomada á la ventana. Mad. de Morell rogó á M. Bruguère que subiese, y esta, que era amigo de la casa, accedió á la invitacion. Mad. de Morell le dijo: estaba yo en la sala, cuando se acercó á mi ventana un hombre envuelto en una capa y me hizo algunas señas: retiréme al punto, y poco despues mi hija vino fuera de si á decirme que desde su cuarto habia visto á aquel hombre quitarse la capa y arrojarse en el Loira, y que unos barqueros lo habian sacado del agua. M. Bruguère tranquilizó á Mad. Morell y le dijo: Ha sido un hombre que queria ahogarse. Al dia siguiente Mlle. de Morell hizo llamar á M. Bruguère, y le dijo: Ese hombre que se ha arrojado al agua me ha escrito una carta anónima en la que me dice que habia querido ahogarse por mi causa.

“¿Ha sido esto cierto, señores? ¿Se arrojó algun hombre al agua? No: todas cuantas pesquisas se han hecho no han dado el menor resultado. ¿Quién habia visto, puros ahogarse á ese hombre? Mlle. de Morell: ¿Y no es ese, señores, uno de los efectos de esa enfermedad moral que agita su ánimo y atormenta su cuerpo? Ahí teneis, á no dudarlo, el origen de este proceso tan grave, y que sin embargo no carece de ejemplo.”

Cuando M. de Chaix terminó su discurso digno de mejor causa, y que duró cerca de cinco horas, M. Odilon Barrot pidió y obtuvo que se volviesse á llamar al testigo Jacquemin, á quien preguntó si sabia algo de particular sobre la salud de la Roncière. El testigo hace notar que en la carta escrita despues del atentado del 21 de Setiembre, se

(1) Este alegato de preñez ha sido desmentido por una matrona, Mad. Duhamel, y por el doctor Libermanier, que visitaron á Mlle. de Morell.

dicos: "Quise comunicarle una horrible enfermedad;" y añade:

—Estas palabras me llamaron la atencion, porque aseguro bajo mi honor que cuatro meses antes de salir M. de la Roncière de Saumur, estaba atacado de una enfermedad horrible.

(Esta declaracion produce gran sensacion en el auditorio).

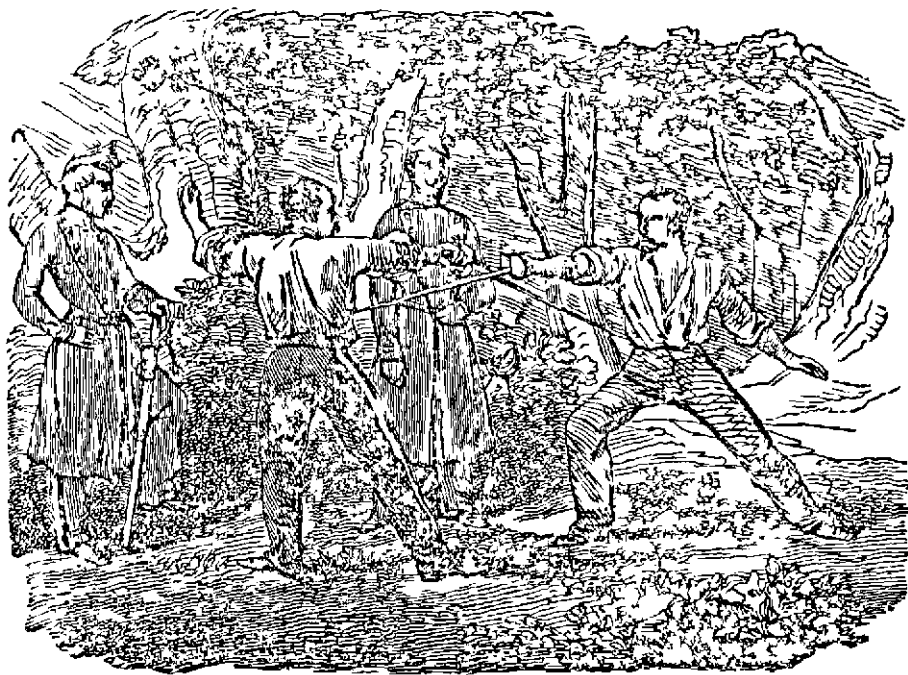
M. Partarieu-Lafosse sostiene la acusacion contra la Roncière y Samuel Gillieron; pero se aparta de ella respecto de Julia Genier.

M. Berryer toma en seguida la palabra para replicar á M. de Chaix. Deplora la fatalidad que conduce al banco de los asesinos á dos padres envejecidos con gloria y distincion en nuestros ejércitos, y de los que uno de ellos tiene que salir lastimado en la persona de su hijo.

—¡Ah! ¡señores! esclama M. Berryer; hay por lo menos esta diferencia consoladora y grave en la causa, que el otro padre es desgraciado por la pérdida de su hijo, mientras que el padre que yo defiendo recuerda con sentimiento, pero con la alegría de lo íntimo de su corazon, la pureza de la vida de María de Morell

Cuando llegó M. Berryer á las circunstancias del atentado, dijo con una emocion de que participaron todos sus oyentes:

—Se estraña, señores, el silencio que guardó Mlla. de Morell en la noche fatal del 21 de Setiembre. Las dos jóvenes turbadas y en la mayor agitacion no dieron grito alguno, ¡y por eso las acusais? Pues así debia suceder, y ese silencio es precisamente una de las pruebas mas convincentes de la realidad del crimen y de la veracidad de la nar-



racion. Si hubiese sido un ladrón, un hombre que hubiese tratado de robar oro ó diamantes, comprenderia vuestra reconvencion; si hubiese sido una farsa, se habria puesto toda la casa en alarma, se habrian hecho oír mil gritos, y la noche y las tinieblas harian que no se descubriese el fraude. Pero no, aquello era un atentado, y la vergüenza, el pudor es lo que contuvo á la jóven. "¿Me han visto? ¿Qué han hecho? Envuélveme, Allen..." ¡Ah! comprendo que no gritase, porque es vírgen todavía; conmovióla ese sentimiento de vergüenza, y no osaba mostrarse á su madre, que tantas veces la hablaba de pudor. Al llegar el dia, se mira y oculta su desnudez. "Allen! Allen! anda á llamar á mi madre..." No comprenderia, señores, que se sintiese atormentada por la necesidad de mostrar su humillacion á los ojos de todos, y apelo para

ello á los corazones de todas las madres de familia. (Vivo asentimiento en el auditorio, y especialmente en las señoras).

El ilustre orador termina de la manera siguiente su elocuente improvisacion:

—Señores: no trato de conmoveros con mis palabras en una causa que interesa á nuestra razon y agita todos los sentimientos de nuestra alma. Señores: no habrá duda para vosotros. La Roncière en Cayenna, la Roncière vuelto á Francia, será condenado. Pero permítaseme una sola reflexion; si en semejante lucha sucumbiese el honor de María de Morell; si declaráseis culpable á María de Morell de edad de diez y seis años; si la Roncière fuese absuelto, no dudeis que se dirá con una alegría insultante y victoriosa, y las personas honradas se repetirán con desesperacion, estas pa-

labras de una carta anónima: "¿De qué sirve amar el bien?" (Aplausos universales).

La lógica severa de M. Odilon Barrot, y la elocuencia grave y persuasiva de M. Berryer habían fijado las convicciones de todos. Así fué que á pesar de los esfuerzos intentados por M. Chaix-D'Est-Ange en una réplica admirable, fué la Roncière declarado culpable del crimen de co-

nato de estupro con violencia, y sentenciado á diez años de reclusion, sin esposicion prévia. Además se le impusieron las costas.

Samuel Gillieron y Julia Genier fueron absueltos.

En la actualidad, Mlle. de Morell es esposa de M. de Mornay; y la Roncière, casado también, vive retirado en una provincia.

## ABD-EL-KADER-BEN-SALAH.

### CONATO DE HOMICIDIO.

COMENZABA apenas el alba á esclarecer el horizonte, cuando el día 2 de Abril de 1848, una pareja árabe salió de su *gourbi* (habitacion) y se alejó del aduar de Guerouan.

Eran Abd-el-Kader-Ben-Salah y su mujer la jóven Fathma, que apenas frisaba en los 16 años, aunque estaba casada desde 1844. Pero ya se sabe que en la Argelia, como la mayor parte de las regiones orientales, las mujeres son núbiles á los nueve ó diez años, y viejas á los veinticinco ó treinta.

El objeto aparente de aquella salida era un viaje al aduar de Halouya, distante algunas leguas de Guerouan. La víspera había obtenido Ben-Salah de su suegra que Fathma le acompañase á una visita que pensaba hacer á una de sus parientas que habitaba en Halouya, y á la cual quería, según decía, pedir algun socorro, pues los esposos estaban en tal miseria, que hacia diez días que Fathma no se alimentaba mas que de alcacbofas silvestres.

Unos tres cuartos de hora haría que caminaban siguiendo el camino que conduce á Halouya, cuando Ben-Salah tomó una senda apartada, y obligó á su mujer á que le siguiese. A poco rato se sentaron ambos al pié de un zarzal.

Ben-Salah es un hombre de veinte y ocho años, y presenta el tipo árabe en toda su pureza y energía.

Fathma, que, como hemos dicho, ha entrado apenas en los diez y seis años, no es bonita, y sin embargo, hay en su fisonomía cierta cosa que agrada y atrae. Sus ojos negros son pequeños, pero vivos, llenos de fuego y sombreados por cejas negras bien arqueadas; su boca un poco grande, termina en labios demasiado gruesos, pero al entreabirse estos, dejan divisar una doble fila de dientes admirables; su elevada frente denota inteligencia; su tez es de un moreno oscuro; y sus brazos, perfectamente modelados, están pintados de azul por encima de las muñecas.

En cuanto entrambos esposos estuvieron sentados, tomó la palabra Ben-Salah.

—Tu sabes Fathma, dijo, que todo nos falta. Nada nos queda, ni siquiera un techo para guarecernos, pues he vendido ya mi cabaña.

—Dios y el profeta tendrán piedad de nosotros, dijo dulcemente Fathma.

—Así lo espero, replicó Ben-Salah... pero lo cierto es que nos vemos ahora forzados á llevar una vida errante...

—¿Qué quieres decir? preguntó Fathma con recelo.

—Quiero decir que me voy al Oeste, adonde deseo que me acompañes.

—Eso es imposible, repuso Fathma.

—Es preciso, dijo su marido con sombría resolución.

—Yo no puedo separarme de mi madre, murmuró Fathma.

—Te digo que es preciso que partamos, repitió Ben-Salah.

—Márchate tú si quieres... eres libre de hacerlo; pero yo no quiero alejarme de mi madre... Yo quiero quedarme en Guerouan.

—¿Te olvidas que estás hablando á tu señor? exclamó Ben-Salah encolerizado. Tú me seguirás, Fathma.

—Nunca, dijo ella,

—Te digo que me acompañarás, replicó el marido. Si no me sigues de grado... me seguirás por fuerza, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, respondió la jóven. Pero si te empeñas en llevarme por la fuerza, te prevengo que me pondré bajo la protección del primer francés que encontremos.

A estas palabras de su mujer, Ben-Salah se levantó agitado de furor.

—Conque así es como tú quieres cumplir con tus deberes de esposa y de musulmana! exclamó. Ya hace mucho tiempo que tenia yo sospechas de tus intrigas. . . . Ya hace mucho tiempo que sé que prefieres los franceses á mí. . . . Pero es menester que se acabe todo de una vez.

A medida que hablaba, iba creciendo su exasperacion, hasta que por fin con una mano cogió á su mujer por la garganta, mientras con la otra empuñaba un ancho puñal.

Al ver esta arma, la infeliz Fathma se puso á temblar.

—Perdon! balbuceó llorando.

—No, replicó Ben-Salah. No hay piedad para la esposa desobediente, y sin duda alguna infiel. . .

—Déjame por lo menos hacer mi última oracion, dijo suspirando la pobre mujer.

Pero Ben-Salah no escuchó las súplicas de Fathma, y la hirió con la mas odiosa barbarie. Del primer golpe que le descargó sobre la cabeza la dej



tendida á sus piés: despues la pegó en la nuca: finalmente, su rabia no tuvo ya límites, y repitió multiplicados golpes á la infortunada, que trataba de pararlos con sus manos, las cuales quedaron mutiladas.

No obstante, Fathma en tan críticas circunstancias conservó una rara presencia de espíritu. Comprendiendo que su verdugo no cesaria de golpearla hasta que la creyese muerta, se abstuvo de hacer movimiento alguno y dejó de parar los golpes.

Entonces el asesino sumergió el cuchillo en la garganta de su mujer. . . . Brotó la sangre con abundancia de esta última herida, y creyendo Ben-Salah que no quedaban ya restos de vida en aquel cuerpo ensangrentado, le quitó los vestidos y los arrojó entre las zarzas.

Limpio en seguida su puñal, cubrió con malezas el cuerpo enteramente desnudo de su victima á fin de ocultarlo á la vista de los pasajeros, y llevándose consigo las ropas de Fathma, se alejó el miserable, persuadido de que su mujer habia espirado, y de que no habiendo habido otro testigo que Dios, su crimen quedaría impune en la tierra.

No debia empero suceder así, pues no solamente

no habia muerto Fathma, sino que ni siquiera por un instante habia perdido el conocimiento.

Aguardó á que su marido estuviere bastante lejos para poder, sin ser vista de él, desembarazarse de las malezas que la cubrian y salir del zarzal á donde habia sido arrojada. Luego se fué arrastrando, con ayuda de los piés y de las manos, hasta llegar al camino; y aunque sumamente debilitada por la sangre que corria en abundancia de sus heridas, tuvo bastantes fuerzas para llamar en su auxilio á un europeo que transitaba.

Divisó este á la pobre criatura; pero bien porque su vista le horrorizase, ó bien que sospechase que se le tendia un lazo, pasó sin hacer caso.

Pocos minutos despues se dejó ver por el camino un árabe, el cual acudió á los gritos de Fathma. La embozó en su albornoz y la llevó á su madre, á quien ella contó cuanto acababa de ocurrir.

La justicia no tardó en tener conocimiento de esta espantosa escena, y al punto mandó practicar diligencias que dieron por resultado la prision de Ben-Salah, y su comparencia ante el tribunal de alzada de Argel el dia 14 de Julio de 1848.

El delincuente trató de disculpar su crimen con

los zelos. Supuso que la vispera del atentado habia sorprendido una conversacion entre su mujer y la madre de esta, de la que resultaba que Fathma tenia un amante; que entonces él tomó la resolucion, no de matar á la desgraciada, sino solamente de imponerle una buena correccion, de darla una *leccion* que no la olvidase nunca.

Fathma, presente en la audiencia, desmintió enérgicamente las aseveraciones de su marido. La joven árabe conmovió al auditorio contando minuciosamente los hechos onya reseña acabamos de hacer, y se apoderó de toda la asamblea un estremecimiento doloroso cuando la infeliz, levantando el jaique con que estaba cubierta y los pañuelos que llevaba atados á la cabeza, enseñó las horribles cicatrices que en número de diez y ocho, surcan en todos sen-

tidos su cabeza y sus manos. Un grito de horror escapó de todos los labios cuando puso de manifesto la última herida ancha y profunda, que desde la oreja derecha le llega hasta debajo de la barba.

La culpabilidad de Abd-el-Kader-Ben-Salah era demasiado evidente para dar lugar á largos debates. Por tanto fué por unanimidad declarado culpable de haber sin premeditacion intentado dar muerte á su mujer; pero admitiendo circunstancias atenuantes, no se le condenó mas que á veinte años de trabajos forzados.

El acusado por su parte oyó pronunciar la sentencia sin mostrar la menor emocion. Esta indiferencia con respecto á acontecimientos nefastos, es uno de los rasgos característicos de la raza oriental.

## MATEO BARTHAS.

### ASESINATO.

#### I.

La calle de las Ratas, situada á inmediaciones de la *Montaña de Santa Genoveva*, llevaba antiguamente el nombre de calle de la Fuente de Brunehaut.

En la última mitad del siglo XIV, vivia en esta calle un hombre de importancia llamado Mateo Barthas, á quien se daba el título de *médico del rey*.

Mateo Barthas era un personaje famoso por su ciencia tanto como por su elocuencia y por su ardiente caridad. Admirábanle los hombres doctos á causa de sus conocimientos profundos y de su elocuente palabra. Los pobres le veneraban y le amaban, porque los curaba con preferencia á los ricos, y empleaba en socorrerlos los crecidos honorarios que le pagaban los grandes señores, los príncipes y el mismo rey Carlos V.

Frente á la habitacion del respetable Barthas, habia una miserable casucha ocupada por un pergamintero de estremada pobreza, por cuya razon conocia al célebre médico y era conocido de él.

El viénes santo del año 1364, á la caída de la noche, maese Joulu el pergamintero, estaba sentado á la ventana de su chiribitil, esperando que volviese su aprendiz Saturnino, al que habia enviado á cobrar algunos dineros que le debian, los cuales habian de servir para proporcionarse uno y otro alimento para aquella noche. No hay como esperar y esperar con la duda de si habrá ó no con qué

matar el hambre, para que se agolpen multitud de pensamientos á la imaginacion; y maese Joulu despues de haber pensado en cien mil cosas, reflexionaba sentidamente acerca de su triste estado.

—Válgame Dios! exclamaba, ¿qué existencia tan halagüeña la mia! ¿no seria mejor que el bendito San Pacomio, mi patron, me llevase de este picaro mundo antes de morirme de necesidad?... Y por cierto que no está lejos que esto suceda, si el buen Saturnino no trae algo con que buscarnos un pedazo de pan....

Cuando mas entregado estaba maese Joulu á tan desagradables meditaciones, divisó al otro lado de la calle al doctor Barthas, que entraba en su casa acompañado de un peregrino, como fácilmente se conocia por su traje y por el inevitable bordon.

—¡Ay! dijo Joulu exshalando un hondo suspiro; ese peregrino ha encontrado pitanza para esta noche; ¡cuánta envidia tengo de su suerte!... El doctor Barthas es tan bueno y tan generoso, que estoy seguro va á obsequiar á su convidado con una mesa de canónigo... ¡y mientras tanto yo en ayunas todavía y sin tener nada que manducar... como no sea algunos trozos de pergamino!

Estas reflexiones aumentaron la tristeza de Joulu, mayormente viendo que Saturnino no venia, y sintiendo en su estómago el pobre pergamintero un decaecimiento que le recordaba sin cesar el vacío en que se encontraba.

Largo rato hacia que continuaba á la ventana

reflexionando y renegando como hemos dicho, cuando á eso de las diez de la noche vinieron á sacarle de su abatimiento unos ayes lastimeros á que siguieron unos gemidos y suspiros entrecortados. Su atencion alarmada se concentró entonces enteramente en la casa de Mateo Barthas, de donde procedia aquel rumor singular que habia interrumpido sus lacrimosas meditaciones.

Sin poder comprender las palabras que llegaron hasta él, distinguió, sin embargo, el artesano dos veces diferentes, la una suplicante y congojosa, la otra cortada, febril, delirante. A poco cesó todo ruido, y la casa del doctor quedó sumida en su habitual silencio. . . . silencio tan sabido y tan respetado de los que vivian en aquel paraje, que cuando alguno de ellos pasaba delante de aquel laboratorio científico, interrumpia la conversacion mas animada, y se callaba súbitamente:—Era esto un doble homenaje tributado al hábil profesor que curaba enfermedades tenidas por incurables, y al hombre que invertia su fortuna en obras caritativas.

## II.

Joulu no osaba hacer el mas leve movimiento; permanecia á la ventana con el rostro lívido, erizados los cabellos, y la frente humedecida de un sudor frio. Santiguábase mil veces, y se encomendaba con mas fervor que nunca á San Pacomio su patron.

—Ah! San Pacomio bendito! decia mentalmente Joulu. Te he pedido antes que no me dejases morir de hambre, y veo que me has oido, pues de seguro voy á morirte de miedo.

En aquel instante oyó un ruido tras de sí, y estremeciése el buen pergamintero, se le arablaron los ojos, y le faltó poco para desmayarse.

Este ruido era causado por el aprendiz Saturnino, que acababa de llegar y estudiaba un cuento para disculpar su larga ausencia, por lo que, en otras circunstancias, maese Joulu le hubiera echado una buena reprimenda.

Al ver á su maestro pálido, trémulo, sosteniéndose en pié á duras penas, y sin que le regañase como tan fundadamente esperaba, Saturnino no sabia qué pensar; pero al fin se decidió á romper el silencio.

—Maestro, dijo, enseñándole una moneda; aquí tenemos esta libra parisi que me ha dado el capiccol de la Santa Capilla por nuestros trabajos del mes pasado.

Joulu no respondió una palabra, pero cogió la moneda y se la guardó.

—Maestro, prosiguió el aprendiz, cada vez mas sorprendido, ¿no os parece bien que vaya á casa del panadero á buscar un buen pan de centeno y cebada? ya sabeis que hoy todavía estamos *per istans*.

—Buenos estamos ahora para comer! murmuró Joulu con voz temblona. ¿No me ves demudado y fuera de mí?

—Bien lo veo, dijo Saturnino!

Y añadió luego para su interior:

—Verdad es que debe haber ocurrido algo, porque en otro caso maese Joulu me hubiera echado

una soberbia peluca, sin contar media docena de cachetes. . . . Y á fé de Saturnino, bien merezco una buena felpa por esta maldita aficion á jugar que no puedo vencer por mas oraciones que hago á la Virgen y á todos los santos del paraíso.

Mientras Saturnino se condenaba de esta manera á sí propio, maese Joulu habia recobrado un poco de calma.

—Escucha, hijo mio, dijo entonces á Saturnino; indudablemente ha pasado algun suceso tenebroso en casa del digno doctor Mateo Barthas. . . . Le han asesinado; lo juraria por mi vida y por mi alma.

—Jesus! exclamó Saturnino, eso no es posible.

—Ay, hijo mio! continuó Joulu; es harto posible, y aun sospecho con fundamento quién ha sido el homicida.

—¡Hola! dijo el aprendiz. ¿Y quién ha podido ser?

—Mira, Saturnino, dijo el pergamintero; yo he visto al doctor Barthas entrar en su casa ya muy noche, y traia en su compañía á un peregrino. Bajo el devoto traje de este se ocultaba el corazon de un asesino. No puede ser otra cosa; ¿á tí que te parece?

—Lo mismo que á vos, dijo Saturnino. Pero ¿qué hemos de hacer?

—¿Qué hemos de hacer? Ir en seguida á dar aviso al ilustre Juan de Plaimpré, preboste de Paris, de que el sabio médico del rey Carlos V acaba de morir de mala muerte por la mano traidora de un peregrino.

—Voy al instante, dijo el aprendiz.

—Ya bien hubiera querido ir en persona, prosiguió Joulu; pero conozco que el miedo ha puesto plomo en mis piernas. Y ademas no podria ir tan ligero como tú; vé, pues, y date prisa, hijo mio.

—No teneis que advertírmelo, respondió el aprendiz; iré con mas celeridad que el mejor caballo de la corte.

—Aguarda, Saturnino; toma la cuchilla, porque si el asesino te encuentra, podria emprender tambien contigo.

—Gracias, maestro, gracias; mi garrote me basta contra ese malvado peregrino y cualquiera otro; ademas que la cuchilla puede servirnos á vos, pues nuestra casa está tan mal serrada, que viéndose descubierto, el asesino podria tratar de refugiarse aquí.

A estas palabras salió Saturnino para evacuar su comision.

## III.

Con el arriño y la frescura que han sido siempre peculiares á los hijos de Paris, atravesó Saturnino las calles que lo separaban de la Prebostia, que á la sazón estaba aneja al palacio de justicia y ocupaba el sitio en que despues se ha abierto la calle de Jerusalem. Y no era ciertamente poco valor el que mostraba el aprendiz, pues en aquella época los vendimiadores de bolsas eran casi dueños de la ciudad, apenas se tocaba á la queda.

Luego que Saturnino llegó á la Prebostia y fue

presentado al ilustre Juan de Plaimpré, explicó á este en breves palabras los motivos que le llevaban allí á tales horas. Los hechos referidos por el aprendiz hubieran bastado para determinar al preboste á partir inmediatamente; pero el nombre de Mateo Barthas le hizo redoblar todavía su actividad ordinaria.

Al cabo de algunos minutos, el ilustre Juan de Plaimpré, montado á caballo y escoltado por seis ginetes y doce arqueros de á pié, se encaminaba, guiado por el intrépido Saturnino, á la calle de la Fuente de Brunehaut.

## IV.

Cuando llegó aquella tropa á la entrada de la calle, salió á su encuentro maese Joulu para dar al preboste las esplicaciones que se creyesen convenientes.

Cuando el preboste hubo oído al pergamínero,

mandó llamar á la puerta del célebre doctor. Nadie respondió de la parte de adentro.

—¡Por las benditas ánimas! ya os lo había dicho, señor, este hombre generoso ha sido asesinado.

—Ya sabremos lo que haya, dijo Juan de Plaimpré.

Y mandó llamar de nuevo.

Obedeciéndose al punto, y resonaron en la puerta fuertes golpes dados con los mangos de las partesanas. Viendo que continuaba el silencio, gritó el preboste á los arqueros:

—Abajo esa puerta.

Se disponían los soldados á obedecer, cuando se percibió rumor de pasos detras de la puerta, y gritó una voz:

—¡Quién llama?

Al oír estas palabras, el preboste, el pergamínero, y los vecinos atraídos por el ruido, se miraron unos á otros estupefactos: acababan de reconocer la voz de Mateo Barthas.



—¡Loados sean Dios y los ángeles! balbuceó maese Joulu, el digno sabio está vivo y yo me he engañado.

—¡Engañado! ¡engañado! murmuró el preboste... eso es lo que vamos á ver.

Y gritó con voz sonora:

—En nombre de monseñor el rey y la justicia, abrid.

La puerta se abrió á esta intimación, y el ilustre Juan de Plaimpré penetró en el patio seguido de sus arqueros y de los curiosos.

—¡A qué debo el honor de vuestra visita? preguntó Barthas al preboste.

Este recorrió rápidamente con sus miradas todo el patio.

—A lo que debéis mi venida, doctor Barthas, contestó el preboste, es á que esta noche había dos seres vivientes en esta casa; al uno ya lo veo; pero ¿dónde está el otro? Responded, señor Barthas.

—No sé lo que queréis decir, señor preboste, replicó el doctor.

Pero su voz al hablar así, era trémula, y su rostro se cubría de una palidez extraordinaria.

Juan Plaimpré advirtió la emoción del médico y adivinó que se le ocultaba la verdad.

—Vamos, dijo, á mí me gusta que sean francos



conmigo, y deseo que respondais á mis preguntas. ¿Dónde está el hombre que habeis traído á vuestra casa esta noche?

—Os repito que estais en un error, repuso Mateo Barthas; yo habito aquí solo hace quince años, y en mi casa no se han visto jamas otras personas que los pobres enfermos á quienes curo todas las mañanas, y los criados de monseñor el rey ó de los nobles señores que vienen á buscarme cuando me necesitan.

—Por la muerte de Cristo! exclamó el preboste, yo no creia que un hombre de saber como vos, doctor Barthas, pudiera rebajarse hasta el punto de mentir como un vil charlatan.

Y llamó en seguida á maese Joulu, el pergamintero.

Joulu, que habia oido á Barthas negar haber recibido en su casa al peregrino, no osaba decir una palabra por temor de desagradar al doctor, cuya generosidad tantas veces habia experimentado. Pero el preboste no era hombre á quien se engaña fácilmente.

—Amigo, dijo á Joulu, si no hablas pronto como te he dicho, te mando ahorcar en el acto.

Maese Joulu bien hubiera querido escurrirse entre la jente; pero al querer hacerlo por la derecha se encontró cara á cara con los arqueros de caballería, y al dirigirse hácia la izquierda topó con los de á pié. No habiendo medio de escapar, habló, y afirmó haber visto á un peregrino entrar con Mateo Barthas en la casa de este aquella misma noche á hora algo adelantada.

—Y mirad, doctor, dijo el preboste luego que Joulu cesó de hablar; mirad allí arrimado al pozo el bordon de ese peregrino. . . . Decid ahora dónde está el hombre que llevaba ese bordon.

Mateo Barthas pareció quedar aterrado; levantó los ojos al cielo con espresion de dolor, y dos gruesas lágrimas asomaron al extremo de sus largas pestañas.

—*Fiat voluntas tua*, murmuró.

Y colocándose en medio de los soldados dijo al preboste:

—El culpable se entrega, llevadme.

—Ya dimos con el culpable. . . . Está bien, dijo el preboste. Pero ahora es menester que yo me informe de las circunstancias del crimen.

Y habiendo dejado al doctor custodiado por dos arqueros, comenzó con el resto de su gente una pesquisa en toda regla.

## V.

Algunas horas antes de entrar en su casa con el peregrino, habia salido el doctor Barthas de su domicilio, con intencion de asistir á las tinieblas en la iglesia de Santa Genoveva. Fué allí en efecto, como lo aseguraron gran número de testigos que le habian visto. De allí fué, segun su costumbre, á dar un paseo por los bulevares contiguos á la porterna de San Victor, en donde varias personas atestiguaron haberle saludado.

Cuando Barthas volvió á la ciudad, parecia es-

perimentar una viva agitacion. Sin duda una de esas ideas que devoran el cerebro de los hombres de genio, habia asaltado su espíritu, pues gesticulaba y hablaba solo, se paraba y volvía á proseguir su marcha, alternativamente rápida ó lenta, pero como violentada á cada instante por bruscas interrupciones.

Llegó así hasta el atrio de San Juan de Letran, en que habia una porcion de peregrinos que venian de todas las poblaciones de Francia, y algunas veces de los confines de la Europa. Estos devotos viajeros aguardaban de pié, con el bordon en la mano, y apoyados contra los pilares del pórtico, á que alguna persona caritativa viniese á brindarles con su cama y su mesa.

En general, estos peregrinos pertenecian á las clases menos acomodadas; pero á las veces se encontraban entre ellos algunos que, en cumplimiento de algun voto ó por espíritu de penitencia, abandonaban momentáneamente su posicion brillante, y emprendian su peregrinacion animados de un espíritu de abnegacion y de humildad.

Mateo Barthas se paseó algunos instantes en medio de aquellos grupos, mirando con suma atencion todas aquellas caras macilentas y consumidas por la fatiga ó por las pesadumbres, todas aquellas fisonomías en que podia leerse la inquietud en que estaba cada cual acerca del alimento y del lecho que les depararia la suerte para aquella noche.

Por fin, el médico de Carlos V se detuvo ante un hombre de unos treinta años, de alta estatura y de bellas y correctas facciones.

—Hermano, le dijo, las noches son frias, y no hace provecho estar espuesto con el estómago vacío á las nieblas de la Semana Santa. ¿Quereis aceptar la hospitalidad bajo mi techo por tres dias?

El peregrino hizo la señal de la cruz, y se inclinó con gratitud ante el doctor; esto era manifestar que aceptaba la invitacion que se le hacia.

Un momento despues, Barthas y su convidado se encaminaban á la calle de la Fuente Brunehaut.

Sabemos ya que era de noche cuando ambos llegaron á la morada del ilustre doctor. Este, pues, no habiendo encontrado á persona alguna en el camino, pudo creer que la horrible accion que meditaba quedaria envuelta en un profundo misterio.

## VI.

Las pesquisas de Juan de Plainipré habian sido infructuosas en un principio; pero el preboste tenia la conviccion de que se habia cometido un crimen, y queria encontrar las pruebas de ello. Continuó, pues, con perseverancia sus indagaciones, y despues de no pocas diligencias, concluyó por descubrir en lo último de un sótano, el cadáver del infeliz peregrino.

Tenia una ancha incision en la region del corazon, que se estendia hasta los pulmones. Observando la contraccion de sus facciones, el estado de los músculos y arterias, los cordeles medio rotos que sujetaban sus miembros, se podia juzgar

que despues de haber sumerjido Barthas al peregrino en un sueño letárgico, le habia sometido vivo á experimentos quirúrgicos.

Como debe presumirse, este descubrimiento excitó un horror profundo y dió márgen á prorumpir en gritos de indignacion y de venganza contra el asesino; y la multitud, que pocas horas antes se inclinaba ante Barthas, á quien consideraba como su bienhechor, se mostraba deoidida á apedrear al sabio doctor.

Pero el preboste, despues de haber mandado colocar el cadáver en un carro, hizo atar á Barthas entre dos caballos, á fin de sustraerle al furor del pueblo, y asegurar al mismo tiempo su persona.

En seguida, fué conducido el culpable á la conserjería y metido en un oscuro calabozo.

## VII.

El proceso se instruyó prontamente.

Llovian de todas partes recomendaciones, súplicas, instancias para salvar al menos la vida del doctor, y no podia ser de otra manera siendo Barthas, como era, estimado de todas las notabilidades de la corte y de la ciudad, comenzando por el mismo rey Carlos V.

Pero aunque el médico tenia amigos poderosos, habian incurrido en un crimen circunstancias tan atroces, y la impunidad pudiera haber sido tan peligrosa en aquellos difíciles tiempos, que el tribunal del parlamento no creyó posible tomar en consideracion los ruegos de los infinitos intercesores.

Ademas, el peregrino no era un pobre cualquiera sin casa ni hogar, sino que pertenecia á la familia de Montauban, que se habia mostrado parte en la causa.

Los jueces, pues, no pudieron hacer mas en favor del culpable, que darle una de las lumbreras del foro parisiense, Pedro Gaudoy, que no obstante ser jóven, habia ya ganado gran reputacion por su ciencia y por su probidad.

Pedro Gaudoy aceptó la mision que se le habia confiado, y se apresuró á bajar á las sombrías bóvedas de la Conserjería, á fin de ponerse de acuerdo con su cliente para preparar la defensa.

A fuer de hombre superior, Pedro Gaudoy debia comprender perfectamente á Barthas y simpatizar con él. En efecto, el abogado se hallaba tan bien al lado del médico, que muchas veces pasaba dias enteros con el preso. Y cuando sus colegas le bromaban por semejante asiduidad, Pedro Gaudoy les contestaba:

—Amigos, no tomeis á risa una materia tan grave. Yo daria mi vida por salvar la de Barthas, no porque él no sea criminal, sino porque solo el genio es culpable en él. No debe su crimen sino á su fanatismo por la ciencia, á su amor por la humanidad.

Abriéronse por fin los debates.

Barthas compareció ante sus jueces con la resignacion de un filósofo. Oyó con sangre fría las declaraciones mas concluyentes en contra suya, y el discurso del procurador general que terminó pidién-

do una muerte infamante; pero cada vez que se pronunciaba la palabra asesino, levantaba los ojos al cielo y exclamaba:

—¡Dios sabe si yo he derramado la sangre de un hombre por el bárbaro placer de darle muerte!

El abogado Pedro Gaudoy estaba mas conmovido y mas consternado que su cliente. Llegó sin embargo el caso de que tomara la palabra, y en un brillante discurso, lleno de elocuenoia, de fuego y de erudicion, se esforzó por probar que un fanatismo por la ciencia habia únicamente impulsado á Barthas á cometer el odioso crimen que le sometia á la accion de la justicia.

—“¡Quién de vosotros, esclamá, podria hacer cargos á un sabio cuya vida entera está sembrada de actos de humanidad, por querer estender los límites del dominio de la sabiduria? Barthas pretende que la sangre humana circula en el cuerpo humano (1) como corren los arroyos en las praderas y ha querido adquirir certeza de ello, porque si la presuncion se convierte en realidad, resultarán á la humanidad beneficios inmensos. Si ha encontrado la verdad por medio de un crimen, este crimen no puede ser irremisible á los ojos de Dios; ¡y será imperdonable á los ojos de los hombres!”

Cita luego Pedro Gaudoy á Empedocles, que se arrojó en las llamas del Etna por sorprender los misterios de sus fuegos subterráneos; pero el procurador general le hace observar que el filósofo de la antigüedad no hizo daño mas que á sí propio, y cometió solamente un suicidio, crimen cuyas consecuencias ignoraba en su calidad de pagano... al paso que Barthas ha arrancado la vida traidoramente á otro, poniéndole en peligro de perder su alma.

—“Mi comparacion es mala, convengo, respondió Gaudoy; pero ved otra que os parecerá quizá mas exacta. ¿Quién de vosotros, señores, negaria el derecho á un capitán de hacer matar algunos hombres la víspera de una batalla, si la victoria del día siguiente era el precio de la sangre oscura vertida la víspera sin motivo aparente? ¿Quién oiria en semejante caso disputar la gloria del triunfador? ¿Pensais por ventura que nuestro ilustre Duguesclín no tiene que coharce en cara alguna sangre derramada en circunstancias parecidas? ¡Y no obstante, nadie ha soñado siquiera en tacharle de feroz, ni en fulminar contra él acusaciones infamantes!... Pues bien: ¡negareis al sabio lo que se concede al guerrero? ¡será deshonrado y castigado el victorioso adalid de Minerva por lo que el de Belona recibia una recompensa? ¡Levantarseis al uno aros de triunfo y al otro un cadalso?... ¡En dónde estamos?... Una victoria en las ciencias que debe engrandecerlas á ilustrarlas, ¡será menor que una victoria brutal que no produce mas que la posesion siempre disputada de un territorio, de una ciudad ó de una provincia?... ¡Oh! señores, no po-

(1) Ignorabamos todavía en aquella época, las leyes de la circulacion de la sangre, y los que hablaban de ella eran tenidos por visionarios. Hasta el reinado de Francisco I, las autopsias y disecciones anatómicas eran desconocidas y prohibidas como prácticas sacrilegas y diabólicas.

deis juzgar así, vosotros que sois los padres de la sociedad, pero tambien los patronos de la gloria científica de la Francia."

Este discurso produjo un grande efecto, sobre todo en una interesante peroracion en que Gaudoy invocó alternativamente la piedad y la religion de los jueces. Pero á pesar de los esfuerzos del célebre abogado, el crimen era demasiado flagrante, demasiado odioso para que fuese permitido absolver al culpable.

Mateo Barthas fué condenado por unanimidad de votos á ser enroddado vivo y luego descuartizado, como convicto de sacrilegio, homicidio y traicion.

Oyó el sábio su sentencia sin palidecer; pero el abogado no pudo soportar aquel golpe: cayó desmayado, y fué preciso sacarle de la sala.

### VIII.

La ejecucion de la sentencia se fijó para el día siguiente, pues en aquel tiempo no habia, como hoy, gados de apelacion.

Vuelto en sí de su desmayo Pedro Gaudoy, pidió permiso al procurador general del parlamento para pasar al lado del reo las pocas horas que le quedasen despues de cumplir sus deberes religiosos. Este permiso le fué otorgado, y en su virtud se trasladó á la Consejeria á las tres de la tarde.

A las siete se le vió salir muy embozado en su toga, pues el viento era fresco y los corredores de la Consejeria muy húmedos.

El día siguiente fué el preboste á la cárcel acompañando de sus arqueros y del macero del parlamento, así como de los delegados del tribunal, del confesor, del verdugo y de sus cuatro criados.

Pero al penetrar en el calabozo todos estos personajes, quedaron atónitos al encontrar en lugar de Mateo Barthas al abogado Pedro Gaudoy.

—¡Pardiez! señor Gaudoy, dijo Juan de Plaimpré, no puede menos que tengais el diablo en el cuerpo para venirnos ahora con este papel de comedia.

—Señor preboste, cada uno obra como le parece.

—Claro es que sí, replicó el preboste; pero las cabezas mejor organizadas se dejan á veces llevar de muy singulares . . . extravagancias.

Y señalando con la mano al verdugo, añadió Juan de Plaimpré:

—¿No sabeis, señor Gaudoy, que al compadre le importa poco la calidad del reo? Abogado ó médico, lo mismo le da: lo que él necesita es un cuerpo en que lucir su habilidad.

—Sé bien lo que me espera, repuso Gaudoy. Llevadme, pues, señor preboste; estoy dispuesto.

—¡Diantre! exclamó el preboste; ¡qué prisa tenéis porque os rompan los huesos, señor Gaudoy!

—Mas vale sufrir que aguardar, dijo el abogado.

—¡Oiga! dijo el preboste, ¿es esa vuestra opinion? Pues por mi parte, mejor quiero estar aguardando veinte años que enroddado diez minutos . . . Pero, vamos á ver, en conciencia, ¿qué demonio encarnado os ha sugerido esta calaverada? . . . ¿Es Barthas pariente vuestro? ¿Le debeis algun favor especial? . . . Mas ¡por las barbas de San Pedro, que es pagar de-

masiado caro el parentesco ó las deudas de gratitud!

—Os equivocais en vuestras conjeturas, dijo Gaudoy. Yo no conocia á Barthas mas que de nombre hasta que me encargué de su defensa. Pero he visto que es un genio que ha hecho y puede hacer todavía grandes servicios á la humanidad. Por eso me he convencido de que valia mas fuese él quien viviera.

Y despues de un momento de silencio, Pedro Gaudoy añadió con una triste sonrisa, pero con voz firme y resuelta:

—Ea, pues, llevadme y cumplid vuestro deber.

—¡Oh! ¡oh! dijo el preboste reflexionando. Que Barthas sea un grande hombre y un hombre muy de bien, quiero concederle; pero, ¡por las parrillas de San Lorenzo! no le quedais vos en zaga en cuanto á grandeza de alma, señor Gaudoy.

—Señor preboste, dijo el abogado, vamos cuando gusteis.

—¡Pues, señor! ¡vamos! contestó el preboste retorciéndose los bigotes. ¡Ya que lo tomáis así! . . . pero, ¡por la cruz de Cristo! que en mi vida he visto un hombre tan impaciente porque le descuarticen!

El preboste estaba conmovido y comprimía á duras penas una lágrima que amenazaba humedecer su rostro marcial. Quedóse largo rato pensativo. Sin duda alguna pensaba seriamente en el hecho extraño que presenciaba.

Pedro Gaudoy le sacó de su meditacion.

—Señor preboste, dijo, estoy esperando á que tengais á bien mandar que nos pongamos en marcha . . . Reflexionad que para el hombre que debe morir, el aguardar es mil veces mas cruel que el mismo suplicio.

El preboste miró á Pedro Gaudoy con el ademán de un hombre estupefacto y marmuró luego en voz baja:

—¡Está endemoniado este maldito!

Y refrenando un poco su emocion, añadió:

—¡Por San Bartolomé! Tiempo hay para llevaros al suplicio; yo voy ahora mismo á contar al rey nuestro señor vuestra rara travesura.

Enseguida Juan de Plaimpré se marchó á grandes pasos á fin de ocultar su enternecimiento á las gentes que le rodeaban, pues conocia que á pesar de sus contorsiones, no podia ya coníener por mas tiempo las lágrimas que le arrancaba el sublime sacrificio de Gaudoy. Habiendo, pues, dado órden á sus arqueros de que esperasen su vuelta, corrió á informar á Carlos V de lo que pasaba. El monarca que comprendia las bellas acciones y las almas nobles, ordenó poner incontinenti en libertad al abogado, que fué luego uno de los magistrados mas distinguidos de Francia.

Bueno es añadir que el rey, lo mismo que cuantos habian conocido á Barthas, se alegró de su evasion y se felicitó de la buena accion de Pedro Gaudoy.

El médico Mateo Barthas se refugió primero en

Hungria; pero de allí se trasladó luego á Constantinopla. Mas adelante, concluyó por unirse á los cenobitas del monte Libano. Allí expió con una

vida de arrepentimiento, de estudio y de oracion, el crimen á que le habia conducido un amor demasiado grande á la ciencia.



## TRIBUNALES CORRECCIONALES.

### UN PORTERO ULTRAJADO.

El Sr. Bernabé Sorsy tiene el insigne honor de abrir la puerta, tirando de una cuerda *ad hoc*, en una casa sita en la calle de San Luis, no lejos de la plaza llamada antes Real.

El Sr. Bernabé es un hombrecillo seco y estenuado, muy irritable y muy rabioso, como es ashaque de todos los bipedos humanos que no han podido pasar de cuatro piés y diez pulgadas.

El Sr. Bernabé ha hecho citar á M. Emilio Perret, acusándole ante el tribunal de injurias de palabra y obra, y reclama la módica suma de 50,000 francos por via de indemnizacion.

EL PRESIDENTE. El demandante tiene la palabra.

BERNABÉ. Mi queja está dicha en dos palabras.

El señor me ha pegado; el señor me ha hecho medir la tierra con mis espaldas; el señor me ha herido de gravedad.

EL PRESIDENTE. ¿En qué circunstancias han tenido lugar esas violencias?

BERNABÉ. Por la noche... El señor ha dado en retirarse á horas que no son regulares.

EL PRESIDENTE. No es eso lo que se os pregunta. Lo que se os pregunta es por qué razon os ha pegado el señor.

BERNABÉ. ¿Por qué razon! A mi nadie tiene razon para pegarme.

Viendo que del querellante no puede sacarse nada en limpio, el presidente toma el partido de preguntar al acusado.

Este es un jóven de veinte á veintidos años de edad, bastante buena figura, y de un exterior decente. Parece que le inspira muy poco cuidado su comparecencia ante el tribunal, y conversa con otros jóvenes que están entre el auditorio.

EL PRESIDENTE. Mr. Perret, cuando os parezca hora de concluir vuestra conversacion, responderéis á mis preguntas.

MR. PERRET. Mil perdones, señor presidente, disimulad mi distraccion, y mandad cuanto gustéis.

EL PRESIDENTE. Tened la bondad de explicarnos cómo vos que pareceis una persona bien educada, habeis podido propararos á maltratar á este hombre.

MR. PERRET. No tengo inconveniente en contar toda la historia de pe á pa.

EL PRESIDENTE. Ya os escucho.

MR. PERRET. Yo ocupo un cuartito de la casa en que Bernabé es portero.

BERNABE. Conserje, caballero.

MR. PERRET. Sea conserje, enhorabuena. Al principio de mi instalacion allí, estaba yo muy satisfecho de mi domicilio. La casa es tranquila, el portero tenia buenos modos, y me entregaba con puntualidad las cartas que venian para mí. De consiguiente, me iba muy bien.

BERNABE. Y á todos lo mismo. El señor tenia buena conducta; no salia mas que para almorzar y comer; á las ocho ya estaba metidito en casa todas las noches. . . . Así, estábamos en la gloria. . . .

MR. PERRET. Pero pronto las maneras del portero. . . . quiero decir, del conserje, sufrieron una transformacion completa. Ya no me avisaba cuando alguno habia venido á verme estando yo fuera. . . . y si respondia á mis preguntas era para dar pases de coces.

BERNABE. Sr. presidente, yo no puedo consentir que se me trate de caballo.

MR. PERRET. Tambien dan coces los jumentos; veo que no entendeis de metáforas. Digo, pues, que el señor conserje se hizo un hombre muy grosero.

BERNABE. Yo no puedo disimular. Me da grima ver á ese caballero recibir mujeres en su casa. . . . y recogerse á las mil y quinientas. . . . y. . . .

MR. PERRET. Las groserías del portero me importaban á mí dos caracoles; pero se permitia hacerme esperar tres cuartos de hora á la puerta de la calle. . . . y eso comenzó á impacientarme.

BERNABE. Pues ni por esas escarmentaba el señorito.

MR. PERRET. Y no solo esto. Si venia una carta, en lugar de subírmela, como solia hacer antes, el maldito portero se contentaba con gritar desde abajo: ¡Mr. Perret! . . . ¡una carta! . . . ¡tres sueldos! . . . Ya comprendereis, señor presidente, que todo esto me incomodaba mucho. . . . En fin, no queriendo entrar en contestacion con ese canchero, me determiné á aguantar hasta concluir el mes que tenia pagado en la casa. Pero no parece sino que el Sr. Bernabé se habia propuesto sofocarme.

BERNABE. Mas habeis querido sofocarme vos, pues no sé cómo no he muerto ahogado en vuestras manos.

MR. PERRET. Todas las noches, como he dicho, me tenia ese hombre á la puerta treinta ó cuarenta minutos; y mientras iba yo subiendo la escalera, se quedaba gruñendo y refunfuñando, diciendo peses de mi persona.

BERNABE. ¿Por qué no os retirábais cuando todo el mundo? y no que me hacíais levantar de la cama para ir á abrir.

MR. PERRET. ¿Y por qué os acostábais?

BERNABE. ¡Buena fuera estar esperando en vela hasta que os diese la gana de venir!

EL PRESIDENTE (á Perret.) ¿Erais, pues, vos siempre el último que se recogia?

MR. PERRET. Sí señor.

EL PRESIDENTE. Y os retirábais muy tarde. . . . puesto que este pobre hombre tenia que levantarse de la cama.

MR. PERRET. Permitid, señor presidente. En la casa de que se trata, todos los inquilinos se acuestan á las siete en invierno y á las nueve en verano. Esta es regla constante. De suerte que cuando yo me retiraba á las diez, Bernabé llevaba sesenta minutos de cama. . . . Además, la dueña de la casa tiene un miedo serval á los ladrones, y quiere que á la entrada de la noche se echen los cerrojos y aldabas de la puerta, lo cual es causa de que Bernabé no pueda abrir tirando de la cuerda del picaporte, sino que tiene que descorrer los cerrojos cada vez que un inquilino ó una visita quiere entrar despues del crepúsculo.

EL PRESIDENTE. ¿Son ciertos estos pormenores, Bernabé?

BERNABE (*restregándose las manos*). ¡Oh! sí señor; sí señor. . . . La casa está en un pié respetable, aunque me está mal el decirlo.

MR. PERRET. Como Bernabé se mete indefectiblemente en la cama al dar las nueve, resulta que despues de esta hora ha de salir á abrir en camisa y gorró blanco.

EL PRESIDENTE. Todo eso no explica las vias de hecho á que os habeis propasado.

MR. PERRET, (*sonriéndose*). Estas vias de hecho se reducen á poca cosa. Una noche que me retiré á las once, Bernabé me abrió hecho una feria, y juró que en adelante me dejaria pasar la noche en la calle. . . . Fastidiado de majaderías tan tercas, concebí la idea de una pequeña venganza. . . . Ya os he dicho el traje con que sale á abrir. . . . pues bien, le arrimé tres ó cuatro lapos en. . . . como se hace en los chicos cuando no son buenos. . . . Esta pequeña correccion redobló el furor de Bernabé, que se vino hácia mí gritando que era menester que le pagase con la vida el ultraje que habia recibido. . . . Yo le dí un empujon, y se cayó sobre el rasca-barro que hay en el portal. . . . Ahí está todo mi delito.

Habiendo reconocido Bernabé la verdad de los hechos, el tribunal no encuentra materia de condenacion, y absuelve al acusado.

BERNABE. ¿Y mis 50.000 francos de indemnizacion?

EL PRESIDENTE. ¿Os han producido las heridas una incapacidad para el trabajo?

BERNABE. Me han puesto en la incapacidad de sentarme. (Risas.)

EL PRESIDENTE. No ha lugar á vuestra demanda.

BERNABE (*levantando las manos al cielo y mar-*

*chándose.*) ¡Oh república! ¿he aquí cómo se hace justicia en tu *nueva era!* Se niega una indemnización á las heridas de un hombre hecho y derecho, y se condecora á los monigotes de la movilizada!



## PEDRO COIGNARD.

(EL SUPUESTO CONDE DE SANTA ELÉNA)

### USURPACION DE NOMBRES Y DE TITULOS; ROBOS; ESTAFAS; TENTATIVA DE HOMICIDIO

I.

UNA hermosa mañana del mes de Mayo de 1818, se agolpaba una numerosa muchedumbre á las avenidas de la plaza de Vendôme, donde pasaban revista las tropas de la guarnicion de París

Mientras todo el mundo contemplaba el buen porte y aire marcial de los soldados y el brillo y variedad de los uniformes, un hombre situado en primera fila entre los curiosos, miraba y remiraba con singular atencion á uno de los oficiales superiores que mandaban las maniobras militares.

Aquel hombre era un presidiario llamado Darío, que hacia poco tiempo habia cumplido su condena en Tolon, á cuyo presidio fué destinado por veinte años de resultas de una falsificación.

El oficial á quien miraba tan fijamente era el teniente coronel de la 72.<sup>a</sup> legion (esto es, la del Sena) conocido con el título de conde de Pontis de Santa Elena.

Darío parecia estar asombrado, y de tiempo en tiempo prorumpia en estas ó semejantes exclamaciones:

—¡El! ¿es posible! ¡él, á la cabeza de un regimiento frances... con mas cruces que un calvario! ¡él, en medio de ese brillante estado mayor...! ¡Ca, no puede ser!... Pero señor, ¿tendré telarañas en los ojos? La misma estatura, el mismo aire, la misma mirada; es él, no me cabe duda.

Por espacio de algunos minutos, Darío estuvo indeciso sin acabar de dar crédito á su vista. De repente se le oyó gritar:

—¡Por vida de mi abuela, es el mismo! No se me ha despintado.

Sus dudas se habian convertido en una conviccion. Habia reconocido de una manera inequívoca al teniente coronel por un gesto nervioso que alejaba toda incertidumbre.

Informóse del nombre del oficial, no le perdió de vista un instante, y en cuanto terminó la revista, le fué siguiendo de lejos hasta su casa, en donde entró casi al mismo tiempo que él.

## II.

Seguramente cualquiera que hubiese visto al presidiario Darío introducirse en casa del teniente coronel de la legion del Sena, hubiera estado bien distante de sospechar la clase de relaciones que podian existir entre aquellos dos individuos, recién salido de galeras el uno, y perteneciente el otro á una elevada categoria.

Porque ya que hemos dicho lo que era Darío, debemos decir ahora lo que era, al menos en la apariencia, nuestro segundo personaje.

Cuando estaba Mina en Estremadura, le fué á visitar un dia un hombre que se presentó á él como conde de Pontis de Santa Elena, acompañado de una mujer bastante bien parecida que dijo ser su esposa. El general le admitió con el título de oficial en uno de los regimientos que tenia á sus órdenes.

El nuevo oficial se distinguió en diferentes ocasiones, y fué agraciado á poco tiempo con la cruz de Alcántara y otras en recompensa de su valor.

Esto no era mas que el preludio de una carrera que debia ser harto brillante todavía.

Nadie ignora los acontecimientos que produjeron la guerra entre el imperio frances y la nacion española. El hombre de que vamos hablando, que pocos meses antes habia dejado el ejército de Mina, se presentó entonces al mariscal Soult, le enseñó las hojas de servicios del conde de Santa Elena, tanto en América como en España, y le pidió ingresar en el ejército frances. Seducido el

mariscal por el lenguaje de aquel hombre, engañado con los papeles que le presentaba, y pensando con mucha razon que podria serle muy útil un oficial que tenia un conocimiento profundo del país y del ejército enemigo, le recibió con gran distincion, y le confirió en los términos mas honrosos el grado de gefe de batallon. No desmereció nuestro hombre en su nueva posicion; se hizo apreciar de sus gefes, y no cesó de gozar de la consideracion y de los honores que eran debidos al conde y á la condesa de Santa Elena.

Sobrevinieron los acontecimientos de 1815 y la primera restauracion; y el pretendido conde de Santa Elena aprovechó aquella coyuntura para volver á Francia con María, confiado en que en medio de los trastornos que iban á tener lugar, un hombre como él no podia dejar de encontrar nuevos elementos de fortuna y de prosperidad. Vamos á ver que no se engañaba.

Apenas llegó á Paris, su primera diligencia fué solicitar una audiencia particular del rey Luis XVIII. Obtuvo esta audiencia, habló con calor de su familia y de sus antepasados, pintó con los mas vivos y patéticos colores los reveses que habia experimentado, las pérdidas que habia sufrido; ofreció su brazo y su sangre á la familia de los Borbones, y pidió provisionalmente un socorro pecuniario de que tenia gran necesidad.

El rey le recibió con efusion; le dijo que se congratulaba de ver al último vástago de los condes de Pontis de Santa Elena; le concedió lo que pedía, y le prometió solemnemente su alta proteccion. Todo el mundo en la corte participaba del entusiasmo del rey por aquel hombre.

Seguian su marcha los sucesos, y con ellos tambien la fortuna del conde de Santa Elena. Napoleón se habia fugado de la isla de Elba, y avanzaba de triunfo en triunfo hasta Paris. Incapacitado el rey de luchar con tan formidable enemigo, habia emigrado de nuevo, refugiándose en Gante, seguido solamente de algunos de sus mas fieles servidores, entre los cuales se contaba el héroe del drama singular que nos ocupa.

La desgracia engendra confianza con los que rodean á uno y parecen identificarse con su suerte; así es que el conde de Santa Elena fué ganando de dia en dia el favor del rey y de las personas de su corte. Véíasele por todas partes al lado del monarca; parecia multiplicarse para atender á su servicio y corresponder así á las bondades de que habia sido objeto. Su crédito aumentaba por momentos, y como era el mas desdichado de los servidores del rey, y contra quien mas se habia encarnizado la suerte, pues suponía haber sido despojado de todos sus bienes, se le daban á cada instante socorros y gratificaciones para él y para la condesa, que habia quedado en Paris, prometiéndosele ademas mayores cosas para cuando volviese el rey á ocupar el trono.

En efecto, pasaron los Cien Dias; el emperador, despues de su última y magnífica campaña, abandonó para siempre la Francia, para ir á morir sublimemente en una desierta roca. Volvieron los Bor-

bones y todos sus servidores, en cuyo número estaba el famoso conde de Santa Elena. Apenas puso el pié el nuevo rey en las Tullerías, cercaronle los cortesanos y los pretendientes de todo género; y como ordinariamente acontece, los mas mercederos, los que habian dado pruebas de una verdadera adhesion, fueron los últimos á presentarse. Por lo que hace al conde de Santa Elena, no se hizo aguardar, y fué de los primeros á reclamar el cumplimiento de las promesas que se le habian hecho, acompañando su demanda con nuevas y mas numerosas protestas de adhesion y de lealtad. Sonríe, como antes, la fortuna, y con arreglo al formal deseo manifestado por el rey, el ministro de la guerra le nombró teniente coronel de la 72.<sup>a</sup> legion, de guarnicion en Paris.

Disfrutó entonces grandemente de su nueva posicion; tomó una casa suntuosa; compró magníficos trenes, y se introdujo en las sociedades mas selectas, en las cuales presentó á la que pasaba por su mujer, engreida mas que nunca con el fastuoso título de condesa de Santa Elena.

El favor del conde crecia á medida que aumentaba su audacia; fué nombrado miembro de la Legion de Honor; despues oficial; luego caballero de San Luis; y personas bien informadas afirman que estuvo á punto de ser designado para edecan del duque de Angulema.

Los periodicos ministeriales de la época, los cuales recibieron orden de ocuparse lo menos posible de este asunto, no hicieron mencion alguna de aquella última circunstancia, que, á la verdad, no perjudica en nada al rey Luis XVIII, quien, como hombre de talento, no se retraia de hablar y dar pormenores sobre la farsa de que habia sido objeto. Sabida es la destreza con que Coignard habia logrado excitar y mantener la compasion de sus nobles protectores.

Es imposible prever hasta dónde hubiera remontado la fortuna á aquel hombre audaz, si la circunstancia fortuita de su encuentro con Darío no le hubiese cortado las alas cuando menos podia esperarlas.

### III.

Luego que Darío fué introducido á presencia del conde, exclamó en tono franco y alegre:

—¡Adios, Pedro! ¡No me conoces?

Volvióse el conde y dijo con aire desdenoso:

—¿Quién es este hombre?

—Soy Darío, tu antiguo compañero de cadena. ¿No te acuerdas ya de mí?

El teniente coronel se levantó; alargó la mano al cordon de campanilla inmediato á la chimenea, y respondió tranquilamente:

—El conde de Santa Elena no tiene que ver nada con un miserable como tú. Si no sales al instante, mando á mis criados que te echen rodando por la escalera.

—Si hay aqui algun miserable, eres tú, replicó Darío. . . . Tú no eres conde de Santa Elena, eres Coignard, ¿entiendes? á mí no me la pegas. Pedro Coignard, condenado á galeras por robo. . . .

Por toda respuesta, el titulado conde de Santa Elena, tiró de la campanilla.

—Mal haces, por vida mia, dijo Darío. Yo no te queria mal, y no te hubiera denunciado. . . . Venia solo á interesar tu corazon por un antiguo camarada que se ve falto de recursos. . . . Tú me rechazas; pues bien, ya te arrepentirás de tu dureza.

En este momento entró un lacayo, que despues se supo ser Alejandro Coignard, y á una señal del conde, puso á Darío en la puerta.

Este desdichado, con el corazon lleno de rabia, se dirigió en seguida al ministerio, y solicitó hablar al duque de Decazes, á la sazón ministro del interior. Como indicó que se trataba de un negocio de suma urgencia, fué admitido sin demora en el despacho del ministro. Allí descubrió toda la verdad; manifestó que el conde de Santa Elena era un presidiario escapado de Tolon, llamado Pedro Coignard, y ofreció las pruebas necesarias en apoyo de su aserto.

M. Decazes quedó atónito con aquella revelacion; comprendió el escándalo que iba á producir; calculó que él podia desenbrazarse de aquel desagradable negocio, sometiéndolo al conocimiento de la autoridad militar á quien mas propriamente correspondia, y dijo por lo tanto á Darío, que fuese á ver de su parte al general Despinoy, jefe de la division militar, y le contase minuciosamente cuanto acababa de referir.

Satisfecho Darío de aquel primer paso de su venganza, se trasladó al punto al alojamiento del general, y le repitió todo lo que habia declarado al ministro y lo que este le habia contestado.

Al escuchar aquella revelacion, el general, que era un antiguo soldado de la república y del imperio, un modelo de honor y de probidad, sintió arrebátarsele la sangre al rostro, y exclamó con viveza:

—¿Qué prueba podeis darme de esta horrible verdad?

—Mi general, contestó Darío, retenedme aquí: ordenad á Coignard que comparezca á vuestra presencia, y careadme con él; pero antes, tened la bondad de mandar que me den algo de comer, pues estoy todavía en ayunas.

El general condescendió; le hizo entrar en una pieza, mandó disponerle un refrigerio, y en seguida envió un ordenanza de caballeria al teniente coronel de la 72.<sup>a</sup> legion, con la orden de que se presentase sin perder un minuto, y dejando qualquiera ocupacion que tuviese, en el cuartel general de la primera division.

No tardó en llegar Coignard de gran gala y con el pecho cubierto de condecoraciones. Al verle entrar, le dijo el general en un tono mezclado de ironía y de indignacion:

—El señor conde de Pontis de Santa Elena no engañará por mas tiempo al gobierno y á mí. Ya sé que sois Coignard, fugado de su presidio.

El miserable pareció no desconcertarse, á pesar de tan vehemente epíteto.

—Os doy gracias, mi general, exclamó con sangre fria, por el excelente concepto que os merezco.



Voy á volver á mi casa y á traer documentos que os probarán quién soy.

—No, no, repuso el general, no ireis solo; voy á hacer que os acompañe un oficial y dos gendarmes. Pero antes quiero practicar una diligencia.

Hizo entonces introducir á Dario, á cuya vista no pudo Coignard reprimir una ligera emoción, que no se escapó á los ojos del general. Repitió Dario todas sus anteriores manifestaciones, ampliando mas todavía algunas de ellas, y Coignard le contestó con violentas invectivas. El general, por último, llamó á un oficial de un estado mayor, y le ordenó que acompañase al coronel á su domicilio, calle baja de San Dionisio, con dos gendarmes, previniéndole espresamente no apartarse de él un momento, y haciéndole responsable del cumplimiento de sus ordenes.

El oficial por consideracion al uniforme é insignias de Coignard, obligó á los gendarmes á mantenerse á cierta distancia. Conversando con el oficial por el camino, se quejó Coignard de la conducta infame que con él se observaba, y manifestó que pronto lograria confundir á la calumnia y á los calumniadores, con la simple exhibicion de sus papeles, á lo que el oficial contestó estar bien persuadido de ello. Luego que llegaron á la calle baja de San Dionisio, quedaron en el portal de la casa los dos gendarmes, y Coignard subió acompañado del oficial, á quien quiso obsequiar con una botella de vino de Alicante.

Al ver entrar aquella gente en la casa, la pretendida condesa de Santa Elena se turbó en gran manera. Coignard, para tranquilizarla, la contó lo que acababa de pasar, y el oficial añadió con galanteria:

—Estoy seguro de que el señor conde se justificará fácilmente, y confundirá á los que le calumnian.

—Respondo de ello, replicó el conde.

Llenó en seguida el vaso del oficial, quien encontró delicioso aquel vino, y despues le pidió permiso para pasar á la pieza inmediata á buscar sus papeles, manifestando seria operacion de un momento, y que en el entre tanto su mujer le haria compañía. El oficial no puso reparo alguno.

Hizo entonces una seña á un criado vestido de librea, y salieron los dos juntos. Inmediatamente se enjaretó la casaca, el pantalon y la gorra de aquel criado, que, como pronto veremos, era su propio hermano, y el mismo que echó de la casa á Dario. Dizefrizado de aquel modo, cogió el conde un plumero en la mano y una servilleta bajo el brazo; entró en breves palabras á su hermano de lo que se trataba; bajó por una escalera secreta; atravesó el portal por en medio de los dos gendarmes, que no le conocieron, y fué á refugiarse á la calle de San Mauro, barrera de las Tres Coronas, en casa de un sujeto llamado Lexcellent.

Mientras tanto, el oficial estuvo entretenido en hablar con la condesa, y en saborear el vino de Alicante, doble circunstancia que impedia que le pareciese largo el tiempo; y como habia servido en España, la conversacion recayó sobre este hermoso

pais, sobre sus poéticos monumentos, sobre lo pintoresco de su naturaleza, sobre la amabilidad de sus mujeres, y con tales recuerdos su imaginacion se enardecia mas y mas. En fin, al cabo de una hora de semejantes escursiones por lejanas tierras, pensó en volver á Paris, en donde habia dejado á su prisionero; insinuó á la condesa que su marido tardaba demasiado, y habiéndole parecido que aquella mujer se quedó cortada, se levantó, llamó á la puerta, la abrió y recorrió el aposento en todos sentidos; pero no encontró mas que algunos criados, que parecia querian evitar el verle y hablarle. Vió, sin embargo, á uno mas descarado que los demas, y le preguntó dónde estaba su amo.

—Se marchó hace mas de una hora, respondió el criado, y en este instante está ya algo lejos.

Esta respuesta dejó petrificado al oficial, quien salió precipitadamente sin despedirse de la condesa; se reunió con los dos gendarmes, y volvió con ellos á casa del general, al que contó sencillamente y con aire desesperado lo que acababa de suceder. Reprendióle el general severamente, y le envió con los dos gendarmes á las prisiones de la Abadía, en donde permanecieron arrestados ocho dias.

#### IV.

Para que el lector comprenda como el presidario Coignard habia podido llegar á usurpar el nombre de conde de Pontis de Santa Elena, conviene retroceder á una época anterior.

En 18 de Octubre de 1800, un hombre de una inteligencia y de una audacia poco comunes, era condenado por el tribunal criminal del departamento del Sena, á catorce años de trabajos forzados por varios robos cometidos en diferentes casas con fractura y uso de llaves falsas. Este hombre se llamaba Luis-Pedro Coignard.

Era hijo de un cultivador de Langeais, y estuvo en un principio dedicado al oficio de sombrerero. Pero los movimientos militares que tenian lugar entonces en Francia, le llamaron á formar parte de las legiones que la república organizaba á toda prisa; entró con el grado de cabo en los granaderos de la Convencion; mas olvidando muy pronto lo que el decoro de la noble profesion de las armas exige, se ligó con algunos miserables, cuyas perversas inclinaciones no encontraban freno en la vida agitada de un campamento mal organizado; y unas cuantas estafas y robos le valieron la condena de que antes hemos hecho mencion.

Al cabo de cinco años, á pesar de la vigilancia mas activa, aquel mismo hombre se escapó del presidio de Tolon, al que habia sido destinado.

La noche siguiente á su evasion, se embarcó en un pequeño buque español, que se daba á la vela para Cataluña, á donde arribó al poco tiempo.—Condujole su estrella á un pueblo cercano á la costa, y allí contrajo relaciones con la jóven Maria Rosa, que habia estado sirviendo al conde de Pontis de Santa Elena, francés emigrado, que hacia poco tiempo habia muerto.

Era el conde de una antigua y noble familia de

las inmediaciones de Soissons; habia en su juventud abandonado la Francia para ir á servir en los ejércitos del rey de España, y fué enviado á la América meridional, habiéndose distinguido particularmente en los sucesos de Buenos-Aires. Tenia las mas brillantes hojas de servicio, y gozaba de una gran reputacion de valiente y pundonoroso. Por razon de su salud tuvo que regresar á España, y pedir su ingreso en un cuerpo sedentario; pero la muerte le sorprendió lejos de su pais y de su familia, habiendo perdido todos sus bienes, y sin poseer mas fortuna que su espada.

Durante su enfermedad, y hasta exhalar su postrer suspiro, fué asistido con esmerado celo por Maria, á la que en agradecimiento dejó lo poco que todavia le quedaba.

Recogió Maria los objetos que componian su pequeña herencia, y los vendió para atender por algun tiempo con su producto á su frugal existencia; pero sus debiles recursos se habian agotado, y no le restaba mas que una cajita que contenia unos pergaminos antiguos, y la cual habia el conde recomendado á su solicitud, como lo mas precioso que dejaba en la tierra.

Tal era la situacion de esta jóven, cuando Coignard la conoció, y logró, á fuerza de destreza y de perseverancia, hacerse dueño de su espíritu, no contaminado todavia.

Sus recursos entrambos, acabaron por confiarse el uno al otro lo precario de su posicion; hicieron juntos su inventario, y se encontraron con nada; y como la necesidad apremiaba, convinieron en vender la preciosa cajita á un judío, que tenia grandes ganas de ella hacia mucho tiempo; pero antes de entregársela, la abrió Coignard, y vió que los pergaminos que encerraba eran los titulos auténticos de nobleza del conde, y sus hojas de servicio.

Apoderóse inmediatamente de su espíritu una idea, comprendiendo en un instante el partido que podria sacar de aquel importante descubrimiento en un pais como España, donde los titulos de nobleza han ejercido en todo tiempo un prestigio indestructible.

Al dia siguiente, Maria y él abandonaron el pueblo; salieron de Cataluña para dirigirse á Estremadura, y tomaron, para usarlos siempre en adelante, los nombres de conde y condesa de Pontis de Santa Elena.

Sus primeros pasos fueron felices, y ya hemos visto como Coignard se presentó, bajo su nuevo nombre, al general Mina y luego al mariscal Soult.

## V.

Pedro Coignard, que no habia sabido aprovecharse de la fortuna para hacer olvidar sus antecedentes y adoptar un género de vida y unos sentimientos mejores; no supo tampoco aprovecharse de su libertad. Echóse él mismo en manos de la justicia. Dos dias despues de su evasion partió para Tolosa, con L'excellent, que habia sido compañero suyo de presidio, y en cuya casa se habia refugiado, y con dos italianos llamados Saffieri y Carreti. Perma-

recieron ausentes quince dias, y regresaron luego á Paris. Tres dias despues de su llegada, tomaron un coche de alquiler, y se presentaron en la Caja de Poissy; subió Coignard solo al aposento del cajero, y pidió una letra sobre Tolosa. Al mismo tiempo que ponía sobre la mesa dos mil francos en oro, se apoderó de la llave de la caja: asustado el cajero de su ademan osado, le preguntó de parte de quién venia, á lo que respondió que no venia de parte de nadie, y que si no querian darle la letra, se marchaba; al propio tiempo recogió el dinero y bajó repentinamente la escalera.

El cajero se puso á gritar; ¡ladrones! ¡socorro! Bajaron al punto y se apoderaron del coche; pero Saffieri y Carreti, armados de pistolas, obligaron á los que le detenian á dejar el campo libre, y solo L'excellent, menos listo que los otros, quedó preso.

Entre tanto Coignard juzgó conveniente ir por si mismo á la calle de San Mauro, en donde habitaba, y preguntó si habian visto á L'excellent. Rosa Marcen contestó negativamente, lo cual hizo concebir á Coignard vivas inquietudes, y manifestó que lo mejor que podia hacerse era dejar cuanto antes el cuarto.

Mientras arreglaban diferentes lios, se divisó al comisario de policía. Coignard no tuvo á bien aguardar; saltó por una ventana que daba al callejon de Fernando, y se escapó.

El comisario, despues de haber encontrado alguna dificultad en hacer abrir la puerta, entró, por fin, y dirigiéndose á Rosa Marcen, la preguntó si conocia á Carella (sobrenombre que habia tomado Coignard). Rosa Marcen declaró no conocer á semejante hombre, y puso en las nubes al nombre del conde de Pontis de Santa Elena, su esposo. Pero no fué necesario mas para robustecer las dudas de la policía, pues ya se recordará cómo se la habia escapado el titulado Pontis de Santa Elena.

Procédese al registro de la casa de L'excellent, cuya diligencia dió un resultado mas importante de lo que se esperaba. Allí se encontraron puñales, pistolas, mascarillas de cobra fundida, patillas y bigotes postizos; en una palabra, el equipaje completo de una cuadrilla de asesinos y ladrones.

No tardaron en arrepentirse de no haber arrebatado desde luego á *Madama de Santa Elena*, la cual se dió buena prisa á huir; sospechóse, sin embargo, que no estaria lejos, y se hicieron pesquisas en las inmediaciones. Su gorro, que se divisó entre una empalizada, fué causa de que se la descubriera. Pero esta prision no significaba nada. Faltaba apoderarse de Coignard y de los demas cómplices. Se calculó con razon, que el supuesto conde de Santa Elena, inquieto acerca de la suerte de Rosa Marcen y de sus demas afiliados, vendria por la noche á rondar la casa. Diéronse las órdenes oportunas para preparar una emboscada, y fueron apostados varios agentes en el callejon de Fernando.

A las once de la noche, uno de aquellos agentes, llamado Fouché, se encontró manos á boca con Coignard, que iba á entrar; le agarró del cuello y le intimó que se diera preso en nombre del rey. Coignard respondió á esta intimacion con un pisto-

letazo que atravesó la mano y el hombro de Fouché. Este, á pesar de verse herido, contestó con otro pistoletazo que no tocó á Coignard: pero atraídos por las dos detonaciones los otros agentes, se apoderaron de Coignard y de Saffieri, que estaba á veinte pasos de allí. Tres dias despues, estaba preso tambien Carreti, y la justicia comenzó entonces á instruir el proceso.

Bien se deja conocer en vista de estas últimas circunstancias, que la persona de Coignard no podia ya inspirar interes. No era ya el antiguo galeote que con su valor y su inteligencia habia tratado de rehabilitarse y de reconquistar una posicion en la sociedad, sino un hombre perverso, que nunca habia dejado de frecuentar el trato de la canalla, y que habia conservado siempre las costumbres innobles de las cárceles y presidios. El tribunal de asises del Sena, se ocupó en su primera audiencia de ventilar la cuestion de identidad.

He aqui un extracto de esta audiencia:

EL PRESIDENTE al acusado. ¿Cómo os llamais?

COIGNARD. Me llamo el conde de Pontis de Santa Elena, por mas que haya testigos que se empeñan en tomarme por Coignard.

EL PRESIDENTE. ¿Cuál es vuestra profesion?

COIGNARD. Teniente coronel.

Despues de estas respuestas, se nombra defensor de oficio al letrado Mr. Dupin, el jóven.

Mr. Agier, procurador general, refiere los hechos que motivan la comparecencia de Coignard ante el tribunal, y pide que se oiga á los testigos que puedan deponer acerca de la identidad de su persona.

EL PRESIDENTE. Acabais de oir la peticion del señor procurador del rey; ¿qué teneis que decir acerca de ella?

COIGNARD. Se padece una equivocacion respecto á mi; yo puedo parecerme á Coignard, y ya me decian esto en España, en donde yo mismo le he conocido. La mujer con quien él vivia, está en San Lázaro, se la puede llamar, y ella dirá si me reconoce.

EL PRESIDENTE. Hay varios testigos que os han conocido en galeras.

COIGNARD. Los recuso; todos ellos están bajo la influencia de la policia.

EL PRESIDENTE. Protestais que sois el conde de Santa Elena, pero no aducis otras pruebas de este hecho que vuestras protestas.

COIGNARD. Señor presidente, he estado cuarenta dias incomunicado hasta que esta mañana he salido de mi encierro; durante todo este tiempo ni siquiera pájaros he viato; ¿cómo queriais que os probase que soy el conde de Santa Elena?

EL ABOGADO GENERAL. Cuando la policia militar tuvo sospechas de que érais el presidiario Coignard, el conde Despinoy os dejó facilidad y algunos meses de tiempo para hacerlos reconocer por vuestra familia; se os ha dado sobre el particular toda la latitud posible. Jamas habeis podido, sin embargo, dar los menores indicios acerca de vuestros parientes, y los papeles que presentais tienen visos de falsos.

Los testigos Antonio Bois y su mujer; Juan Vi-

cente, y la señora de Montigny, que habian depuesto como testigos en el primer proceso de Coignard año X [1808], no reconocen al acusado.

De todos los demas testigos, tres declaran haber conocido al procesado en Tolon; uno de ellos dice que fué compañero suyo de cadena, otro se acuerda de que siendo secretario de los comisionados en Tolon, escribió en los registros el nombre de Alejandro Coignard.

COIGNARD, esforzando la voz. Yo recuso á personas notadas de infamia que hablan solo á instigaciones de un agente de policia, mi mas cruel enemigo. Ademas, este testigo miente hasta en atribuirme el nombre de Alejandro, cuando Coignard se llamaba Pedro.

Un antiguo preso de Bicêtre, asi como varios alcaldes de la misma cárcel, reconocen á Coignard por uno que estuvo detenido en ella hace algun tiempo.

El procesado opone á todos estos testimonios una denegacion absoluta.

EL ABOGADO GENERAL. Pedro Coignard no estaba casado, pero tenia por querida una muchacha llamada Lordat que murió poco ha en San Lázaro. Entre los efectos pertenecientes á esta muchacha, se ha encontrado el retrato de Coignard. Ese retrato hélo aqui:

El acusado confiesa que hay semejanza, pero jura que él no se ha hecho retratar jamas.

El abogado general sostiene la acusacion, y concluye que hay identidad perfecta entre Pedro Coignard y el que se titula conde de Santa Elena.

El defensor Mr. Dupin pide al tribunal plazo á fin de conferenciar con su cliente para la presentacion de testigos de descargo que puedan demostrar que el procesado servia en España en la época en que fué condenado Pedro Coignard.

En el momento en que el tribunal iba á deliberar, un espectador que se hallaba por casualidad en la sala, hizo una declaracion contundente para el conde de Santa Elena.

Este testigo, oido en virtud de las facultades discrecionales del presidente, declara llamarse Viguier, y haber conocido á toda la familia del acusado, con motivo de haberle tenido en su casa dos años antes de su primera condena. Todavia le está debiendo mas de doscientos francos, y fué padrino de su hija, que se bautizó en San Sulpicio. Añade que gracias á él, fué recibido Coignard en los granaderos de la Convencion; y dice tambien que el padre del procesado vive todavia, y que le admira no verle venir á defender á su hijo.

COIGNARD. Todo esto no es mas que un tejido de imposturas; seria menester examinar tambien á la mujer de este testigo. Que se vean los libros de bautismos y se compruebe si hay alguna firma mia. Coignard ha servido en los granaderos de la Convencion; pues bien, compárense las filiaciones que deben existir en el ministerio de la guerra; si hay una sola pulgada de diferencia, yo no soy Coignard.

Despues de este incidente, que impresionó fuertemente al auditorio, el tribunal difirió la causa para el 10 del mismo mes, á fin de que el acusado

pudiese conferenciar con sus defensores y suministrar testigos de descargo.

## VI.

El día 10 de Julio continuaron los procedimientos de esta famosa causa.

Mr. Lambanet, superior del seminario de Soissons, presentado por testigo de descargo, cree haber visto al acusado en España; pero no recuerda precisamente la época; Coignard le trae á la memoria varios hechos que el testigo vacila en negar ó afirmar, porque solo tiene de ellos un recuerdo vago y confuso.

Otro testigo, Mr. Dreuil, no ha visto al acusado mas que en 1812, época en que este se le presentó como un emigrado francés, oriundo del Poitou. Refiere ademas que un día, en una conversacion, un oficial español llamado Belfort, le dijo que hacia quince años que servia con el conde de Santa Elena, tanto en América como en Portugal.

EL PRESIDENTE, al acusado. ¿Por qué os deciais oriundo del Poitou, si vuestra familia no es de allí?

COIGNARD. Yo fuf presentado por un tal Mr. Lanneau, quien pudo muy bien equivocarse acerca del lugar de mi nacimiento.

EL ABOGADO GENERAL. A menos que haya en Francia dos condes de Santa Elena, debeis haber sido vos quien escribió al alcalde de San Pedro du Chemu dos cartas que han venido á parar á nuestras manos. En la primera, se manifiesta al alcalde que Mad. Pontis de Santa Elena pasando con su marido por aquel pueblo, dió fortuitamente á luz un niño, que fué bautizado en la iglesia parroquial, y se pide una partida de bautismo de aquel niño, que es el firmante de la carta. Habiendo oontestado el alcalde que en los registros no aparecia nombre alguno de Pontis, se le dirije otra segunda carta en que se insinúa que ain duda ha sido quemado el registro, y se le dice que con arreglo á la ley, se podria redactar una nueva acta con asistencia de siets testigos, que declarasen reconocerle por el hijo nacido de Mad. Pontis de Santa Elena. En recompensa de sus diligencias, se prometa al alcalde la oruz de San Luis y el empleo de oficial para su hijo, si quiere servir en el ejército. (A Coignard) ¿Sois vos quien escribis estas dos cartas?

COIGNARD. Mi abogado lo dirá.

EL PRESIDENTE. Vos solo sois quien pueda saber si las habeis ó no escrito. Responded, pues.

COIGNARD. Si señor, yo soy quien ha escrito esas cartas, y mas adelante diré las razones que me forzaron á ello.

EL PRESIDENTE. Me parece que ahora es la mejor ocasion de explicarlo.

COIGNARD. Pues bien, señores; esas cartas las he escrito por mi hermano; yo sabia que habia nacido en Poitou, y queria tener su partida de bautismo.

EL PRESIDENTE. Hasta ahora os habiais dado á conocer como hijo único.

COIGNARD. Mi padre era hombre de un carác-

ter muy duro, y quizá en toda su vida no me ha hablado arriba de doscientas palabras; yo ignoraba quién era, de mi hermano ó yo, el que habia nacido en la Vendée. Mi propio hijo se ha encontrado en igual caso, pues nació en Colmar al pasar por allí mi mujer para seguirme á Alemania.

Los testigos de cargo prestan sus declaraciones respectivas.

Despues de algunas esplicaciones entre Mr. Dupin y el abogado general, el tribunal manda examinar á la mujer de Viguier, la cual depone en el mismo sentido que su marido, con la única diferencia de decir que el acusado lea debe 400 francas *menos tres libras*.

Uno de los vigilantes del jardin de las Tullerías reconoce al acusado por ser paisano suyo, y haber servido con él en los granaderos de la Convencion.

El testigo Bourgeois, comisionado de transportes, le reconoce por haber vivido en la misma casa que él, bajo el nombre de conde Pontis de Santa Elena.

Una mujer le reconoce por la voz: "Le reconozco, dijo, por un picaro infame que ha seducido y pervertido á una infeliz muchacha."

Entre los demas testigos, hay uno que declara llamarse Alejandra Coignard, y reconoce al acusado, que no es otro que su hermano, por un Pontis de Santa Elena. El testigo, cuyas facciones ofrecen una gran semejanza con las del procesado, se retira, y el presidente pregunta á este si le conocia.

COIGNARD. Ya os he dicho que Coignard, con quien tengo la desgracia de que se me confunda, sirvió á mis órdenes en España. Este vino á verme y me dijo que era su hermano.

EL PRESIDENTE. ¿Con qué titulo ha solicitado vuestra proteccion?

COIGNARD. Es muy sencilla. Siempre se procura hacer la corte á los que están en una posicion elevada.

A petición del acusado, el tribunal concede un nuevo término para que pueda producir mas testigos, y de consentimiento del ministerio público, se proroga la causa hasta el 20 de Julio.

## VII.

A la apertura de la nueva audiencia, el acusado, á instancia del presidente, cuenta la historia de los primeros años de su vida.

—Sali de Francia, dice, á la edad de cuatro años para seguir á mis parientes á América. Jamas he sabido las razones de aquel viaje. Mi tio me trajo á Francia al cabo de once años, nos alojamos en la fonda de la calle de San Nicasio, y luego pasamos á España. Mi madre habia muerto en América. En 1790 me sacó mi padre una subtenencia. Me acuerdo que un día dijo: "Mi hijo ha nacido en el pueblo de San Pedro, en la Vendée."

El abogado general hace notar al acusado que en sus hojas de servicios se decia natural de Châtillon.

COIGNARD. Debe ser sin duda mi secretario el que ha cometido esta equivocacion.

EL PRESIDENTE. Habeis dicho que habiais estado casado.

COIGNARD. Sí señor, con doña María Moreno, que murió de sobreparto.

EL PRESIDENTE. ¿No es la misma con quien vivais en París?

COIGNARD. No era posible, puesto que habia muerto; la mujer de quien hablais se llama Rosa Marcen.

EL PRESIDENTE. En una de las últimas audiencias habeis dicho que vuestra madre se llamaba Linière d'Aubusson de la Feuillade, cuando consta que ninguna mujer de esa familia se ha casado con ningun Pontis.—¿Qué se han hecho vuestro padre y vuestra madre?

COIGNARD. Murieron de pesadumbre despues que sali de América.

El abogado general pregunta al acusado si tiene en la pierna unas manchas parecidas á señales de viruelas, á lo que responde negativamente, y contradiciéndole un gendarme presente en la audiencia, el cual habia visto aquellas manchas, el acusado se levanta el pantalon y manifiesta que son cardenales de los puntapiés que le dió un agente de policia. El letrado Mr. Dupin hace observar que solo un médico puede deponer válidamente acerca de esto.

Otros testigos reconocen al acusado, y uno de ellos declara haberle visto en Málaga por los años de 1811 y 1812, conociéndola bajo el nombre de Pontis de Santa Elena, y que segun decia, habia servido en Buenos-Aires.

Antes de conceder la palabra al abogado general, el presidente manda leer una carta confidencial escrita por el acusado que contiene una instruccion para que varios testigos declaren haberle conocido en España en 1803 y 1804 con el nombre de Pontis de Santa Elena; el autor de la carta manifiesta en ella que si la cosa se arregia bien y se le reconoce como Pontis, lo demas no será mas que una bagatela y le devolverán su grado. Una mujer llamada Lorenza debia ser la encargada de pasar esta instruccion de mano en mano á los testigos. "Tened cuidado, dice, de poner atencion en lo que Lorenza referirá á mi abogado. Mr. Dupin tiene plena confianza en mi, y cree todo cuanto le digo."

Interpelado acerca del objeto que se propuso con escribir esta carta, responde el acusado que él queria estrechar á los testigos á decir la verdad.

El abogado general persiste en sus precedentes pretensiones, que son la declaracion de identidad.

El defensor toma en seguida la palabra, y despues de un brillante ecaordio, entra á profundizar la cuestion.

Segun la relacion de Mr. Dupin, el acusado nació en Soissons en 1774 yendo sus padres de viaje á Mons. Allí fué bautizado en la Iglesia de San German, y el abogado cita los nombres del padrino y de la madrina. "Suministraré, dice, la prueba legal de estos hechos, que consiste en una in-

formacion de notoriedad hecha por cuatro testigos respetables ante un notario de París, mediante haber sido destruido por un incendio el registro de bautismos de Soissons."

Lee en seguida el abogado la hoja de servicios de su cliente, en la que se mencionan sus hazañas á la cabeza de los españoles contra los ingleses. Al llegar Mr. Dupin al momento en que el supuest conde de Santa Elena se presentó al mariscal Soult, esclama:

"¿Concebis por ventura que un hombre escapado del presidio de Tolon se encuentre de golpe en estado de desempeñar las funciones de oficial superior? El valor puede ser innato, pero los conocimientos militares no se adquieren sino con una larga y penosa experiencia."

Mr. Dupin confiesa que su cliente, acusado de no ser el conde de Santa Elena, hizo mal en no entregarse voluntariamente en manos de la justicia, y sobre todo en refugiarse en casa de un hombre sospechoso; pero el defensor pretende que el conde ignoraba los precedentes del llamado Lexcellent.

Volviendo á la informacion de notoriedad, dice Mr. Dupin que es un título de nacimiento regular legal, y conforme á la posesion de hecho en que estaba el conde. "¿Sabeis, señores, añade Mr. Dupin, cuál es la robustez de la posesion de hecho, acompañada de un título? El acusado se encuentra por tanto en un campo atrincherado donde no puede atacársele sino con medios muy formidables y con ayuda de testimonios intachables."

Por lo que hace á la mayor parte de los testigos, Mr. Dupin los recusa: "No son mas que unos presidiarios, dice, que habiendo roto todos los lazos de la sociedad, no pueden merecer confianza alguna, y cualesquiera que sean por lo demas el número y la gravedad de sus dichos, se estrellarian contra una prueba que no puede ser recusada, á saber, la filiacion de Pedro Coignard en el presidio de Brest. Segun este documento que produzco, Pedro Luis Coignard es de edad de 31 años y su estatura 1 metro y 88 centímetros (5 pies y 2 pulgadas. Pues bien: el acusado tiene 1 metro y 98 centímetros (5 pies y 4 pulgadas).

"Se añade que tiene el cabello castaño algo canoso, y los cabellos del profesado son perfectamente negros. Coignard tenia la cara pecosa de viruelas y una señal en el labio superior. Ecaámínesse á mi defendido, y si se encuentra en él una peca de viruelas, suscribo á que se le condene. Se espresa tambien que tiene dos cicatrices mas abajo de la coyuntura del dedo pulgar de la mano derecha, y el procesado no tiene sino una cicatriz adquirida en el campo del honor y en la parte superior del mismo pulgar. En fin, Coignard tenia en la pierna izquierda dos señales ó manchas, una blanca y otra negra; estas señales no se observan tampoco en mi cliente; no es, pues, Coignard, como caprichosamente se pretende.

"Voy, por el contrario, prosigue Mr. Dupin, á probar que en el acusado se reunen indicios incontestables que demuestran ser en efecto Mr. de Pon-

tis. Está en posesion de hojas de servicios y otros documentos de que el ministerio público no acierta á dar cuenta sino con sumo trabajo. Se raciona de esta manera: el acusado vino á Paris con una jóven que conoció á Mr. de Pontis; esta ha podido proporcionarle los papeles del último. Los periódicos han acogido con interes esta version, que contiene un doble error."

Aqui el abogado sostiene que la mujer de que se trata, tomaba el nombre de *Ponte* y no de *Pontis*; además de que el acusado no conoció á esta persona hasta 1811 ó 1812, en Málaga, y cuando él era ya notoriamente conocido por el nombre de Pontis de Santa Elena.

Mr. Dupin deduce otro medio de justificacion de las hojas de servicios del acusado,

"En las hojas de servicios, dice, consignados están el número y la fecha de las heridas que recibió en Buenos-Aires, en la Coruña, etc., en 1804, 1805 y 1806: cinco sablazos en la cabeza, dos en los pulgares; un bayonetazo en el bajo vientre; un balazo en la pierna derecha, otro en la parte superior de la tibia. Todas esas cicatrices existen en el cuerpo del acusado; son indelebles. Si se pretende, como varios periódicos han dicho, que la Marton le dió los papeles de Mr. de Pontis, será preciso suponer que le dió tambien sus heridas."

Después de una brillante peroracion, en que el orador compara al acusado con el desgraciado *Lesurques* (1) Mr. Dupin pide que se llame á un facultativo para aoredditar que no se nota en el procesado hoyo alguno de viruelas; que las señales que existian en Coignard, no se encuentran en él, y que las heridas que designan las hojas de servicios de Mr. de Pontis existen en el acusado.

Mr. Agier, abogado general, en una vigorosa réplica, debilita en gran manera los medios de defensa de Mr. Dupin. Escribe una certificacion librada por el embajador de España, quien afirma que el nombre de Pontis jamas ha figurado en los cuadros de los ejércitos españoles; añade que el acusado ha podido seducir con sus artificios á las autoridades españolas, como ha querido engañar á las autoridades francesas. Aparte de que, segun sus propias declaraciones, se ha encontrado en parajes muy distantes de los campos de batalla en que el verdadero Pontis recibió sus heridas.

Después de refutar una á uno los argumentos de la defensa, el ministerio público concluye que el acusado es real y positivamente Pedro Coignard. El tribunal adopta su dictámen, y declara **CONTRA LA IDENTIDAD.**

En consecuencia, manda la ejecucion del decreto de 1808, y pone á Pedro Coignard á disposicion del procurador general, para proceder á la averiguacion de los nuevos hechos que se le imputan.

Al leer esta providencia, esclama el acusado:

—*Dios os pedirá cuenta de este fallo, Nunca he tenido en mi señal alguna de las que cubrian el*

*cuerpo de aquel por quien me tomáis. Yo apelaré de vuestra sentencia.*

## VIII.

Instruido el nuevo proceso con un cuidado escrupuloso y con una habilidad suma, compareció por tercera vez el pretendido conde de Santa Elena ante el tribunal de assises, el dia 22 de Junio de 1819, para dar cuenta de los crímenes cometidos por él desde su permanencia en Paris.

Consistian estos crímenes en robos con fractura y de noche; en falsificaciones, y en un conato de homicidio. El miserable se habia aprovechado de la alta posicion que le daba su grado, de las relaciones que habia adquirido, para entregarse á los crímenes mas escandalosos. Asi era como hacia frente á su lujo y á sus desmesurados gastos.

Es un hecho notable y que muestra cuán perniciosas son las malas compañías, el que desde su salida de galeras en 1805 hasta el año 1815, en que vino á Paris y renovó de que se servia de sus antiguos camaradas, su conducta fué irreprochable.

Entre los capítulos de acusacion, hay uno que merece mención especial, porque pinta el carácter del hombre y la manera de que se servia de la influencia moral que habia sabido adquirirse.

Al llegar á Paris, se presentó en casa de Mr. Prevost, intendente militar que ocupaba un puesto elevado en el ministerio de la guerra. Madama Prevost tenia el apellido de Pontis, y Coignard se hizo pasar por un pariente suyo lejano, siendo perfectamente recibido en la casa, en la que presentó luego á su pretendida esposa.

Por medio de esta familia, hizo conocimiento con Mr. Sergent de Champigny, jefe de division en el ministerio de la guerra, y hombre de los mas recomendables.

Un dia fué á ver á este, y le presentó uno de sus amigos, que segun dijo, solicitaba de él un favor. Recibiólos Mr. Sergent á uno y á otro con las mayores consideraciones, y mientras escribia una carta, abrió Coignard con familiaridad varios cajones del *secretaire*, y diviando gran número de alhajas y objetos de plata, exclamó señalando todo aquello al individuo que le acompañaba:

—Ya veis, tiene puesta la casa como un ministerio.

Pidió luego permiso á Mr. Sergent, que habia quedado muy satisfecho de aquel cumplido, para ver el resto de la casa. Mr. Sergent consintió en ello con sumo gusto.

Pasaron entonces á las demas piezas, y sacaron en cera la marca de las cerraduras. Tomadas estas medidas, se fijó para la ejecucion del robo el dia 11 de Diciembre de 1816, en que Mr. Sergent de Champigny daba audiencia pública en el ministerio de la guerra.

Para estar seguro de que Mr. Sergent no volvía á su casa durante la perpetracion del robo, constituyóse Pedro Coignard en la audiencia desde que se abrió hasta que dió fin, á pesar de que nada tenia que solicitar. Mr. Sergent se acercó á él dife-

(1) El proceso de Lesurques, uno de los mas interesantes y de los mas notables bajo todos conceptos, se publicará en una de las próximas entregas.

rentes veces, y le preguntó si tenía algo que mandarle. Pedro Coignard se deshizo en demostraciones de agradecimiento, y como solía ir con frecuencia al ministerio de la guerra, no escitó la menor sospecha.

Mientras él estaba así á la mira de Mr. Sergent, otros de su cuadrilla saqueaban su casa y le robaban la plata labrada, las alhajas, una gran cantidad de objetos preciosos, y todo el metálico.

Al volver Mr. Sergent á su casa, quedó atónito de un robo tan atrevido. Al día siguiente recibió la visita de Coignard, que fué á manifestarle cuán sensible le era aquella desgracia, y le ofreció su

ansilio para dar con los autores de tan escandaloso golpe de mano.

El buen Mr. Sergent le dió las gracias, con los ojos arrasados en lágrimas, y aceptó sus ofertas. Coignard le acompañó á casa del prefecto de policía y del procurador del rey, y dijo á estos que eran generales las quejas por los numerosos robos que hacia algun tiempo tenían consternada la capital, y que era de su deber redoblar su celo y actividad para impedir la repetición de semejantes excesos. Añadió al mismo tiempo que acerca del robo cometido en casa de Mr. de Sergent, habia recogido datos ciertos que podrian servir á la policía para



seguir la pista á los culpables. Las indicaciones que hizo frustraron completamente las pesquisas de la policía, y solo despues de mucho tiempo, cuando se descubrieron algunos de los objetos robados, unos en su domicilio y otros en el de L'excellent, fué cuando se averiguó la verdad.

Los demas robos cometidos por esta misma cuadrilla fueron tan hábilmente dispuestos como audazmente ejecutados.

Para convencerse de ello, basta la narracion de los hechos que aquí consignamos.

Pedro Coignard habia conocido en otro tiempo al general español Don Pedro Martí, que se encontraba en Paris y vivia en la calle *Basse-du-Rempart* número 64. Encargó á Caretti que indagase la habitacion del general, y Caretti, en su interrogatorio de 29 de Mayo, conviene en haber sido encargado de aquella comision por el pretendido conde.

El día 31 de Diciembre de 1817, envió Pedro

Coignard á Rosa Marcen á casa del general. Tuvo ella buen cuidado de hacerse anunciar como madama de Pontis, condesa de Santa Elena. Lo decente y esmerado del trage, el coche á cuya zaga figuraba como criado Alejandro Coignard, y finalmente, el aire de dignidad y las finas maneras de aquella mujer, persuadieron al general Martí, á quien se presentaba como la viuda de un oficial frances que habia emigrado dejándola una hija de su matrimonio, de que decia la verdad. Ella le anunció que tenia la intencion de pasar á América, y que deseaba saber las señas del general Mina, hermano del que mandaba un cuerpo de insurgentes americanos. El general español, que ignoraba estas señas, envió inmediatamente á su criado á preguntarlas á un amigo, y se las dió luego á la pretendida condesa de Santa Elena.

"Es de creer, dice el escrito de acusacion, que en tanto que la supuesta condesa se enteraba de las localidades interiores, Alejandro Coignard exami-

naba con cuidado la parte exterior de la casa. De todas maneras, parece que no habian adquirido el suficiente conocimiento. Al otro día, esto es, el 1.º de Enero de 1818, Rosa Marcen, acompañada de Alejandro Coignard disfrazado de lacayo, volvió á casa del general á pretexto de hacerle una visita en accion de gracias, y permaneció mucho tiempo sola en la sala, ínterin Don Pedro Martí acababa de vestirse."

Esta visita de año nuevo fué muy funesta para el general, pues el día 18 de Enero le robaron 700 francos en oro y plata, ricos uniformes, una gran porcion de ropa blanca, de plata labrada, y tres cruces de la Legion de Honor.

A consecuencia de estos hechos y de otros varios de que luego hablaremos, Coignard y sus cómplices comparecieron ante el tribunal de Assises, así como la jóven Rosa, que la acusacion pretendia ser Rosa Marcen y no Rosa María.

Sei cómplices, aparte de Rosa Marcen, fueron procesados á la vez por el tribunal de Assises. á saber:

- 1.º Alejandro Coignard, reputado por hermano de Pedro;
- 2.º Lorenzo Laurent, que vivia con este último;

- 3.º L'excellent, ex-bottillero;

- 4.º Carrete ó Caretti, joyero;

- 5.º Saffieri, ex-guarda almacén, natural del Piemonte;

- 6.º Lenormand, portero de la verja del invernáculo, en Versailles.

En el momento de ir á hacerse la lectura del acta de acusacion, se levanta Pedro Coignard y dice:

—Señor presidente: se ha escrito ayer pidiendo el aplazamiento de la causa; hace trece meses que estoy en la cárcel, y diez los he pasado incomunicado. No he tenido tiempo para enterarme de los procedimientos, ni para presentar testigos, ni para proporcionarme documentos indispensables para mi defensa. En mi nombre y en el de mis co-acusados, pido el aplazamiento de la causa para una de las próximas sesiones.

—Haceis mal en decir que hablais á nombre de vuestros co-acusados, responde el presidente, pues varios de ellos han hecho por escrito una peticion contraria.

El letrado Millot, encargado de la defensa de Pedro Coignard; Mr. Dupin, abogado de Rosa Marcen, y el defensor de Saffieri insisten en el aplazamiento. El primero sobre todo da una grave importancia á esta próroga.

—Mi insistencia se concibe muy bien, dice Mr. Millot, porque el primer acusado, de quien soy patrono, es el mas interesado en acumular todos sus medios de defensa, puesto que en razon de la reincidencia, le va en ello la pena de galeras perpetuas, y aun quizá la de muerte.

El presidente interrumpe á Mr. Millot, reconviniéndole por dar á conocer á los jurados el resultado posible de la declaracion que han de hacer.

—Sabeis muy bien, dice el presidente, que los jurados fallan á sus deberes si toman en consideracion las disposiciones de la ley penal.

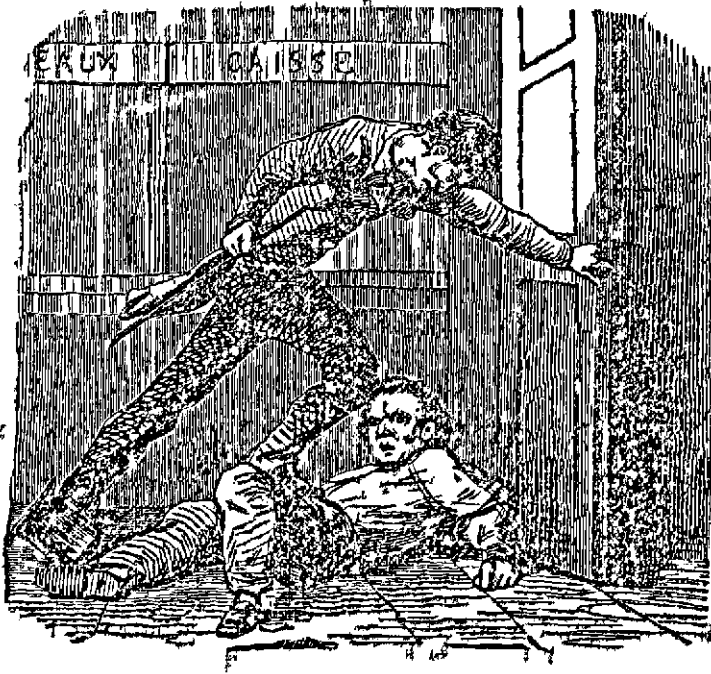
El abogado de L'excellent, Mr. Pinet, se opone á la dilacion tan vivamente solicitada por su colega.

—Ningun obstáculo se me ha opuesto por la escribanía, dice Mr. Pinet, para enterarme de lo que arrojan los procedimientos, y los abogados de los demas encausados habrian podido obtener con la misma facilidad todas las noticias y apuntes convenientes para la defensa;

Mr. Hamelin, abogado general, combate las pretensiones de Mr. Dupin y sus colegas. El aplazamiento solicitado no le parece mas que un medio dilatorio para conseguir una suspension definitiva.

Apenas ha hablado Mr. Hamelin, se levanta Coignard, y esclama con fuerza:

—Mr. L'excellent está rodeado á todas horas de una porcion de mujeres que vienen á visitarle á la cárcel y que intrigan en favor suyo; he ahí por qué le corre tanta prisa el ser juzgado. Hay tambien otros motivos que descubriré. Ademas, yo estoy





enfermo, y declaro que si no se me prorroga la causa, no responderé á ninguna pregunta.

Mientras el tribunal delibera sobre aquel incidente, se suscita un vivo altercado entre Coignard y Lexcellent. Los gendarmes se ven precisados á intervenir para estorbar que la disputa tome un carácter mas serio.

Por fin se restablece la calma, y continuando la sesion, el tribunal deniega la próroga, fundándose en que no se ha pedido en los términos que previene el artículo 306 del código de instruccion criminal.

El escribano lee en seguida el pedimento de acusacion, cuya primera parte se ocupa solo de Coignard, y le sigue en las principales circunstancias de su vida.

Concluida la lectura, toma la palabra Mr. Hamelin, órgano del ministerio público, y sostiene los principales puntos de la acusacion.

Durante este discurso, Rosa Marcen se mantiene en una actitud modesta, y con los ojos constantemente bajos; su exterior es muy agradable, y su traje, aunque sencillo, manifiesta una verdadera elegancia.

Por lo tocante al supuesto conde de Santa Elena, el cual se ha dejado crecer las patillas, su continente es altivo y marcial, su voz fuerte é impetuosa, sus miradas animadas y espresivas.

Coignard fué el que abrió la marcha en los debates, y no obstante sus amenazas de encerrarse en una mudéz voluntaria, se dispone á responder á las interpelaciones del presidente.

EL PRESIDENTE. Pedro Coignard, por razon de los hechos que acabais de oír, se os acusa de falso.

COIGNARD. Yo no soy Coignard, soy Andrés Pedro de Pontis, conde de Santa Elena.

EL PRESIDENTE. Por la sentencia de 20 de Julio último, que tiene la autoridad de cosa juzgada, sois Pedro Coignard, y bajo este nombre debéis responder.

COIGNARD. He sido juzgado con arreglo á las declaraciones prestadas por algunos presidiarios. Semejantes testimonios no pueden destruir ni mi estado, ni mis títulos, ni mis hojas de servicios que acreditan quién soy.

EL PRESIDENTE. Habeis usurpado esos títulos; los estados constan de hechos enteramente falsos: os hallábais en el presidio de Tolon en la época en que segun vuestros documentos de servicio perteneciais á tal ó cual cuerpo de América.

COIGNARD. Quien estaba en Tolon era Coignard y no yo; yo mismo he conocido á aquel miserable, y le hice algunos favores; pero ya ha muerto.

EL ABOGADO GENERAL. Erais oficial en un cuerpo de partidarios españoles, cuando despues de caer prisionero en manos de los franceses, os dió el mariscal Soult un grado en su ejército. Llevábais con vos varias hojas de servicio, pero ni el mariscal, ni nadie comprobó si os pertenecian ó si eran verdaderas. La verdad es que las usurpáteis.

COIGNARD. Me pertenecian como conde de San-

ta Elena. Muéstrame otro conde de Santa Elena mas que yo. Nadie en Paris, ni aun vos mismo, puede creer que sea yo Coignard.

El acusado persiste en decir que se le confunde con otro. He aquí todavía otra muestra de sus diálogos con el presidente del tribunal.

EL PRESIDENTE. Pedro Coignard, ¿fuisteis vos quien facilitó á vuestro co-acusado la consecucion de un retiro de 300 francos por medio de hojas de servicios falsificadas?

COIGNARD. He tenido ya el honor de decir al señor presidente que me llamo Pontis, y que no responderé cuando se me nombre Coignard. Aunque me fuese en ello la vida, no cambiaré de lenguaje.

A fin de conciliarlo todo, el presidente no dirige mas la palabra á Coignard sino llamándole *primer acusado*.

Interrogado Lenormand acerca del hecho imputado á Pedro Coignard, y del que resulta cómplice el mismo Lenormand, refiere este con una ingenuidad notable por qué fatal concurso de circunstancias se encuentra comprometido en el proceso. Estando sirviendo en tiempo de Luis XIV, salió de una accion con el brazo atravesado de parte á parte: mas adelante recibí en España otras heridas.

—En fin, dijo, no es culpa mia que el consejo de administracion del cuerpo haya llenado una pequeña laguna en mis hojas de servicios, diciendo que fuí prisionero en la Jamaica, luego sargento, luego voluntario real, etc.

COIGNARD. En la época á que os referís, yo no era ya presidente del consejo de administracion del cuerpo, y me ocupaba en instruir y formar la legion del Sena.

LENORMAND. Es verdad, pero vos me recomendáteis á Mr. B.\*\*\*

COIGNARD. Eso hubiera sido contra mis principios, porque Mr. B.\*\*\* es suizo, y á mí jamas me han gustado los extranjeros.

A estas palabras, el acusado entra en pormenores de su vida militar y apela á sus virtudes guerreras del ultraje hecho á su honor; y como el presidente le echortase á espresarse con mas calma, el dijo:

—¿Qué quereis? yo hablo como quien soy. Vos llenais vuestros deberes de presidente. Yo soy soldado hasta el fondo de mi corazon; y es seguro que no habria hecho buenas cosas si hubiese sido abogado. ¡Pero parece que soy aquí un objeto de maldicion! Se me quiere hacer autor de todas las infamias, de todos los robos que se han hecho en Paris. . . . Yo descubrí á los malvados, á los monstruos que me persiguen. . . . No me refiero al señor prefecto de policia, que es un hombre muy honrado; pero los subalternos, los miserables que. . . .

El presidente le previno de nuevo que se moderase.

Coignard respondió con ironía:

—Y bien! para concluir de una vez, enviadme á un calabozo y haced que al punto se me ponga una cadena al cuello.

Alejandro Coignard, hermano de Pedro, fué interrogado á su vez.

Este fué de todos los acusados el primero que cayó en poder de la justicia. Hasta las nueve de la noche permaneció detenido en la calle de la Paz num. 17, casa del banquero M. Richard-Mont-Soyeux. Un mozo llamado Petit, que habia visto á luz, acudió allí al momento, experimentando alguna resistencia á que se le abriese la puerta.

Entre tanto Alejandro, empujando la puerta con violencia, asíó á Petit por la garganta, le arrojó en tierra, y pasando por encima de él se salvó. Los gritos que daba Petit y el ruido que aquella lucha habia ocasionado llamaron la atencion de muchas personas de la casa. El portero cerró al punto la puerta cochera; y Alejandro Coignard, que ya habia bajado gritando él mismo: ¡Al ladron! ¡al ladron! fué detenido en el patio; cuando fué cogido, rogó y suplicó al que se habia apoderado de él, que no le perdiese y le dejase libre; por mucho tiempo se resistió á decir su nombre, pero protestó que era de una familia honrada.

Si se le habia de creer, habia encontrado en los bulevares á una jóven que le dijo llamarse Adela y estar sirviendo en aquella casa, sin manifestarle el nombre de sus amos ni el cuarto en que vivia. Ella se convino en dejar la puerta abierta. Mientras andaba él buscándola inútilmente de cuarto en cuarto, oyó gritar ¡ladrones! y temiendo comprometer á aquella jóven, se metió sin saber cómo en el despacho de Mr. Ricardo Mont-Soyeux.

Los debates duraron cinco dias, y revelaron los hechos que acabamos de referir y muchos otros del mismo género.

Las pruebas eran concluyentes contra todos los acusados, y sobre todo contra Coignard. Por ejemplo, cuando se arrestó á Coignard, le encontraron un par de pistolas de faltriquera y dos chalecos de cachemira, de los que uno fué reconocido como procedente de un robo. Encontráronse tambien 3.200 francos en oro escondidos en las botas, además un reloj de oro asimismo robado, y la cruz de la Legion de Honor del general Marti.

Parece tambien que Coignard habia olvidado por un momento aquella presencia de espíritu que habia conservado por tantos años y que no le abandonó ni aun delante del tribunal; en el que desempeñó hasta el último instante el papel que se habia propuesto. Segun manifestacion de uno de sus companeros de prision en la fuerza, Coignard paseándose una mañana en el patio le dijo:

—¿Veis la elevacion que se ha dado á esa pared? pues bien; se ha hecho *por mí*. . . quiero decir, por ese famoso Coignard con el que se empeñan en confundirme; por ahí es por donde en cierta ocasion trató de evadirse.

Por de contado, no influyó esta manifestacion en la opinion de los jueces. Los testigos eran numerosos y sus dichos acordes, y lo que agravaba además la posicion de los procesados, era la resistencia armada que habian hecho á la justicia. La defensa empero sacó un gran partido de la posicion

de cada uno, haciendo valer los antecedentes de varios de los acusados, y sobre todo de Coignard, cuya conducta y cuyo valor en España habian merecido los mayores elogios; á mayor abundamiento, habló él mismo con cierta dignidad, y produjo un efecto favorable á su causa enseñando el pecho cubierto de cicatrices. Estas circunstancias hicieron desestimar por los jurados la cuestion de homicidio, que hubiera acarreado la pena de muerte.

En fin, despues de cinco dias de animados debates, el tribunal, en vista del veredicto del jurado, dió sentencia en 10 de Julio de 1819, condenando á Pedro Coignard á trabajos forzados perpetuos con esposicion, á Saffieri á diez años, á Carretti, L'excellent y Alejandro Coignard á cinco años; y absolviendo á la jóven Rosa y á otra mujer llamada Lorenza Laurent que vivia con Alejandro Coignard. Mas adelante, Alejandro Coignard, en razon de sus antecedentes y de las revelaciones que habia hecho, fué indultado y puesto solamente bajo la vigilancia de la policia.

El final de esta audiencia fué de los mas curiosos por el contraste de las sensaciones experimentadas por los encausados.

Las mujeres abusadas muestran la mas viva emocion, y derraman abundantes lágrimas. Le Normand y los otros des que estaban en su caso, no disimulan su alegría. El primero se pone á gritar repetidas veces:

—Viva el rey! ¡vivan los príncipes!

Los dos hermanos Coignard y L'excellent salen en seguida escoltados por gendarmes; L'excellent, que al verse ligado á la suerte de los dos reos principales, teme incurrir en una pena tan grave como la que creia reservada á ellos, se entrega á la mas violenta desesperacion; no obstante, se repone un poco de su abatimiento al oir su condena á cinco años de prision solamente.

Pedro Coignard hace alarde de una rara desverguenza; pero su hermano deja percibir una profunda consternacion al escuchar la lectura de la deliberacion del jurado.

Cuando Alejandro Coignard oyó su sentencia, exclamó con desesperacion:

—Señores jueces, vais á conocer mi inocencia; voy á nombrar á los culpables.

—A Carretti es á quien debéis agradecer lo que os pasa, dijo Pedro Coignard.

—Sí señores, repuso Alejandro. Si no hubiera sido por Carretti, no estaria yo delante de este tribunal.

El presidente corta estas reconvencciones, diciendo á los procesados que tenian tres dias para reclamar de nulidad, y añadió:

—En todo caso, debéis sufrir vuestra condena con el valor y la resignacion que debe experimentarse cuando uno es sentenciado por hombres imparciales y justos.

—¡Decid mas bien injustos! exclamó Pedro Coignard, pues jamas os perdonaré el fallo del dia 20 de Julio.

## IX.

Creíase este proceso enteramente terminado, puesto que la justicia, en su imparcial equidad, había decidido de la suerte de cada uno de los acusados, cuando se supo que Rosa Marcen no había sido puesta en libertad. Alejandro Coignard, en su desordenada desesperación, había hecho nuevas revelaciones, y el ministerio público por su parte amenazaba todavía con sus rayos á aquella mujer juntamente con Carretti y Saffieri, por hechos no comprendidos en el acta de acusación.

El día 17 de Julio comparecieron los tres nuevamente acusados ante el tribunal de policía correccional, como iniciados de haber proporcionado á Pedro Coignard el pasaporte que había falsificado, y con ayuda del cual, bajo el nombre de Carette, había logrado sustraerse por algun tiempo á las pesquisas de la justicia. El ministerio público pidió la imposición de cinco años de prisión y cincuenta francos de multa á cada uno de ellos; pero el tribunal, declarando que no resultaba probado que hubiesen obrado á sabiendas, los absolvió de la acusación.



Restaba saber qué suerte aguardaba á la reclamación que los hermanos Coignard habían hecho contra la sentencia del tribunal de Assises; no se hizo esperar mucho tiempo la resolución, y en 31 de Julio, á pesar de los esfuerzos del letrado Mr. Millot, el tribunal regulador confirmó la sentencia de los primeros jueces.

## X.

Pedro Coignard soportó su pena con energía. Cuando salió para galeras con la cadena de los forzados, se agolpó un tropel inmenso á Bicêtre para verle, y en todas las poblaciones por donde pasaba escitó igual curiosidad.

Llegó por fin á Tolon; todos sus antiguos compañeros de cautiverio le reconocieron y le recibieron con entusiasmo. Comprobóse su filiación en los registros del presidio, y resultó enteramente conforme con las señas suministradas en Paris en su primer proceso. Pusiéronle la doble cadena.

La jóven Rosa fué á establecerse en Tolon, para estar mas en disposición de verle y prodigarle sus cuidados hasta que ocurrió su muerte, que fué á los pocos años.

## EL SECRETO

## DE UN PRACTICANTE DE CURIAL.

MITONNEAU y Brunet son dos amigos de infancia. El primero se casó, y es padre de la señorita Propertina; el segundo ha permanecido soltero, pero tiene un sobrino llamado Alarico.

De estas circunstancias resultó la siguiente conversación que tuvieron una mañana temprano Mitonneau y Brunet.

—Mitonneau, dijo Brunet, tú eres padre y yo soy tío; si tú quisieras ser padre de mi sobrino, yo podría ser tío de tu hija.

—Qué me place, respondió Mitonneau; así los

nudos de este himeneo apretarán mas los lazos de nuestra amistad.

A estas palabras, se separaron aquellos dos Cástor y Pollux, á fin de ocuparse cada uno por su lado de la realización de su bello proyecto.

¿Cómo conciliar con estos antecedentes la demanda formulada por Mitonneau contra Brunet y su sobrino, reclamando una indemnización de 10.000 francos?

Véase cómo explica Mitonneau el problema.

“Convenido el himeneo, Brunet escribió á su so-

brino, practicante de curial en Amiens, quien aceptó la proposición y fijó el día de su llegada. Aquel día junté en mi casa una porción de parientes y amigos, como es de costumbre en casos tales. Pero Alarico, en lugar de echársela de galante con su futura, lo mismo fué ver á Proserpina (que entre paréntesis, estaba preciosa), volvió las espaldas y se marchó corriendo como alma que se lleva el diablo, sin haber siquiera abierto su boca para dar la menor excusa. Bien se deja conocer que yo no he podido soportar la humillación de ver al curial en ciernes negarse indefinidamente á dar su mano á una muchacha rozagante é intacta, sin decir por qué: de suerte que cualquiera creerá que Proserpina tiene algun alifafe, y nadie querrá cargar con ella . . . Por eso me he visto precisado á reclamar 10,000 francos de indemnización por el ultraje hecho á nuestro honor."

EL PRESIDENTE á Alarico. Explicad vuestra conducta, que en efecto ha sido injuriosa.

ALARICO, levantándose rápidamente y con resolución. Pues bien, voy á ilustrar á la justicia . . . voy á confiar en su seno ese secreto, que el mío no puede ya contener . . . Toda la culpa la tiene mi tío Brunet; yo habia puesto mis condiciones *sine qua non* . . .

BRUNET. Digo y repito que te equivocas, Alarico, te equivocas. La señorita Proserpina no es rubia . . . Es otro color, ó por mejor decir, son dos colores diferentes . . .

ALARICO. No entendeis jota de colores, tío.

EL PRESIDENTE. ¿No queréis, según veo, casaros con una rubia?

ALARICO, con emoción. Tengo mis razones para ello. Escuchad y juzgad.

"En 1843, tenia yo un cuartito muy bien arreglado. El domingo de Carnestolendas, un amigo (al que no me atrevo á nombrar por respeto al tribunal), me suplicó le prestase mi habitación para el martes por la noche . . . Su objeto era concurrir allí con una muchacha á quien amaba, y la cual habia consentido en cenar con él . . . hija de un comerciante gordo . . . Entre amigos, estas cosas no se niegan. Consentí, pues; pero yo queria ver á la Dulcinea de Marranote (perdoneme el tribunal, ese era el nombre del amigo que no me atrevia á nombrar por consideración . . .) En fin, convenimos en que yo pasaria por un mozo de la fonda y serviria á la mesa . . . ¡Una farsa propia de Carnaval! Pero ¡qué chasco! . . . La niña vino disfrazada con un dominó, y cubierto el rostro con una media careta . . . No obstante, pude ver que sus

cabellos eran rubios, y que tenia un lunar al lado izquierdo de la barba . . . Por eso, concluida la cena, me despedí de ellos, juré solemnemente que si alguna vez caia en la tentación de casarme, no seria con mujer rubia . . ."

EL PRESIDENTE. ¿Y no hay mas que eso?

ALARICO. ¡Cáspita! ¿os parece poco? . . . La querida de mi amigo era hija de un comerciante gordo . . . Ahí tenéis á Mr. Mitonneau, que es gordo y es comerciante . . . Y cuando me ha presentado á la señorita Proserpina, he quedado petrificado al ver sus cabellos rubios y un lunarcito en la barba . . . La escena que antes he referido, se me vino á la memoria, y como no entra en mis cálculos ser sucesor de mi amigo ni de nadie en esta materia, salí á escape de aquella casa, furioso contra mi tío, de quien es toda la culpa, por haberme asegurado que la señorita Proserpina no era . . .

EL PRESIDENTE á Brunet. ¿Por qué no escribisteis á vuestro sobrino que la señorita de Mitonneau es rubia?

BRUNET. Yo le he hecho ver que los cabellos de esa señorita son una mezcla de castaño-claro, vermellon y ceniza . . . un color trino . . .

ALARICO. Que representa cabalmente el rubio encendido . . . el mismo mismísimo que el de la Dulcinea de mi amigo de marras.

Al llegar á este punto, toma la palabra el abogado de Mitonneau, y se esfuerza en demostrar el perjuicio que resulta á una doncella hourrada de la conducta observada por Alarico. Añade que en Carnaval, las mujeres que se disfrazan con dominó se tiñen el cabello ó se ponen un postizo para mayor disimulo, y que verosimilmente la mujer á que ha aludido el demandado seria morena y muy morena. El abogado concluye haciendo el elogio de la señorita Proserpina.

Sin dar lugar á pasar adelante, se levanta el demandado y esclama:

—No hay mas que hablar, señores. La elocuencia y la lógica del señor abogado me han convencido . . . Aparte de que ahora me acuerdo que la querida de mi amigo tenia el lunar á la derecha, y la señorita Proserpina le tiene á la izquierda . . .

MR. MITONNEAU. No señor, mi hija lo tiene á la derecha.

ALARICO. ¡Ah! . . . entonces es la otra la que lo tiene á la izquierda. En fin, eso poco importa, pues estoy convencido.

Atendida esta súbita convicción, el tribunal sobrees y manda que cada parte pague sus costas respectivas.



## ROSSEEL Y VANDENPLAS.

(TRIPLE ASESINATO: ROBO).

### I.

Un día del mes de Agosto de 1847, dos hombres que desembocaban de la calle de la Colina, llegaron á la plaza mayor de Bruselas, en donde se detuvieron para hablar con un tercer individuo.

De los dos primeros, el uno iba vestido de blusa, el otro de levita.

Por lo que hace al tercero, llevaba el delantal de lienzo verde que acostumbran ponerse los carpinteros.

El hombre de blusa era un tal Silvestre, jornalero de Hal.

El que iba de levita se llamaba Vandenplas, y habia tenido algun tiempo un establecimiento de panadería en la calzada de Etterbeck, cerca de Bruselas.

El personaje del delantal verde era Francisco Rosseel, oficial de carpintero.

Estos tres individuos se habian conocido en la cárcel de los Carmelitas, en donde habian estado presos en una misma época.

—¡Hola! dijo Vandenplas á Rosseel al acercarse, ¿qué tal os va?

—Mal, respondió Rosseel. Estoy sin un cuarto; mi maldita prision me ha arruinado.

—Otro tanto me pasa á mí, replicó Vandenplas. Me comeria los codos de hambre, si no fuera porque tengo un tabernero que me debe 60 francos, y en cuya casa puedo comer hasta estrujar la deuda.

—¡Ay, amigo! dijo Rosseel, estoy de Bruselas hasta la coronilla. Por eso he ido á visar mi pasaporte para largarme á Holanda.

—¿Y qué vais á hacer á Holanda? ¿Hay acaso

por allí ocasiones buenas de robar? preguntó Vandénplas.

—No sé, dijo Rosseel.

—Es que hoy día, repuso Vandénplas, lo mejor que cabe hacer es robar; no hay remedio. Y á propósito, conozco á un camarada que sabe de un buen negocio en Alseberg. Si os acomoda, id por allá el domingo.

—Está dicho, respondió Rosseel. Hasta el domingo.

—Andad con cuidado, insinuó Silvestre. Quizá sea Bochs quien haya de daros informes, y no conviene fiar mucho en él; es un soplón, ¿lo sabeis?

—Pues bien, dijo Vandénplas, tengo otro camarada en la ciudad, el cual nos dirá un medio de hacer mucho dinero.

—Aquí es demasiado peligroso, objetó Rosseel. Yo preferiría ir á Alseberg.

—Vaya en gracia por Alseberg, dijo Vandénplas.

—Ea, dijo Rosseel, yo trabajo en donde sabeis, y no puedo detenerme. Pero venid á buscarme allá mañana á las diez y media, y hablaremos del asunto.

—Corriente, dijo Vandénplas, cuanto antes mejor. Porque cuando me acabe de comer mis 60 francos, me quedo á la luna.

A estas palabras se separó Rosseel de los otros dos individuos, quienes continuaron su marcha hacia la puerta de Hal.

## II.

Pocos días después del encuentro y conversacion que acabamos de referir, un crimen horrible llenó de consternacion á los habitantes de Bruselas.

La señorita Evenepoel vivia con su hermano y con dos criadas llamadas María Teresa Desain y Ana María Gertruda Smeets, en una casa de la plaza de Saint-Géry, núm. 13, en Bruselas.

Esta casa estaba separada de la calle por un patio en que habia una pequena pieza destinada á lavadero y una de las puertas de la cocina.

Cornelio Morrens, cochero del Sr. Evenepoel, venia á hacer sus comidas en casa de su amo, y pasaba la noche en una cuadra de la calle del Di-que, donde estaban los caballos.

El día 2 de Setiembre de 1847, fué Morrens á cenar, segun tenia de costumbre, entre nueve y media y diez de la noche. Habiendo llamado en balde por tres veces, observó que la puerta estaba entornada, y entrando en el patio vio encendida luz en la cocina. Cogió una palmaria y se dirigió hácia el lavadero, donde debia partir un poco de leña para el fuego; pero al entreabrir la puerta, divisó un cadáver.

Espantado á su aspecto, corrió á avisar á los vecinos, quienes dieron inmediatamente parte á la policia, y de las primeras diligencias resultó haberse cometido un triple asesinato en casa de la señorita Evenepoel. En el lavadero se encontraron los cadáveres mutilados de las dos criadas, y el de la señorita Evenepoel en el comedor.

En el fondo del patio y cerca de la puerta de entrada al cuerpo de la casa, se veian dos charcos de sangre, particulas de sesos, pedazos de cráneo y astillas de huesos; desde este paraje hasta el lavadero habia dos rastros de sangre paralelos.

El cadáver de la señorita Evenepoel estaba tambien bañado en sangre.

Segun el dictámen de los médicos, las dos criadas habian sufrido fuertes martillazos en la cabeza, y los golpes habian sido tan numerosos y tan violentos, que el cerebro de la pobre Smeets estaba hecho un engrudo; habian recibido tambien heridas causadas con instrumento cortante y acerado, como un cuchillo puntiagudo ó un puñal largo, heridas que interesaban prinicipalmente las venas yugulares y el canal vertebral.

La señorita Evenepoel habia muerto de la misma manera, pues tenia una fractura en el órneo, producida por instrumento contundente, y una enorme herida que dividia la vena yugular interna y la arteria carótida, y que parecia hecha con un puñal largo de hoja plana y cortante.

Las huellas de pisadas en la casa indicaban la presencia de dos personas que habian andado en los muebles de varios cuartos, forzado la parte superior de un *secretaire* del Sr. Evenepoel, y tratado de abrir, valiéndose de un escoplo, la parte inferior del mismo.

Los autores del crimen se habian llevado muchos objetos de oro y plata. Seis relojes, 945 florines de los Países Bajos, en piezas de diez y de cinco florines (moneda de oro) y 17 piezas de tres florines (moneda de plata.) Estas diez y siete piezas de tres florines estaban guardadas en la gaveta de la señorita Evenepoel.

Por lo demas, ninguna señal habia ni en el patio exterior, ni en el jardin de la casa, de escalamiento, fractura ó llaves falsas; de suerte que los autores del crimen habian debido introducirse llamando á la puerta de la entrada principal, logrando que las criadas les abriesen.

El crimen finalmente, se efectuó entre siete y media y nueve de la noche, puesto que la viuda Drabbe, que habia ido á casa de la señorita Evenepoel con un recado de la senora de Keymolen, su hermana, habia despachado su encargo á las siete y media y habia estado hablando con la cocinera que salió acompañándola hasta la puerta. Un cuarto de hora después se presentó un cobrador de letras que llamó inutilmente por tres veces, y á cosa de las ocho y media un tal Danckaerts, que cortejaba á la cocinera, habia dado cuatro golpes diferntes en la pared que daba al lavadero. Nadie reponia á aquella señal que anunciaba siempre la presencia de Danckaerts, y este observó en aquel instante que habia luz en el cuarto del Sr. Evenepoel. En fin, á las nueve ó nueve y cuarto, una muchacha llamada Ghain, que servia en casa de madama Rénard, situada en la plaza de Saint-Géry, núm. 14, habia visto pasando por delante de la casa, que una persona entreabria la puerta exterior, acababa la cabeza, y volvia á meterla inmediatamente; pero le fué impo-

sible, á causa de la oscuridad, dar señas de aquella persona, y los autores del crimen no habian dejado en lo interior ni en lo exterior vestigio alguno por el que pudiera conocerseles.

Los registros escrupulosos practicados en los pozos, cisternas y lugar comun de la casa, asi como en el rio que rodea la plaza de Saint-Géry, no habian producido el menor resultado, y á pesar de las minuciosas averiguaciones que se hicieron en casa de todas las personas sospechosas, no se consiguió penetrar el misterio que protegía á los asesinos.

### III.

Dos meses y medio habian transcurrido, cuando unas palabras escapadas á Silvestre sirvieron de norte á la justicia.

Silvestre habia dicho á un tal Hanquet:

—Si yo quisiera, antes de quince dias estaban presos los asesinos.

Informado de estas palabras el procurador del rey, por el mismo Hanquet, delegó al señor Van-Berseel, comisario en jefe de policia, quien interrogó á Silvestre y obtuvo de él la revelacion de la conversacion que habia tenido lugar el mes de Agosto anterior entre Rosseel y Vandenplas.

Al momento se comisionó á un agente de policia para que siguiese las huellas á Vandenplas. Dirigióse el agente á Ixelles, allí supo que aquel á quien buscaba habia ido á vivir á Saint-Josephen-Noode, de donde habia trasladado luego su domicilio á Bruselas, calle de las Cinco Estrellas, núm 9, en cuyo punto trataba de organizar una casa de prostitucion. Esta circunstancia pareció digna de llamar la atencion. ¿Cómo podia ser que Vandenplas, que estaba en la miseria, hubiese encontrado medios para montar un establecimiento de aquella especie?

Por otro lado, el comisario se habia presentado en la casa de ayuntamiento para consultar el registro de pasaportes, y averiguó que Rosseel habia habitado desde el mes de Enero hasta el de Diciembre de 1846 en una casa de la pertenencia de la señorita Evenepoel, y que en el espacio de tres semanas habia pedido dos pasaportes.

Estos primeros indicios determinaron á la justicia á proceder contra Rosseel y Vandenplas, quienes fueron presos á un mismo tiempo, el dia 16 de Noviembre de 1847, el primero en Brujas y el segundo en Bruselas.

### IV.

En su interrogatorio, y durante la mayor parte de los debates, negó Vandenplas haber tenido participacion alguna en el asesinato de la plaza de Saint-Géry. Pero existian contra él numerosos cargos, y es curioso seguir á la acusacion en la reseña que hace de la vida de aquel hombre.

Vandenplas, arrestado en 20 de Febrero de 1847, por sospechas de conato de incendio, habia sido puesto en libertad en 11 de Mayo por falta de prue-

bas suficientes, y el mismo dia declaraba á dos testigos que él era como un pájaro caído del cielo que no tenia mas que el dia y la noche. El dia 16 mostraba tambien una profunda miseria, diciendole que no tenia un pedazo de pan que llevarse á la boca, y pidiendo prestada una pieza de cinco francos que no llegó á devolver. Llegó hasta este punto de manifestar ideas de suicidio; declaraba que al fin habia de hacer alguna atrocidad consigo mismo ó con otra persona; y era tan estremadamente perezoso que, segun el dicho de un testigo, se hubiera muerto de hambre, si una mujer llamada la señora Bultean no le hubiese socorrido, dándole albergue en su casa desde que salió de la cárcel hasta mediados de Julio.

Quando se marchó Vandenplas de casa de la Bultean, fué á ocupar un cuarto en casa de la llamada Pianné, á razon de cuatro cuartos al mes, y esta debió despedirle á principios de Agosto, porque no podia conseguir que le pagase la miserable cantidad de seis francos. Desde aquella época vivia y comia en casa de un tal Vandenhove, casi tan pobre como él, en pago de un crédito de 31 francos y 93 céntimos, y se vió obligado en 24 de Agosto, para proporcionarse la mezquina cantidad de medio franco, á empeñar en el Monte de Piedad una levita, única que tenia, la cual desempeñó en 4 de Setiembre, esto es, dos dias despues del crimen.

Al siguiente dia, 5 de Setiembre, se le vió en la fiesta de San Gil (arrabal de Bruselas) con dos muchachas tomar tres botellas de vino y gastar seis francos y medio. El domingo inmediato, 11 de Setiembre, fué en coche de alquiler á la fiesta de Vilvorde, invitó á comer al guarda campestre, á quien no conocia, y bebió con él una botella de vino de Burdeos, y media botella de vino blanco. Todavía despues de la comida bebió dos botellas con otra persona, y por la noche otras nueve botellas con Andrés Renard y José Simons. Vandenplas pagó él solo todos aquellos gastos, y dió una moneda de oro de diez florines por las nueve últimas botellas, cuando por aquellos dias habian robado mas de 900 florines en piezas de oro en casa del señor Evenepoel.

Vandenplas inauguró la mañana del dia siguiente, 13 de Setiembre, tomando una botella de vino en la taberna del llamado Delelie; tomó otras nueve con Simons y Renard en la taberna de Yercareau, donde pagó con una segunda moneda de diez florines. Despues de hacer otros gastos en Vilvorde, regresó á Bruselas con Simons el martes 14 de Setiembre, y gastó con él una tercera pieza de diez florines. Llevó luego á Simons y á otros dos compañeros á la calle de las Codornices (1), donde bebieron tambien en abundancia. Vandenplas hizo solo igualmente todo aquel gasto, y terminó su jornada en una callejuela del cuartel de los Minimos, donde pasó la noche con una mujer pública.

Habia encontrado en la Granada á una mucha-

(1) Esta calle está tan mal reputada, que por el dia ninguna mujer decente se atrevería á pasar por ella.

cha de Lovayna á quien conocia hacia ya mucho tiempo, y que se llamaba *Bárbara Amor*. Durante la semana que siguió á sus primeras orgías de Vilvorde, Vandenplas llevó á Bárbara á la fiesta de Molebeek-San Juan, y el domingo 19 de Setiembre la llevó á Vilvorde, en donde gastó treinta francos en dos dias y cambió la cuarta moneda de diez florines.

De vuelta á Bruselas, Vandenplas pasó en la *Granada* desde el martes al miércoles, é hizo un gasto de setenta francos, para el cual dió dos piezas de diez florines y otras dos de cinco.

Habia cambiado ya en la *Granada* desde el dia 2 de Setiembre otras tres monedas de diez florines, y sus gastos en Vilvorde habian parecido tan eshorribantes, que se llegó á sospechar fuese uno de los asesinos de la señorita Evenepoel, y se escitó al comisario de policia á que le echase mano.

Desde aquel momento y hasta fin de Octubre, nos muestra el proceso á Vandenplas gastando otras veinte y dos piezas de diez florines con Bárbara, que habia abandonado la *Granada* por seguirle, y con la que trataba de establecer una casa de juego en la callejuela de las Cinco Estrellas, num. 9. Unidas estas veinte y dos piezas á las otras nueve que Vandenplas habia gastado en Vilvorde y demas puntos, forman un total de treinta y una piezas de diez florines, de cuya clase le tocaron treinta y cinco, segun declaracion de Rosseel.

Aun cuando era bastante difícil, despues de dos meses y medio, seguir todos los pasos y averiguar todos los gastos del acusado, el proceso designa todavía una moneda de tres florines que dió á la mujer de Bandenhove dos dias despues del crimen, y siete de cinco florines con que pagó lo que debia: el robo, como hemos visto, comprendia monedas de diez, de cinco y de tres florines.

Para explicar tan crecidos gastos, hace resucitar el acusado treinta y dos piezas de diez florines, que provenian, á lo que él decia, de la herencia de su madre, y las cuales habia conservado durante su estancia en la cárcel, cuando se le acusó del crimen de incendio. Pero resulta claramente de los procedimientos, que Vandenplas habia gastado anteriormente todo cuanto habia heredado, y que hasta se habia visto obligado, al salir de la cárcel á ceder sus muebles y efectos á su principal acreedor. Por otra parte, la pretendida posesion de treinta y dos monedas de oro en una época en que manifestaba la mas profunda miseria, no puede conciliarse con sus hábitos de intemperancia y de libertinaje; fué un recurso imaginado por Vandenplas para alucinar á la justicia, y para explicar una posesion de fortuna que tan pronto atribuia á una herencia de la ciudad de Brujas, como á recursos personales de su querida, y algunas veces á indemnizaciones que habia recibido del gobierno por razon de la persecucion de que habia sido objeto.

Vandenplas, pues, evidentemente partió con Rosseel las monedas de diez y de cinco florines, como partió el producto de dos ventas hechas por su cómplice, y de que luego hablarémos. Las revelacio-

nes de este último no dejan la menor duda respecto á este punto.

## V.

He aquí la confesion hecha por Rosseel, en primer lugar por lo tocante al crimen, y despues por lo tocante á la reparticion entre él y Vandenplas de los objetos robados.

“Yo he cometido el asesinato, dijo Rosseel, en union con Guillermo Vandenplas, conforme habiamos convenido. El dia 2 de Setiembre, nos dirigimos á la plaza de Saint-Géry á cosa de las siete de la tarde; yo llamé al primero y pregunté á la criada que salió á abrirme, si estaba en casa la señora Evenepoel, añadiendo que venia á pagarla lo que le estaba debiendo por alquiler de una casa perteneciente á ella en que yo habia vivido. Me respondió que sin duda yo no sabia que la señora habia muerto hacia tiempo; la dije que lo ignoraba, y la pregunté si estaba la señorita. Respondióme que sí. La pregunté si estaba sola, y me contestó que sí, preguntándome á su vez á quién deberia anunciar. Yo la dije: Decid que es Rosseel, el de la calle de Anderlecht, que viene á pagar el alquiler de la casa en que ha vivido.—Entonces me introdujo en el gabinete de abajo que da al patio de delante. Yo ignoraba que hubiese un hijo en la casa; jamas le habia visto.

“La criada fué á llamar á la señorita Evenepoel, que estaba en el piso alto, y me introdujo en el gabinete de detras, en donde fué asesinada. La dije entonces tuviese la bondad de hacer la cuenta y manifestarme cuánto la debia; que no llevase á mal que hubiese tardado en venir á pagarla, pues habia tenido algunos disgustos, y me habian tenido cuatro meses en la cárcel. Ella me contestó que era verdad que habia tardado mucho; pero que no por eso estaba incomodada conmigo, como lo probaba el no haber hecho gestion alguna.

“Yo daba largas á esta conversacion para ganar tiempo, pues estaba convenido con Vandenplas, que él permaneciese cinco minutos dentro de la casa, seria señal de que no habia obstáculos para la ejecucion de nuestro proyecto, y de que debia venir.

“Vandenplas debia introducirse á préstamo de alquilar una casa desocupada de la calle de Anderlecht, y mientras daba el recado á la criada, debia matarla con ayuda de un martillo que pertenecia á un vaquero, á casa del cual iba entonces Vandenplas á comer y beber, cuyo martillo cojió este sin que su dueño lo advirtiese.

“Nosotros ignorabamos que hubiese otra criada. Mientras la señorita Evenepoel hojeaba un libro de asientos, oí sonar la campanilla, y me figuré seria Vandenplas. . . . Pasaron algunos minutos sin oír yo cosa alguna, y no sabiendo lo que habria ocurrido abajo, di un préstamo para bajar, diciéndo á la señorita Evenepoel:—Dispensadme, tengo que ir á una diligencia; no llevo dinero encima; y así, volveré mañana.—Ella me respondió que estaba bien, pues tampoco habia encontrado mi cuenta.

“Bajé y encontré á Vandenplas en el alféizar de



la puerta del gabinete en que me hicieron entrar en un principio. Subimos juntos inmediatamente al gabinete de detras, en donde estaba la señorita Evenepoel, la que exclamó al ver á Vandenplas:—¿Qué es eso? ¿qué es eso?—Es mi camarada, y voy á pagaros sobre la marcha... Y metiendo la mano en el bolsillo, nos echamos los dos sobre ella. Vandenplas la magulló á martillazos, y cuando cayó en tierra, le atravesé mi puñal por la garganta.

“Debo, sin embargo, advertir que me es imposible decir con precision si Vandenplas la pegó en la cabeza ó en otras partes del cuerpo. La señorita Evenepoel solo tuvo tiempo para ecshalar dos gritos llamando por dos veces á una de las criadas cuyo nombre pronunció y no recuerdo.

“En el momento en que bajé y encontré á Vandenplas en el alféizar de la puerta del gabinete, como antes he dicho, me preguntó si estaba ya muerta la señorita. Al escuchar mi respuesta negativa, me trató de cobarde, y me dijo que él habia ya matado á las dos criadas, y me preguntó dónde estaba el ama. Entonces fué cuando subimos precipitadamente á la habitacion en que se hallaba esta. Vandenplas me dijo que eran dos las criadas. Yo oí sus gemidos; á la una encontré echada en el suelo á la parte de acá de la puerta, y á la otra en la cocina junto á la bomba. Yo las rematé metiéndoles mi puñal por el cuello. En seguida traje arrastrando á la que estaba en la puerta hasta dejarla al lado de la otra.

“Luego me ha contado Vandenplas que habia aplastado la cabeza á la criada que salió á abrirle, y mientras acababa con ella á martillazos, vió á la otra criada salir de la cueva con una luz, y oyó que esta, habiendo sin duda sentido ruido, decia: ¿Qué es lo que hay? Al momento corrió hácia ella y le deshizo la cabeza, sin darla tiempo á proferir una palabra.”

Despues de estas revelaciones, véanse otros hechos que esplican la parte que tuvo Vandenplas en la reparticion de los objetos robados.

A los seis dias de su arresto, condujeron á Brujas, donde habia fijado su domicilio, al acusado

Rosseel, quien puso por sí mismo en manos de la justicia las cajas de cinco relojes de oro. Yase habian encontrado en una primera pesquisa los vidrios de aquellos relojes, tres cucharillas de plata para café, de las que una estaba ennegrecida del fuego, un par de pendientes, y una sortija de diamantes, un broche de brazaletes de oro, dos cadenas de oro para reloj, dos pendientes con turquesas pequeñas, una sortija con topacio, otra sortija de oro esmaltado, y cinco alfileres de oro sin cabeza.

Todos estos objetos, cuidadosamente ocultados en casa de Rosseel, fueron reconocidos por la señora de Evenepoel y por la señora de Keymolen, así como un cepillito que Rosseel habia dado á su criada.

Rosseel habia vendido en la Eclusa (pueblo holandés inmediato á la frontera belga, á tres ó cuatro leguas de Brujas) los demas objetos de oro y plata, primero una cadena y un brazaletes de oro el dia 27 de Octubre á la viuda de un tal Leenhauts, y el resto el 8 de Noviembre á un judío llamado Abraham Levy.

La primera venta le produjo 89 francos y 24 céntimos, y de ellos al dia siguiente envió 50 á Vandenplas; en su carta le decia que no habia recibido mas que 50 francos á cuenta, los cuales se avenia á prestarle, y que la semana próxima le enviaria otros 50 en el mismo concepto.

Aunque Rosseel afirma que este dinero procedia de la

viuda de Leenhout, y por consiguiente de la venta de los efectos robados, aunque esto resulta todavia mas claramente de la simple comparacion de fechas, puesto que Rosseel vendió el veinte y siete y envió el dinero el veinte y ocho, Vandenplas señala otro origen diverso al dinero de Brujas, sosteniendo que él habia surtido de pan y prestado dinero á Rosseel cuando este vivia en la calle de las Codornices á principios de 1847, siendo así que el panadero de Rosseel era un tal Wetterings, que le suministraba dos, tres ó cuatro panes al dia. El antiguo mozo de la panadería de Vandenplas, que llevaba el pan á otro habitante de la calle de las Codornices, no lo ha llevado nunca á casa de Rosseel, y el nombre de este no figura tampoco en el



VANDENPLAS.

libro en que apuntaba Vandenplas los de las personas que tomaban pan al fiado.

Vandenplas, pues, inventó una fábula para asignar al dinero de Brujas otro origen que no tenía. Ya antes había incurrido en notables contradicciones, pues á unos les dijo que acababa de recoger una herencia en Brujas, y á otros que tenía prestado dinero á varios habitantes de aquella ciudad y estos le habían pagado.

## VI.

Entre Rosseel, que todo lo confesaba, y Vandenplas, que se aferraba en una negativa absoluta, no era difícil decidir de qué lado estaba la verdad.

Así, además de que los pormenores suministrados por Rosseel coinciden exactamente con el dictámen de los médicos, resulta también de la sumaria practicada por el comisario de policía de la tercera y cuarta sección, que sobre la mesa del cuarto en que yacía el cadáver de la señorita Evenepoel, se encontró un libro de asientos forrado de pergamino, una escribanía de loza y unos anteojos.

Cuando á consecuencia de las revelaciones de Rosseel se examinó el libro que maquinadamente habían cerrado y puesto á un lado en el momento de descubrirse el crimen, se halló en él, en el parage mismo en que figuraba la cuenta de Rosseel, tres ó cuatro gotas de sangre, los anteojos de la señorita Evenepoel, y una suma hecha por su mano para averiguar el importe de lo que le debía Rosseel.

Otras noticias dadas por Rosseel ofrecen la misma exactitud. Declara que fué á ver á Vandenplas en casa de Vandenhove el 30 de Agosto, el 31, y el 1.º de Setiembre. Dice que le fué á buscar el día del crimen, y que viendo un martillo en el poyo de una ventana, aconsejó á Vandenplas le cogiese; que Vandenplas se lo metió en el bolsillo y se sirvió luego de él para matar á las criadas. Vandenhove tenía este martillo cinco años hacia, y lo empleaba en su casa para quebrantar la lulla; por eso sin duda los autores del crimen, al empujar la puerta del lavadero para introducir allí los cadáveres, dejaron la señal de la mano en negro. Sometido el instrumento á experiencias químicas, se encontró sangre en la parte del mango metida en la cabeza del martillo.

Añade Rosseel que probó en union de Vandenplas á fundir las albasas de oro y plata, sirviéndose para ello de un soplete perteneciente á un ebanoista llamado Sijpers, y en el bolsillo de Vandenplas se halló un billete escrito por mano de Rosseel, en que encargaba á su cómplice que devolviese el soplete á la casa cuyas señas daba. Es cierto, además, que algunos objetos fueron sometidos á la acción del fuego: el estado de una de las cucharas lo demuestra positivamente.

Rosseel habla también de haber tirado en un encañado su puñal y su escoplo de carpintero, y ambos instrumentos se encontraron en efecto, el uno el día 26 y el otro el 28 de Noviembre, en el parage que designó.

Como se ve, las declaraciones de Rosseel se justificaron en todos sus particulares, y probaban irresistiblemente la participación de Vandenplas en el asesinato de la plaza de Saint-Géry.

Además de eso, Vandenplas se sentía hacia tiempo acosado de la idea de robar y asesinar para enriquecerse. Esta intención, que le hemos visto expresar en una conversación con Rosseel, la manifestó igualmente hablando de su miseria al cerrajero Vanderbucken, que había cumplido una condena de reclusión, á quien propuso buscar ocasión de dar un buen golpe, añadiendo que era el mejor oficio, y que sin eso no había medio de ganar dinero. Perseguido por aquel pensamiento fatal, lo comunicó también á un tal Anselmo Debacker; dijo á esto que le acontecía muy á menudo no tener que comer; que un cerrajero le había indicado una casa en que había ocultos 30,000 francos desde la revolución; que en aquella casa no había más que una vieja, una criada y un criado, y que bastaría quitar de enmedio á estas tres personas. Preguntó al mismo tiempo á Debacker, si tendría miedo para acompañarle á su expedición, para lo cual Vandenplas hizo un reconocimiento del sitio con Rosseel y Vanderbucken, la víspera del día en que tuvo lugar el asesinato.

No obstante estas declaraciones tan formales de Rosseel, de Vanderbucken, de Silvestre y de Debacker, persistió Vandenplas en proclamarse inocente.

Pero fácil es ver que si Rosseel habló con verdad, Vandenplas acumuló mentiras sobre mentiras.

Así, hemos visto que no pudo justificar el origen del dinero que tan estúpida ó indecentemente había gastado.

Más adelante intentó una coartada, sosteniendo que el día 2 de Setiembre estuvo en tres tabernas de las más conocidas, en una de las cuales había baile, no habiendo salido de este hasta las once de la noche.

Pero aunque Vandenplas era muy fácil de reconocer por la circunstancia de ser tuerto, no hubo ni siquiera una persona de aquellos establecimientos que atestigüase su presencia en ellos en toda la noche del 2 de Setiembre. Un tal Hendrick, que conocía muy bien á Vandenplas, y era el que pedía para los músicos en la taberna donde hubo baile, afirma de la manera más positiva que no estuvo allí Vandenplas, que había muy poca gente, y que el ama de la casa tuvo que hacer de caballero para completar las parejas de un rigodon.

Vandenplas no pudo indicar tampoco persona alguna que hubiese hablado con él en ninguno de los tres establecimientos. Manifestó además que al salir del baile llamó en casa de la Bulteau, y que pasó la noche en casa de Vandenhove, especificando que Vandenhove mismo fué quien le abrió la puerta. Mas entrambas personas le desmintieron también en este punto.

## VII.

Á consecuencia de los hechos que acabamos de referir, Vandenplas y Rosseel comparecieron ante

el tribunal de Assises del Brabante, señalándose la primera audiencia para el día 8 de Febrero de 1848.

Este proceso, que preocupaba hacia seis meses la atención pública, atrajo á la apertura de los debates una afluencia de curiosos de todas clases, nunca vista quizás en los anales judiciales de la Bélgica.

Desde las nueve de la mañana del día señalado, la plaza del Palacio de Justicia, el patio interior y las avenidas del salon de audiencias se inundaron de gente hasta tal punto, que los jurados, los abogados y los testigos se vieron apurados para abrirse paso. En la parte de adentro, los puestos reservados para los abogados y testigos fueron invadidos á los pocos momentos de haberse abierto las puertas. Señoras pertenecientes en su mayor número á familias de miembros de la magistratura, se acomodaron con los taquígrafos de los periódicos en el recinto del pretorio. Muchos magistrados y el conde de Woyna, ministro plenipotenciario de Austria, se situaron en puestos reservados detras de la presidencia.

Sobre una mesa se ven, como cuerpos del delito, baldosas con manchas de sangre, libros de asientos y vestidos.

A las diez entran los acusados con trajes decentes y sencillos, pero calzados con los pesados zuecos que previenen los reglamentos carcelarios.

Aunque sentados en el mismo banco ambos acusados, están separados uno de otro por una distancia de mas de dos varas.

Rosseel lleva pantalon de rayas azules, levita de color acitonado, chaleco de franela encarnada, y corbata negra.

Vandenplas está vestido de levita negra, chaleco y corbata de seda negra, y pantalon parecido al de su co-acusado.

Todas las miradas se fijan con ávida curiosidad en aquellos dos hombres, á quienes su triple crimen ha dado tan terrible celebridad.

Rosseel es de mediana estatura, y lleva escritos en sus facciones, en la forma de su cabeza, los instintos criminales que le han traído á aquel banco. Un frenólogo no podia menos de decir que el órgano de la *destructibilidad* está en él sumamente desarrollado. Sabido es que este órgano lo sitúan enoira de la abertura de la oreja hácia la parte inferior de la porcion escamosa del temporal. En Rosseel está de tal manera desarrollado, que lo alto de la oreja está echado adelante y tiene una posicion casi horizontal. En cambio, los órganos de la inteligencia están muy deprimidos: su frente es baja, sus cabellos, fuertes y erizados como cerdas, descienden casi hasta las cejas. El frontal presenta una visible depresion en el sitio en que se aposenta el órgano de la benevolencia.

Por lo demas, en conjunto como separadamente, el aspecto de Rosseel es repugnante; su cara es corta y cuadrada, su nariz ancha y aplastada, sus cejas espesas é irregulares se juntan una con otra y medio encubren su oblicua mirada; su mandíbula inferior es huesuda y cuadrada, sus espaldas son

anchas y cuadradas tambien. Dicese que Rosseel sirvió de modelo á un artista belga para uno de los verdugos de Cristo.

El atavío de Rosseel es el de un hombre de su clase. Lleva una levita hecha sin pretension alguna de elegancia, pero muy limpia y tal como debe tenerla un artesano de algunas comodidades.

Vandenplas, mas alto que Rosseel, es un tipo enteramente diferente. Es lo que se puede llamar un buen mozo; sus facciones tienen cierta distincion, en su frente se nota inteligencia, su cráneo no revela instintos destructores, su talle es elegante, su andar fácil y desembarazado es el de un hombre de mundo. Y no obstante, Vandenplas os hace experimentar una sensacion de disgusto mas viva todavia que la que sentís al aspecto de Rosseel.

Este último os da miedo: es una fiera. Vandenplas os repugna; es un hombre degradado. Su elegancia, la distincion de sus facciones aumenta mas el disgusto que os inspira: es uno de esas miserables que huelen á taberna y á lupanar; el libertinaje, la crápula le han conducido á la miseria, al vicio, á la desgracia. Tiene el aspecto inmundado del hombre depravado que se arrastra en el fango del crimen; su rostro es macilento y su cutis áspero, lo cual contrasta con la correccion de las líneas de la fisonomía. Os dirige su mirada y la aparta de pronto; pero aquel instante os basta; os sentís como quien ha sido mordido por una víbora.

Vandenplas es tuerto, y esta deformidad le hace mas antipático; no parece un defecto, sino una marca aientosa.

El traje de Vandenplas, aunque muy usado, descubre todavia cierto esmero, cierta pretension de elegancia, que guardan conformidad con todo lo que revelan el aspecto y continente de este gran culpable respecto á su carácter y á sus hábitos.

Ciento veinte y cinco testigos fueron llamados á confirmar todos los hechos confesados por Rosseel y negados por Vandenplas.

Un incidente dramático oourrió al finalizarse la penúltima audiencia: al ver que á pesar de los cargos mas concluyentes, persistia Vandenplas en sus negativas, resolvió Rosseel hazer un llamamiento á la conciencia de su cómplice.

Despues de pedir al presidente permiso para hablar, dijo Rosseel con un acento de profunda conviccion dirigiéndose á Vandenplas:

—Yo, yo, Rosseel, fuí quien te indujo á cometer este crimen, y por lo mismo que fuí yo, quiero ser yo tambien el instrumento de tu salvacion: por eso te eshorto con todas mis fuerzas á que confieses el crimen que hemos cometido juntos; la sangre inocente derramada sobre esas baldosas clama venganza. Despues del juicio de los hombres, del que no puedes escapar, porque los jurados no creen en tus negativas, debe venir el juicio de Dios. Para comparecer delante de Dios, de manera que puedas obtener su perdon, confiesa aquí el crimen que has cometido.

—Yo no he cometido crimen alguno; no temo el juicio de Dios, contestó Vandenplas.

—Yo fui quien te incitó á cometerlo, replicó Rosseel. Por eso te suplico al borde de nuestra tumba, pues la guillotina nos aguarda, que digas la verdad, que te pongas á mi lado. Nosotros no debemos tener miedo de la muerte. Poco importa morir por mano del verdugo, pero lo que debemos temer es el juicio de Dios.

—Todo cuanto dice es falso, repuso Vandenplas.

—Vandenplas, dijo el presidente, si habeis cometido el crimen, confesadlo por vuestro propio interes; pues si los hombres están convencidos de vuestra culpabilidad, serán inesorables con vos. Os invito á pensar seriamente en esto, y tal vez vuestras reflexiones os inclinarán á confesar mañana.

—Yo nada he hecho, respondió friamente el acusado.

—Vandenplas, añadió todavía Rosseel, hemos tenido siempre valor, jamas hemos tenido miedo; pues bien, muestra que eres hombre de brío y que no te acobardas. Nuestro Señor murió por todos nosotros. Pon la mano en tu conciencia; si quieres que á nuestra muerte estemos rodeados de ángeles buenos, confiesa; de lo contrario, serán los demonios los que nos rodeen.

Durante esta escena, que impresionó vivamente al auditorio y aun al mismo tribunal, Vandenplas permaneció impasible; escucho las palabras de Rosseel con suma indiferencia, sin que su rostro revelase la menor emocion.

Al dia siguiente, al abrirse la audiencia, anunció el presidente que nna relacion verbal que acababa de hacerle el procurador del rey, le parecia escisir que fuera oido aquel funcionario por el tribunal.

Redoblóse con esto la atencion del auditorio, ya tan vivamente escitada la vispera, y en medio del mas profundo silencio, hizo el señor Verheyen, procurador del rey, la manifestacion siguiente:

—“Esta mañana fui temprano á la cárcel para tomar algunas noticias sobre otros asuntos. Hablé con el director, quien me dijo: “Senor procurador del rey, advierto que Vandenplas anda inquieto. He visto en los periódicos la alocucion que le dirigió ayer Rosseel; ¿no os parece bien que al salir de la prision esta mañana, le diga algunas palabras exhortándole á decir la verdad?” Yo le dije: “No me opongo á que lo hagais; pero obrad con prudencia.”

“Hace un momento, ha venido el director de la cárcel á decirme que Vandenplas por fin reconoce su crimen; pero que de todos modos nada diria delante del tribunal, delante de los jurados y delante del público, sino á mí solo.

“He ido inmediatamente con el director al calabozo del acusado. Al cabo de algunos instantes, me ha dicho Vandenplas que no podia decir nada ante el público, porque no sabia esprearse, y porque seria escisir demasiado de sus fuerzas, el hacerle convenir en su crimen. Le indiqué entonces que su crimen era grande, y su arrepentimiento debia ser grande tambien. Le he animado á que confiese todas las circunstancias del crimen. Van-

denplas, por un sentimiento que comprendo y que quizá es el único que le resta, ha dicho que nada confesaria; que todos cuantos esfuerzos se hiciesen para arrancarle una confesion serian inútiles, pero pero que si los jurados querian individualmente ir á su calabozo, se espontanearia con ellos.

“Le hice comprender que lo que pedia era imposible, y me esforcé cuanto pude para decidirle á confesar públicamente; pero no ha querido. En interes de la verdad, le hablé en estos términos: Vandenplas, contadme las circunstancias del crimen. Si lo hiciérais y yo las refiriese al tribunal, ¿me desmentiriais ó confirmariais mis palabras? Vandenplas entonces consintió en que yo refiriese lo que él me diria, y me ha prometido confirmarlo todo, con tal que no se le obligue á dar pormenores por sí mismo.

“Vandenplas, en primer lugar, ha dicho que era culpable... (sensacion prolongada); que habia concurrido al crimen; que habia tenido parte en él, y que sabia que debia morir. Luego, sin entrar en particularidad alguna, me ha dicho (y no hago mas que repetir sus palabras) que muchos testigos han mentido, y así es que ayer han declarada que gastó 130 francos en la Granada, suando no pudo gastar arriba de 70 ú 80.

“Le hice notar que era posible que algunos testigos no hubiesen dicho toda la verdad; pero que era de presumir, sin embargo, que hablaran de buena fé, pudiendo aquello provenir solamente de falta de memoria.

“Entonces me dijo que Rosseel entró primero y luego él; que salió una criada, y á la pegó un golpe. Despues, preguntándole yo si la pegó con el martillo de Vandenhove que está sobre la mesa de la presidencia, me respondió que sí. Me dijo ademas, que al ir á subir se presentó otra criada, y la pegó tambien; que en seguida continuó su camino en la casa; que encontró á Rosseel, y juntos fueron á donde estaba la señorita Evenspeel y se echaron los dos sobre ella; pero ignora si la descargó algun golpe; tampoco sabe si las dos criadas vivian aún; que Rosseel fué quien las romató, cortándoles el cuello. Le he preguntado entonces si perpetró un robo despues del asesinato, y me ha contestado que sí. He creido no debia llevar mas allá mis preguntas.

EL PRESIDENTE. ¿Y os ha dicho Vandenplas que si yo le interrogo sobre estos hechos, responderia afirmativamente?

EL PROCURADOR GENERAL. Sí, señor presidente.

EL PRESIDENTE. Vandenplas, ¿es verdad lo que el testigo declara?

VANDENPLAS. Sí, señor presidente. (Esperiméntase una profunda sensacion en el auditorio.)

Desde aquel momento, la tarea del ministerio público era mucho mas fácil. Así es que el procurador general se limitó á reasumir los cargos principales de la acusacion.

Por lo que toca á los defensores, ¿qué podian ellos hacer? ... nada mas que implorar el perdón de los culpables. El señor Verhaegen, abogado de Rosseel, lo hizo en términos interesantes.

—Señor presidente, señores jurados, dijo; ayer oísteis expresiones de una elocuencia tan religiosa, tan tristemente enérgicas, que no me resta sino añadir una sola palabra para completar su sentido. Rosseel me ha encargado que pida perdón á la sociedad del crimen horrible que ha cometido: sobre todo me ha encargado pedir perdón á la familia Evenepoel, á la que ha privado de uno de sus miembros, y cuya unión ha destruido. Este perdón espera conseguirlo con su arrepentimiento, con sus lágrimas y con la expiación que va á seguirse.

“El perdón . . . he ahí las mas nobles lágrimas, los mas tiernos sentimientos que podeis ofrecer á la memoria de esa hermana querida cuya muerte llorais . . . La justicia de Dios perdona al que se arrepiente y expía: la justicia de los hombres, que debe ser un reflejo de ella, ¿será acaso mas cruel y mas implacable?”

El señor Gilbert, abogado de Vandenplas, pronuncia algunas palabras en el mismo sentido. Seguidamente, el jurado pasa á la sala de deliberaciones.

Lurante la suspensión de la audiencia, llevan á su calabozo á los acusados. Al llegar allí se echaron el uno en los brazos del otro, y se estrecharon con efusión. Luego se pusieron á beber *faro* (1) y á conversar amigablemente.

—Ahora ya estoy contento, dijo Rosseel; no hubiera querido morir sin que hubieses confesado.

—Yo no queria ir á la audiencia de hoy, respon-

dió Vandenplas; si hubiera podido, me hubiera matado esta noche.

—Ya lo sabia yo bien, replicó Rosseel; por eso mismo dije al alguacil que no os perdiese de vista ni un minuto.

—Lo de menos es el morir, dijo Vandenplas; yo querria que me llevasen ahora mismo al patíbulo. Lo que me hace mas daño es tener que oír mi sentencia.

Al cabo de dos horas vuelve el jurado al salon de sesiones.

Sacan de nuevo á los acusados; su semblante se mantiene el mismo; no obstante, se advierte que Vandenplas está mas pálido que de costumbre, y

que su mano apoyada en la balaustrada se agita con un ligero temblor. Rosseel permanece risueño y su rostro no ha perdido el color.

El notario lee la sentencia condenando á Francisco Rosseel y á Guillermo Vandenplas á la pena de muerte.

Los acusados oyen esta sentencia con una completa calma . . . . .

Ninguno de los acusados interpuso apelacion, y poco tiempo despues sufrieron la pena en la plaza del Ayuntamiento, donde se verifican las ejecuciones.

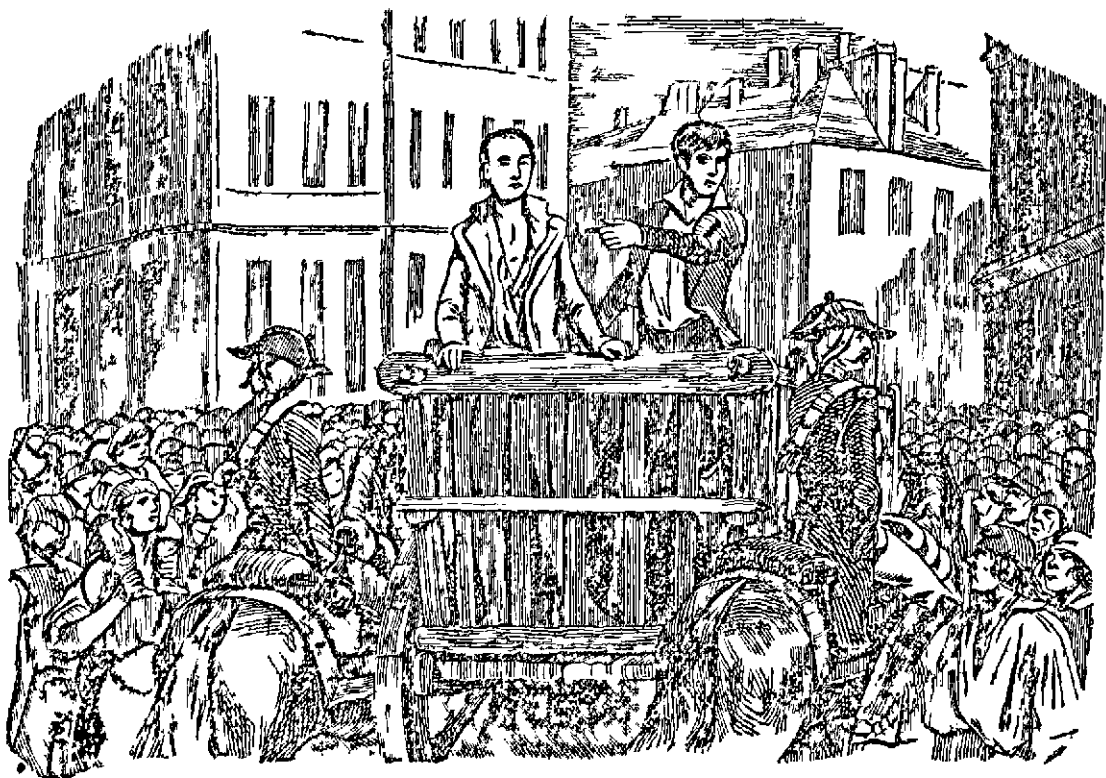
Por mas que hayan trascurrido cerca de dos años desde que se cometió el crimen, el recuerdo

de Vandenplas y de Rosseel se conserva todavia muy grabado en los ánimos, no solamente en Bruselas, sino en toda la provincia del Brabante. El asesinato de la plaza de Saint-Géry se ha hecho lugar en la memoria del pueblo y en los anales judiciales del país.



ROBBERL.

(1) Especie de cerveza particular que se fabrica exclusivamente en Bruselas.



## PROCESO DE LESURQUES.

### L

EL día 4 de Floreal del año cuarto de la república francesa (23 de Abril de 1796) hallábanse cuatro jóvenes sentados á una mesa dando fin á su almuerzo, en la calle de las Carnicerías, número 27, en París. Vestían todos el ridículo traje á *la incroyable*, no faltando por lo tanto sus correspondiente coletas y orejas de perro, y las botas de campana con espuelas de plata; jugueteaban con sus enormes anteojos de puño ó con sus bastones que aunque cortos merecían llamarse estacas, y ostentaban u dos cadenas de reloj y multitud de otros dijes, lo cual podía muy bien indicar cierta riqueza, pero anunciaba también muy poco gusto.

Uno de estos jóvenes, llamado Guesno, propietario de una casa de transportes en Douai, era el anfitrión de aquel convite para festejar á su paisano José Lesurques, que acababa de llegar á la capital con ánimo de establecerse en ella, y al cual había reintegrado la víspera de una suma de dos mil libras, prestadas anteriormente en Douai.

De los otros jóvenes que completaban esta socie-

dad, el uno se llamaba Richard, y era el dueño de la casa á donde venía á hospedarse Guesno en sus viajes, y el otro que se encontraba fortuitamente entre ellos, era un hombre de unos veinte y cinco años, alto, de buena figura, y su rostro hubiera sido de una hermosura perfecta, si sus dos ojos negros y sombríos, no dieran á su fisonomía un carácter de dureza y disimulo que por mas esfuerzos que hacia no alcanzaban á moderar. Este personaje, llamado Couriol, había llegado en el momento que se sentaban á la mesa, y como viniese á hacer una visita á Richard, al cual había convidado Guesno, no pudo este consentir que se marchase sin tomar parte en el almuerzo.

—¿Es decir, mi querido Lesurques, insinuó Guesno apretando afectuosamente la mano de su amigo, que has abandonado para siempre nuestra ciudad de Douai?

—Al menos me propongo, respondió Lesurques, vivir en París hasta tanto que haya concluido la educación de mis hijos.

—Ya' respondió Guesno, sonriéndose y dirigiéndose á Richard y Couriol, en el día Lesurques tie-

ne algun derecho para vivir tranquilamente. Aun cuando no pasa de los treinta y tres años, ha satisfecho ya su deuda á la patria, sirviendo con distincion en el regimiento de Auvernia. . . . sin costar que despues de haber salido de las filas del ejército, ha podido serla útil tambien, desempeñando gratuitamente las funciones de jefe de mesa de distrito en Douai.

—Segun eso, el señor es rico, dijo Couriol con un acento particular.

—No, respondió Lesurques, pero gracias á mi pequeño patrimonio y al dote de mi esposa, poseo cerca de quince mil libras de renta; y como no soy ambicioso, lo creo suficiente. Por ahora se limitan todos mis cuidados, todos mis deseos á dar una buena educacion á mis tres hijos, por lo que desde los pocos dias que hace estoy en Paris no he desperdiciado el tiempo; he alquilado un cuarto cómodo y alegre, en la calle Montmartre, casa del notario Mr. Monnet. Ya tengo allí los albañiles, y pienso instalarle en él de aquí á poco, de forma que á mi vez podré tener el gusto de recibirlos en él, como es debido.

Couriol, que parecia haber estado meditando profundamente en tanto que Lesurques manifestaba sus proyectos, dijo cuando concluyó este de hablar:

—Todo eso está muy bien pensado; pero en los tiempos que corren, ¿quién puede prever lo que le está reservado para mañana?

Y añadió despues de un momento:

—Mucho deseo, caballero, que vuestros proyectos de tranquilidad y felicidad se realicen, porque entonces seriais el hombre mas dichoso de la república. . . . Desde hace cinco ó seis años, no hay un solo ciudadano, sea su posicion humilde ó elevada, que pueda predecir lo que la suerte decidirá de su persona en la semana próxima.

Estas palabras, dichas con tono de amargura y desaliento, contrastaban abiertamente con el brillante traje de Couriol y con el apetito con que habia honrado el almuerzo. Por lo demas, esta salida, que dejó frios á todos los comensales, dió fin al desayuno. Levantáronse los cuatro jóvenes, y despues de haber ido á tomar café á la rotonda del Palacio Real, se despidieron, y cada cual se fué por su camino.

## II.

Cuatro dias despues, el 8 de Floreal, salian muy de madrugada de Paris, por la barrera de Charenton, cuatro individuos montados, cuyos caballos, aunque de una apariencia regular, no podian demostrar que eran de alquiler. La conversacion era alegre y animada; á cada instante habia apuestas á quién corria mas y á quién se tenia mejor; en una palabra, parecia que no les ocupaba otra idea que la de pasar lo mas divertidamente posible aquel dia consagrado al paseo y al placer.

Pero un atento observador hubiera advertido que debajo de las levitas largas, á la moda de entonces, llevaba cada uno de los cuatro jóvenes un

sable á la cintura, que se dejaba ver con el movimiento de los caballos. Tambien hubiera podido notarse en el semblante de uno de los ginetes y en la sombría mirada de sus hundidos ojos, una especie de preocupacion siniestra. Este último, que parecia ver con disgusto la turbulencia de sus compañeros, era Couriol, el jóven que habia tomado parte en el almuerzo con que Guesno obsequió á su amigo Lesurques.

Los cuatro ginetes llegaron poco despues de las doce del dia á la deliciosa aldea de Mongeron, en el camino de Melun y Borgoña. Uno de ellos se habia adelantado para que dispusiesen la comida en la casa de postas, que estaba á cargo del señor Eyraud. Despues de una abundante comida, pidieron, no cigarros, cuyo uso apenas era conocido entonces, sino pipas y tabaco, y se pusieron dos de ellos á fumar. Luego pagaron el gasto que habian hecho, y se dirigieron todos cuatro al Casino, en donde tomaron el café.

Eran cerca de las tres cuando volvieron á montar á caballo, siguiendo entonces el hermoso camino protegido por la sombra de seculares álamos negros que de Mongeron conduce á la selva de Sénart.

Llegaron á poco tiempo á Lieursaint, pintoresco pueblo situado en el centro de un soto, y célebre por la aventura de aquel buen rey Enrique IV, que tan discretamente decia que "el reino de Francia vale bien una misa," y el cual, yendo de caza, recibió tan paternal acogida del molinero Michaud.

Detuvieronse nuevamente en Lieursaint los cuatro viajeros.

Rogamos aquí al lector que lea con atencion los pormenores que van á referirse, porque juegan un papel importante en la deplorable condena de Lesurques. Estos pormenores han sido recogidos con gran cuidado por Mr. Horacio Raisson, quien se ha hecho acreedor á nuestro agradecimiento por habérselos comunicado.

Uno de los caballos se habia desherrado en el intermedio de Mongeron á Lieursaint, á la vez que un brusco tiron de la cabalgadura de otro jinete habia roto la cadenilla que en aquella época sujetaba la espuela á la bota. Este se detuvo á la entrada del pueblo, en casa de la señora Chatelein, botillera, á la que pidió le sirviese café y le diese unas hebras de hilo fuerte para componer la cadenilla de la espuela. Suministró al momento entrambas cosas aquella mujer, y viendo que el viajero se daba muy mala maña para arreglarse la espuela, llamó á su criada, conocida por Cabezota, la cual unió los dos pedazos de la cadenilla con hilo muy fuerte, y ayudó á colocarla sobre la bota.

Los otros ginetes, durante esta operacion, se habian apeado en la posada del señor Champeaux, donde estuvieron bebiendo mientras el mismo posadero acompañaba al caballero y al caballo á casa del herrador del pueblo, el señor Motteau.

Arregladas las herraduras, los cuatro camaradas se fueron á la botilleria de la señora Chatelein, y se pusieron á jugar unas cuantas partidas de billar.

A las siete y media, despues de echar el trago del estribo con el posadero, á cuya casa volvieron para tomar sus caballos, montaron y echaron á andar en direccion á Melun.

Al entrar en la posada el señor Champeaux, vió sobre una mesa un sable con su vaina que uno de los viajeros habia olvidado ceñirse; quiso enviar tras de ellos á su mozo de caballos, pero ya se les habia perdido de vista. Al cabo de una hora, el viajero mismo que habia estado componiendo su espuela, volvió á galope en busca del sable, y bebiendo todavia un vaso de aguardiente, tomó de nuevo á todo escape el camino que habia llevado anteriormente con sus compañeros. En aquel momento llegaba de Paris el correo de Lyon y mudaba tiro. Serian las ocho y media, y la noche estaba oscura hacia ya tiempo.

### III.

Luego que el correo hubo cambiado de caballos y de postillon, se puso en marcha para atravesar la selva de Senart.

El correo, en aquel tiempo, nada tenia de comun con los elegantes coches que cruzan actualmente nuestros caminos, y que rivalizan en lujo y comodidades con los mas ricos carruajes de regalo. era entonces una especie de silla de posta, con una arca á la zaga, en donde se llevaba la correspondencia. Para el público no habia reservado mas que un asiento al lado del conductor; aquel dia ocupaba este asiento un hombre de unos treinta años, que aquella misma mañana lo habia tomado para Lyon, bajo el nombre de Laborde, negociante en sederias, aunque su verdadero nombre era Durochat.

Serian las nueve poco mas ó menos. El carruaje acababa de bajar con estremada rapidez una cuesta, al pié de la cual se estiende un bosquecillo cuya encrucijada se conoce con el nombre de *Entre las dos posadas*, y los caballos aflojaban el paso para subir la pendiente opuesta.

De repente se precipitan dos hombres á la cabeza de los caballos deteniéndolos, en tanto que otros dos acometen al postillon, que cae muerto á tierra con la cabeza abierta de un sablazo, tronehada la muñeca, y atravesado el pecho de parte á parte por tres sitios distintos.

En el mismo instante, y sin que hubiese tenido tiempo de hacer el mas leve movimiento ni de proferir una sola palabra, escuchaba su postrer suspiro el conductor, herido de una punalada en el corazon; el supuesto Laborde, el viajero que iba á su lado, era el que acababa de asesinarle con mano vigorosa y certera. Encarnizándose luego aquel miserable en el cadáver del infeliz conductor, le cortó el cuello de tal manera, que la cabeza quedó pendiente del tronco tan solo por algunas fibras.

Perpetrado el crimen, los asesinos, en número entonces de cinco, se apoderaron de 75,000 libras en asignados, plata, oro y papeles de banco que

iban dentro de la balija; en seguida, el que primero habia acometido y derribado al postillon, desenganchó uno de los caballos de la silla de posta para reemplazar el suyo, que dió al asesino del conductor, esto es, á Durochat, y volvieron riendas hácia Paris, donde entraron juntos entre cuatro y cinco de la mañana por la barrera de Rambouillet.

### IV.

Este doble asesinato tan audazmente cometido en uno de los caminos de Francia mas frecuentados, produjo una sensacion profunda, y se adoptaron inmediatamente las medidas convenientes para vengar aquel odioso crimen.

La justicia, á cuyos oidos llegó al dia siguiente, no tardó en hallarse en disposicion de seguir la huella de los culpables.

El caballo de posta, abandonado en los bulevares por el que lo habia montado, anduvo de un lado para otro, y fué á parar á la plaza Real, en donde fué recogido.

Se supo que á cosa de las cinco de la mañana habian traído cuatro caballos jadeando y cubiertos de espuma á casa del señor Muiron, calle des Fossés-Saint-Germain-l'Auxerrois, dos sujetos que los habian alquilado la víspera.

Epidióronse mandamientos de prision contra estos dos sujetos, que se llamaban Bernard y Couriol. Este y los demas cómplices lograron sustraerse á las pesquisas de la justicia, apelando á la fuga. Bernard fué el unico á quien prendieron.

Instruyóse con actividad una triple sumaria en Paris en el teatro del crimen, y en toda la longitud del camino que los asesinos habian recorrido por dos veces.

De todos los datos recogidos, resultaba que los culpables en el momento del crimen habian debido ser cinco. Las señas de los cuatro individuos que salieron de Paris y habian hecho alto en Mongeron y en Lieursaint, fueron dadas con tanta precision como uniformidad por los numerosos testigos que les habian visto y hablado en el camino y en las posadas; las del viajero que habia tomado el asiento del correo bajo el nombre de *Laborde*, fueron especificadas con no menor exactitud por los empleados que le dieron el asiento, y por los que le habian visto subir al carruaje.

Hemos dicho que Couriol, designado como el que habia devuelto los caballos despues del crimen acompañado de Bernard, huyó de Paris. Pronto se avergué que habia ido á Chateau-Thierry, en donde se hospedó en casa del ciudadano Bruer, á la que Guesno habia ido tambien por razon de negocios. Transportóse allí la policia; arrestaron á Couriol, y le encontraron una cantidad en asignados, oro y plata, próximamente igual á la quinta parte de la robada al infortunado conductor del correo de Lyon. Fueron presos asimismo Guesno y Bruer, la policia se apoderó de sus papeles; pero determinaron tan positivamente su coartada, que al llegar á Paris se les puso en libertad.



## V.

Los procesos criminales seguían en aquel tiempo una marcha bien diferente de la marcada hoy por los códigos franceses. La oficina central confió la instrucción preliminar del proceso que nos ocupa al ciudadano Daubenton, juez de paz del distrito del Puente-Nuevo, y uno de los gefes de policía judicial.

Este magistrado fué quien habia mandado la víspera poner en libertad á Guesno, diciéndole que podia presentarse al dia siguiente en su despacho para recoger los papeles que se le habian embargado en Chateau-Thierry.

Al propio tiempo habia comisionado el ciudadano Daubenton á un oficial de paz llamado Heudon, para que marchando inmediatamente á Mongeron y Leursaint, hiciese venir los testigos que espresaba una lista que le dió, de manera que pudieran ser interrogados todos ellos el dia siguiente en la oficina central.

Al dia siguiente, pues, Guesno, que tenia prisa por recobrar sus papeles, se dirigia temprano hacia la oficina central, cuando encontró á Lesurques, á quien contó las tribulaciones porque acababa de pasar y el motivo que le conducia á la presencia del ciudadano Daubenton.

A instancias de Guesno consintió Lesurques en acompañarle, y entrambos se encaminaron á la oficina, que formaba parte del edificio ocupado hoy por el prefecto de policía.

El juez de paz Daubenton no habia llegado aún. Para no dejar de verle y estar seguros de ser despachados pronto, los dos amigos se sentaron en la antesala y aguardaron á que viniese.

Mientras estaban esperando y conversaban sobre sus asuntos y sobre los recuerdos de su ciudad natal, pudieron notar que dos mujeres que estaban como ellos esperando la venida del juez, los miraban con una atencion en que un observador hubiera distinguido una especie de horror y de miedo. Bien echaron de ver los dos amigos la singularidad de aquellas miradas, pero no dedujeron consecuencia alguna ni concibieron la menor inquietud, atribuyéndolo puramente á la curiosidad tan comun entre campesinos cuando se encuentran en presencia de cortesanos ó de señores, como ellos dicen.

Entre tanto, el juez de paz Daubenton habia entrado en su despacho por una puerta escusada. A eso de las diez fué interrumpido en el escrupuloso exámen que estaba haciendo de las diligencias y documentos del proceso antes de pasar al interrogatorio de los testigos que habia hecho llamar.

Era el oficial de paz Heudon, que vino á decirle en tono confidencial que entre los testigos que aguardaban en la antesala, habia dos, á saber, una mujer llamada Santon, criada de los esposos Evraud posaderos de Mongeron, y la conocida por *Cabezota*, criada de la señora Chatelain, botellera de Lieursaint, quienes aseguraban de la manera mas formal que dos de los asesinos se encontraban allí

esperando como ellas á que les llegase el turno de entrar.

—Eso no es posible, dijo M. Daubenton suspendiendo su trabajo.

—Esas mujeres sostienen que no pueden engañarse, replicó Heudon; en efecto, la una sirvió la comida á los cuatro viajeros en Mongeron; la otra habló con ellos en Lieursaint, y permaneció mas de una hora en la sala donde estuvieron jugando al billar.

—No es posible, replicó el magistrado. Los culpables de un crimen semejante no vendrian sin necesidad á entregarse á la justicia.

Mr. Daubenton no podia imaginarse que los asesinos fuesen bastante osados y bastante estúpidos al mismo tiempo para venir á meterse ellos mismos en la ratonera. Y efectivamente, esto era poco verosímil.

No obstante, como un magistrado debe investigar la verdad, aun á traves de las inverosimilitudes, Mr. Daubenton ordenó á Heudon que hiciese entrar, una despues de otra, á las dos mujeres. Cuando las tuvo á su presencia, les dirigió separadamente preguntas á que ellas respondieron resueltamente y sin rodeos, afirmando con energía que tenian la certidumbre de no equivocarse. El aire de conviccion de aquellas dos mujeres, que ningun interes tenian en estraviar á la justicia, decidió á Daubenton.

—Pues bien, dijo, voy á mandar que entren los dos sujetos de quienes habláis. Examinadlos con suma atencion, y reflexionad bien antes de persistir en vuestras declaraciones, pues de vuestro dicho va á depender quizá su vida ó su muerte.

El juez de paz hizo entonces introducir á Guesno.

—¿A qué venis aquí? le preguntó.

—Vengo, contestó Guesno, á buscar unos papeles que la justicia habia oreado conveniente recoger, y que ayer me prometisteis devolverme.

—¿Estais solo?

—No, señor juez; me acompaña uno de mis mejores amigos.

—¿Quién es ese amigo?

—Se llama Lesurques. Es un paisano mio.

—¿Qué motivo le trae aquí?

—Ninguno. Le he encontrado cuando yo venia, y á mis instancias ha condescendido en acompañarme.

Mr. Daubenton mandó entrar á Lesurques, y estuvo hablando con él y con Guesno por espacio de cerca de media hora, á fin de dar á las dos mujeres toda la facilidad posible para observarlos; en seguida invitó á entrambos amigos á que pasasen á la pieza inmediata, diciéndoles que iban á llevarles los papeles que venian á recoger. Al despedirlos así, dió orden al oficial Heudon de no perderlos de vista.

Al instante que salieron, preguntó de nuevo el magistrado á las mujeres si persistian en sus declaraciones precedentes: ellas respondieron sin titubear que estaban seguras de que no se engañaban; entonces el ciudadano Daubenton recibió sus declaraciones por escrito, y puso arrestados á Guesno y á Lesurques.

Desde aquel momento se prosiguió la instrucción del proceso con nueva y mayor celeridad.

Guesno y Lesurques, careados con los testigos traídos de Mongeron y de Lieursaint, son reconocidos por casi todos. La mujer llamada Santon asegura que Lesurques fué quien despues de la comida en Mongeron, quiso pagar el gasto en asignados; pero que el alto moreno (Couriol) pagó en dinero. Champeaux y su mujer, posaderos de Lieursaint, le reconocen de una manera positiva; segun ellos, él fué quien se estuvo componiendo la espuela, y quien volvió en busca de su sable; Lafolie, mozo de cuadra en Mongeron, la mujer Alfroy, jardinera en Lieursaint, le reconocen no menos formalmente; Lorenzo Charbant, labrador, que comió en la misma sala que los cuatro jóvenes, le reconoce por el que tenia las espuelas plateadas sujetas con unas cadenetitas á las botas á lo húsar.

Habiéndose creido confirmados por la sumaria todos los hechos que acabamos de enumerar, Lesurques, Guesno, Couriol, Bernard, Richard y Bruer, fueron sometidos al tribunal criminal, los tres primeros como autores ó cómplices del asesinato seguido de robo cometido en la noche del 8 de Floreal del año IV de la república en la persona del conductor del correo de Lyon: Bernard por haber proporcionado los cuatro caballos; Richard por haber ocultado en su casa á Couriol y á su querida; Magdalena Bréban por encubridora de todos ó parte de los objetos robados; Bruer por haber dado asilo á Couriol y á Guesno en su propiedad de Chateau-Thierry.

## VI.

Sin embargo, Lesurques, Guesno y Bruer protestaban con energía contra toda inculpacion. A poco de su arresto, escribió Lesurques á uno de sus amigos la carta siguiente, que fué interceptada y unida al proceso:

"Amigo mio: desde que estoy en París no he experimentado mas que disgustos; pero estaba bien lejos de presumir la desgracia que ha caido hoy sobre mí. Tú me conoces y sabes si soy capaz de mancharme con un crimen; pues bien, me imputan el mas horrible de todos. Solo el pensar en ello me hace estremecer. Ma encuentro complicado en el proceso del asesinato del conductor del correo de Lynn. Tres mujeres y dos hombres á quienes no conozco, ni aun siquiera el lugar de su domicilio (pues sabes que no he salido de París) han tenido la impudencia de declarar que me reconocian, y que yo era el primero que se presentó en casa de ellos á caballo. Tú sabes tambien que no he montado desde que estoy en París. Ya comprendes la trascendencia de semejante deposicion, que tiende nada menos que á hacerme asesinar juridicamente. Hazme el favor de ayudar mi memoria, y procura recordar dónde estaba yo y qué personas he visto en París en la época en que se sostiene impudentemente que me han visto fuera de París (yo creo que era el dia 7 ú 8 del mes pasado), á fin de que pueda confundir á estos infa-

mos calumniadores, y hacer que se les impongan las penas prescritas por las leyes."

Al pié de la carta indicaba las personas que habia visto aquel dia; el ciudadano Tixier, el general Cambrai, la señorita Eugenia, el ciudadano Hilario Ledru, el peluquero de su mujer, los trabajadores ocupados en las reparaciones y adorno de su habitacion, el portero de la casa. "Te agradeceré infinito, decia para concluir, que veas con frecuencia á mi mujer y la consules cuanto puedas."

Pero en los debates que se abrieron poco tiempo despues de la perpetracion del crimen, los testigos ya oidos y que pretendian reconocer á los acusados Guesno y Lesurques, insistieron con fuerza en sus anteriores deolaraciones.

Bruer y Guesno lograron, no obstante, desvanecer uno á uno los cargos que contra ellos se fulminaron. Guesno sobre todo probó la coartada con la mas incontrastable evidencia.

La absolucion de Bruer y de Guesno á nadie pareció dudosa.

Por lo tocante á Lesurques, habia hecho citar á quince testigos de descargo, todos ciudadanos recomendables ó pertenecientes á profesiones honradas y de probidad notoria.

Lesurques contaba con este estímulo de testimonios respetables para probar, no menos positivamente que Guesno, la coartada, así es que se presentaba en los debates con una seguridad tan grande y una calma tan extraordinaria, que unos no podian menos de creer en su inocencia, mientras otros lo traducian por desdoro y cinismo.

Un rico mercader de joyas llamado Legrand, paisano de Lesurques, declaró desde luego que el dia mismo en que se cometió el crimen, es decir, el 8 de Floreal, pasó Lesurques en su casa una parte de la mañana.

A este testigo se añadieron Aldenof, joyero, Hilario Ledru, y Chasfer, quienes afirmaron haber comido aquel mismo dia con el acusado en casa de un pariente suyo del mismo nombre, calle de Montorgueil, y dijeron que despues de la comida entraron en un café, tomaron licor, y acompañaron en seguida á Lesurques hasta su casa. El pintor Beudart espresó que él habia debido comer con Lesurques y sus amigos, pero que estando de servicio como guardia nacional, no pudo verificarlo; que sin embargo, habia ido por la noche de uniforme á casa de Lesurques, y le habia visto secostarse. En apoyo de su declaracion, presentaba este testigo su papeleta de guardia, de fecha efectivamente de 8 de Floreal.

En fin, los operarios que trabajaban en el cuarto que Lesurques hacia arreglar para habitarlo, afirmaban haberla visto muchas veces en los dias 8 y 9.

Esta multiplicidad de testimonios, que emanaban de personas estimables y que ofrecian una perfecta uniformidad, combatian con ventaja el dicho de las nueve personas que afirmaban reconocer en Lesurques á uno de los caballeros que se habian detenido en Mongeron y en Lieursaint.

La impresion del jurado iba ya siendo cada vez mas favorable, cuando de súbito un incidente inesperado y fatal vino á cambiar enteramente el aspecto del debate.

El joyero Legrand, para probar mejor la sinceridad de su testimonio, espresó en su declaracion que el mismo dia 8 de Floreal habia hecho antes de comer un cambio de alhajas con su compañero de profesion Aldenof, y propuso exhibir su libro de asientos, en el que debia estar notado este cambio, cuya realidad justificaria la esactitud de todos los recuerdos y destruiria todas las sospechas.

Mas cuando por órden del presidente se trujo el libro de asientos, á primera vista fué fácil reconocer que la fecha de la operacion citada por Legrand habia sido enmendada. El cambio con Aldenof

habia tenido lugar el dia 9, 6 por lo menos esta era la fecha con que sentó en el libro. Una enmienda mal disimulada, hecha groseramente sobre una raspadura, habia sustituido el guarismo 8 al guarismo 9 primitivamente escrito.

Este descubrimiento produjo un movimiento de sorpresa y casi de indignacion. El presidente estrechó con preguntas al testigo Legrand, y no pudiendo obtener de él una respuesta satisfactoria, ordenó su inmediato arresto.

Asustado entonces, turbado, balbuciente, perdido, retractó su primera deposicion, y dijo que no estaba cierto de haber visto á Lesurques el 8 de Floreal; que habia enmendado su libro para dar mas verosimilitud á la declaracion que habia resuelto hacer en su favor; que por lo demas, creia



en la inocencia de su desgraciado paisano, y que solo la profunda conviccion de que un error de la justicia le hacia comparecer en el banco de los criminales, era lo que le habia decidido á ser perjuro por salvar la cabeza de un hombre á quien le unian sentimientos de estimacion y de afecto.

Compréndese bien cuánto debió cambiar este incidente las disposiciones de los jurados. Desde aquel momento, alimentaron contra Lesurques las mas implacables prevenciones, no viendo mas que un vasto sistema de confabulacion y connivencia en las declaraciones ya recibidas, y escuchando apenas las que faltaban por tomar. A sus ojos, la culpabilidad de Lesurques era ya un hecho evidente.

Y sin embargo, Lesurques no cesaba de oponer las denegaciones mas enérgicas á los gravísimos

cargos, á las funestas apariencias que parecian surgir de todas partes contra él.

En tales circunstancias se cerraron los debates. El acusador público formalizó su peticion, y en seguida se retiraron los jurados á otra sala, á fin de decidir de la suerte de Lesurques.

## VII.

En aquel instante de que dependia la vida ó la muerte de Lesurques, se presentó al tribunal una mujer agitada de la mas viva emocion, y pidió hablar al presidente.

—Aguijoneada por la voz de mi conciencia, decia, quiero evitar al tribunal criminal un error funesto, y á los jurados un eterno remordimiento.

Aquella mujer insistió tanto en que el presiden-

te la oyera, que esta magistrado creyó deber llamarla á su presencia.

Allí declaró:—"Que sabia positivamente que Lesurques era inocente; que los testigos, engañados por una inesplicable semejanza, le habian confundido con el verdadero culpable, el cual se llamaba Dubosq."

A pesar de esta declaracion tan positiva, el tribunal, supeditado por las desfavorables impresiones que produjo el debate, hizo retirar á aquella mujer, que era Magdalena Bréban, la querida de Couriol, la confidente de sus mas intimos pensamientos.

Magdalena, en los momentos en que se iba á pronunciar el fallo, abandonaba á su amante Couriol, y confesaba su parte de culpabilidad por salvar á Lesurques. El corazon de la mujer tiene muchas veces tesoros de valor y de generosidad.

Pero el tribunal, como hemos dicho, no quiso escuchar á Magdalena.

Volvió á continuar la audiencia, y los jurados consignaron su declaracion, pronunciando la pena de muerte contra Couriol, Lesurques y Bernard; la de veinte y cuatro años de prision contra Richard, y la absolucion de Bruer y de Guesno.

Cuando se hubo dado cuenta de este fallo, levantóse Lesurques con serenidad, y dirigiéndose á sus jueces, les dijo en tono grave:

—Soy inocente del crimen que se me imputa...; Ah! ciudadanos, si es horrible asesinar en un camino real, no lo es menos asesinar jurídicamente á un hombre inocente.

A su vez se levantó Couriol, y espresándose con calor, exclamó:

—Sí, yo soy culpable y confieso mi crimen; pero Lesurques es inocente, y Bernard no tuvo participacion en el asesinato.

Cuatro veces seguidas reiteró esta declaracion; luego, cuando volvió á su calabozo, escribió á sus jueces una carta llena de dolor y de arrepentimiento, en la cual decia:

"Yo no he conocido jamas á Lesurques; mis cómplices fueron Vidal, Rossi, Durochat y Dubosq. La semejanza de Dubosq con Lesurques, es lo que ha engañado á los testigos."

En cuanto se hizo público el fallo, Magdalena Bréban se presentó de nuevo para repetir la declaracion hecha precedentemente por ella. Acompañábanla dos individuos, quienes depusieron que antes del veredicto del jurado, les habia dicho Magdalena que Lesurques jamas habia tenido relaciones con los asesinos, y que era víctima de su funesta semejanza con Dubosq, uno de los asesinos verdaderos.

Esta insistencia de Magdalena, y sobre todo las palabras de Couriol que, confesándose condenado con justicia y no reclamando nada para él, protestaba la inocencia de Lesurques, introdujo la duda en el ánimo de los magistrados. Apresuráronse á pedir una suspension al Directorio, el cual, penetrado del mal irreparable y posible de hacer perecer á un inocente, recurrió al cuerpo legislativo, atendido que todos los recursos judiciales estaban

agotados. El mensaje del Directorio á los Quinientos era urgente, y pedia una suspension de la ejecucion, y que se decidiese acerca de la marcha que hubiese de seguirse en este negocio; terminaba con estas palabras:

"¿Deberá morir Lesurques, porque se parece á un culpable?"

No obstante, el consejo de los Quinientos creyó deber pasar á la órden del día, porque "todo estaba consumado legalmente, y un caso particular no debia motivar una infraccion de las formas anteriormente decretadas; y porque anular por semejantes indicios una condenacion legalmente pronunciada por un jurado, seria trastornar todas las ideas de justicia y de igualdad ante la ley."

Después de esto, como el derecho de indultar habia sido abolido, no quedaba al infortunado Lesurques ni recurso, ni esperanza. El se mostró firme y resignado.

Durante la demora de su instancia, habia dirigido por conducto de los periódicos una carta á aquel Dubosq, cuyo nombre habian revelado Couriol y Magdalena Bréban. En aquel escrito decia:

"Oh vos, en cuyo lugar voy á morir, contentaos con el sacrificio de mi vida; si alguna vez com- parecís ante los tribunales, acordaos de mis tres hijos cubiertos de oprobio, de su madre que gemirá en la desesperacion, y no prolongueis tantos infortunios causados por la mas funesta semejanza."

El día de su muerte, escribió á su esposa la siguiente carta:

"Querida mia:  
"Nadie puede eludir su destino; yo debia ser asesinado jurídicamente. Por lo menos sabré sufrir mi suerte con el valor de un hombre como yo.  
"Te envíe mis cabellos; cuando tus hijos sean grandes, repárteselos: es la única herencia que les dejo."

En otra carta de despedida á sus amigos, no se entrega á recriminacion alguna de las que una desgracia semejante á la suya, hubiere inspirado á almas de menos temple que la de él. Se limita á decir: "La verdad no ha podido abrirse paso; voy á perecer víctima de un error."

En fin, el día 10 de Marzo de 1797, José Lesurques fué conducido al lugar del suplicio. Habia solicitado ir vestido de blanco, como para simbolizar su inocencia, y llevaba al caminar hácia el cadalso, un pantalon y una especie de levita de cotonia, y el cuello de la camisa caido sobre los hombros.

Aquel día era Jueves Santo. Lesurques manifestó sentimiento de no morir el día siguiente, aniversario de la muerte de Jesucristo.

Durante el tránsito desde la Conserjería hasta la plaza de la Grève, donde tenian lugar las ejecuciones públicas, Couriol, colocado en la carreta al lado de Lesurques, gritaba al pueblo con voz vigorosa:

—"Yo soy culpable y merezco la muerte. Pero Lesurques es inocente; su suplicio es un asesinato horrible."

Bernard fué ejecutado el primero. Después de él, Lesurques, sin perder en lo mas mínimo su admirable tranquilidad, se entregó al verdugo diciendo:

—“Perdono á mis jueces, á los testigos cuyo error ha hecho que se me condene, á Legrand que no ha sido quien menos ha contribuido á que se me asesine jurídicamente . . . Muero protestando “mi inocencia! . . .”

A los pocos segundos, habia cesado de existir. El inocente Lesurques precedia un minuto en la eternidad al culpable Couriol. . . . .

## VIII.

Las protestas de inocencia reproducidas por Lesurques en su hora suprema; la declaración de Magdalena Bréban; las reiteradas por Couriol hasta en los escalones del cadalso, habian sembrado la duda en el ánimo de muchas personas.

Apenas se ensangrentó el patíbulo, cuando el remordimiento, ó por lo menos el recelo de una iniquidad judicial, penetró en muchas conciencias.

Varios de los jurados que habian votado en esta triste causa, mostraron públicamente su pesar por haber dado fé á las deposiciones, por otra parte tan precisas y formales, de los testigos de Mongeron y Lieursaint.

Por lo que toca al ciudadano Daubenton, á aquel juez de paz que ordenó el arresto de Lesurques, y formalizó contra él las primeras diligencias, resolvió proseguir con perseverancia la averiguación de la verdad, que no podia ser conocida en toda su pureza, hasta el arresto y encausamiento de los tres individuos contumaces designados por Couriol como sus cómplices, y que dijo llamarse Vidal, Durochat y Rossi.

Dos años enteros transcurrieron, sin que el celo y las investigaciones de Daubenton diesen resultado alguno. A pesar de sus incansables afanes y molestias, el concienzudo magistrado no podia encontrar la menor huella de los fugitivos.

Por fin, consultando un día los numerosos partes y los registros de entrada de presos, que se recibían diariamente en la oficina central, vió el ciudadano Daubenton en uno de ellos, que Durochat, aquel asesino que, segun el dicho de Couriol, iba en el asiento del correo de Lyon con el nombre de Laborde, acababa de ser preso por un robo cometido recientemente, y se encontraba en aquel momento detenido en Santa Pelagia.

Es de advertir que al sustanciarse la causa de Lesurques, quedó consignado que varios testigos, entre otros un inspector de la administración de correos, habian visto al supuesto Laborde cuando se preparaba á subir al carruaje, y el mencionado inspector conservaba bastante presente su fisonomía, en términos que en caso de presentársele, le reconoceria con entera certidumbre.

El ciudadano Daubenton, después de informarse del día en que Durochat debia ser juzgado por el delito de robo que habia motivado su arresto, se fué á la administración de correos y conferenció

con Mr. Piron, jefe de la correspondencia para el Mediodía, por medio del cual obtuvo que los administradores enviasen á buscar en posta al indicado inspector, quien por haber permutado, no se hallaba en Paris.

Por otra parte, se puso en noticia de los jueces las sospechas de que Durochat era objeto. Llegado el día del juicio, fué condenado el acusado á catorce años de prision, y ya se disponian los gendarmes á llevarsele de la sala, cuando interponiéndose el inspector de correos, declaró que aquel hombre á quien acababaz de condenar por robo, era precisamente el mismo que el 8 de Floreal del año IV iba en la mala de Lyon con el nombre de Laborde, y habia, segun todas las apariencias, asesinado al infeliz conductor.

Durochat no opuso mas que una débil negativa, y fué conducido de nuevo á la Conserjería, en donde el ciudadano Daubenton hizo que le sentasen en el registro de entradas, en virtud de la prevención que resultaba del proceso seguido contra Couriol y consortes.

El día siguiente, el ciudadano Daubenton, asistido de un ujier del tribunal criminal, hizo trasladar al acusado á la cárcel de Melun, adonde llegó aquella misma noche.

Al otro día por la mañana muy temprano, sufrió Durochat un interrogatorio, á consecuencia del cual tuvo que ser conducido á la cabeza del partido de Seiné-et-Oise, donde debia tener lugar la prosecucion de la causa.

El magistrado y el ujier se encaminaron, pues, hácia Versailles con el reo, escoltado por cuatro gendarmes. Luego que llegaron á una aldea inmediata á Grosbois, Durochat, que no habia tomado cosa alguna desde la víspera por la mañana, pidió de almorzar. Hizose alto en la primera posada, y habiendo allí manifestado Durochat deseos de hablar particularmente al juez, este, después de haber mandado llevar el almuerzo para él y el preso, ordenó á los gendarmes y aun al ujier que se retrasasen, por mas que el último procuró hacerle comprender cuán imprudente era quedarse solo con un malvado como parecia serle Durochat.

Mr. Daubenton y Durochat quedaron solos. El magistrado no estaba separado del asesino del correo de Lyon mas que por la mesa en que se habia servido el almuerzo. La criada de la posada no habia puesto mas que un cuchillo por orden del ujier. Cojiólo Daubenton, y se servia de él para cascar un huevo, cuando Durochat le dijo mirándole fijamente:

—¿Teneis miedo? señor juez.

—¿De quién? preguntó Daubenton.

—De mí, replicó Durochat.

—¿Qué os hace presumir eso?

—Como veo que os habeis apoderado del cuchillo.

A estas palabras del acusado, el juez le presentó el cuchillo por el mango, y dijo con maravillosa serenidad:

—Tomad, partidme pan, y decidme lo que teneis que comunicarme relativamente al crimen cometido en la noche del 8 de Floreal.